

**Primer Premio del Concurso-Homenaje  
sobre la obra del humanista Pedro Henríquez Ureña,  
auspiciado por la Organización de los Estados Americanos  
y la Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña",  
de la República Dominicana.**

***Agosto de 1985***

**EMILIO CARILLA**

**PEDRO HENRIQUEZ UREÑA,  
SIGNO DE AMERICA**

t

**ORGANIZACION DE LOS ESTADOS AMERICANOS**

**UNIVERSIDAD NACIONAL "PEDRO HENRIQUEZ UREÑA"**

## PÁGINA LIMINAR

Con ocasión de cumplirse, en junio de 1984, cien años del nacimiento del egregio humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña, cuyo nombre ostenta con orgullo nuestra Universidad Nacional, entre las diversas actividades planeadas con tan fasto acontecimiento, tanto la (UNPHU) como la Organización de Estados Americanos (OEA), promovieron un Concurso, a nivel internacional, con el tema: "El Pensamiento y Obra de Pedro Henríquez Ureña".

Al efecto se formó un jurado que presidió el Rector de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU), Dr. Jaime A. Viñas Román e integrado por los señores: Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, el Lic. Pedro Troncoso Sánchez, dominicanos; el Dr. Leopoldo Zea, de la Universidad Nacional Autónoma de México, y el Dr. Delfín Leocadio Garasa, profesor de la Universidad de Buenos Aires.

Dicho jurado se reunió a los 6 días del mes de agosto de 1985, en la Sede del Rectorado de la UNPHU y, luego de un intercambio de opiniones acerca de los trabajos presentados, se llegó a las siguientes conclusiones:

1o. Otorgar el primer premio al trabajo firmado por Gustavo Adolfo, "Pedro Henríquez Ureña: Signo de América", por su excelente información y su ponderación crítica y sobre todo, por destacar el espíritu americanista en la obra de Pedro Henríquez Ureña.

2o. Merecen, a juicio del Jurado, menciones honoríficas, en primer término: el trabajo firmado por Alción, "Pensamiento y obra de Pedro Henríquez Ureña: un ideal americano", por su documentación bibliográfica y su visión abarcadora de la vida y obra de Pedro Henríquez Ureña.

Una segunda mención corresponde al trabajo firmado por Caonabo: "El Continente de Pedro Henríquez Ureña: la formación cultural, el pensamiento y la obra de un humanista de las Américas", por la ubicación de Pedro Henríquez Ureña en el panorama cultural de su tiempo.

Una tercera mención corresponde al trabajo firmado Cocuyo: "Transformación y firmeza: Estudio Multifocal de Pedro Henríquez Ureña", por su precisión en las distintas etapas biográficas de Pedro Henríquez Ureña.

A continuación el señor Rector, Presidente del Jurado, procedió a abrir los sobres en los que se registraban los nombres correspondientes a los ganadores.

Se reveló así que el seudónimo Gustavo Adolfo correspondía a Emilio Carilla, profesor argentino; el seudónimo de Alción correspondía a Enrique Zuleta Alvarez, profesor argentino; el seudónimo Caonabo, correspondía a Alberto Baeza Flores, profesor chileno, y el seudónimo de Cocuyo, correspondía a la profesora venezolana Laura Febres de Ayala.

La UNPHU procede, complacida, a la publicación del trabajo premiado del académico y ensayista Emilio Carilla como un valiosísimo aporte a la ya rica bibliografía dedicada a nuestro admirado humanista.

Jaime A. Viñas Román  
Rector  
Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña

## PRESENTACIÓN

Sigo impenitente en la arcaica creencia de que la cultura salva a los pueblos.

Pedro Henríquez Ureña

*Pocas figuras intelectuales latinoamericanas han tenido tanta proyección continental como Pedro Henríquez Ureña. Don Pedro nunca dejó de ser y de sentirse dominicano, y hay muchas pruebas de ello; pero Santo Domingo debe tener por honor el que uno de sus hijos más preclaros sea patrimonio de toda la América hispánica.*

*Además de reiteradas estancias de estudio o residencia en Estados Unidos, Cuba y España, Pedro Henríquez Ureña vivió dos largas y significativas jornadas en México, donde fue participante activo de la vida cultural, en la primera, y educativa, en la segunda; y residió los últimos veinte años de su vida en Argentina, donde enseñó abnegadamente y recogió el respeto de los mejores intelectuales del país.*

*Pero Pedro Henríquez Ureña no fue un hispanoamericano cabal solamente por motivos de "americanería andante", para decirlo con la expresión de su gran amigo Alfonso Reyes. Lo fue por razones más esenciales, especialmente por la forma espontánea y sin distinguos de vivir con igual naturalidad todo lo hispanoamericano, no importa de dónde procediera. Sus páginas no revelan a un intérprete que desde una cierta perspectiva simpatiza con otra (lo que al fin no dejaría de ser una forma suavizada de la distancia), sino a alguien que tiene verdadera ubicuidad vivencial, que siente con la misma naturalidad cualquiera de nuestras manifestaciones culturales, trátase de Rubén Darío o de Sor Juana, de Hostos o de Rodó, del barroco mexicano o del pensamiento en el Río de la Plata. Pedro Henríquez Ureña parece heredero de aquellos hispanoamericanos de la primera época de la Independencia, que sólo hablaban de "América", que se sentían "americanos" antes que de cualquier tierra americana en particular.*

*El suyo fue también un americanismo abierto, intenso pero no provinciano, preciso pero sin ilusión de autosuficiencia cultural. Fue, en primer lugar, justo con España. Ante todo, mediante el estudio; y también por el juicio histórico. Y no por eso ignoró las fuentes autóctonas, desplazadas, pero no totalmente eliminadas, por la conquista. Así escribió: "Nuestra vida espiritual tiene derecho a sus dos fuentes, la española y la indígena...". La personalidad cultural hispanoamericana la vio como la suma orgánica de varias cosas: completos trasplantes desde fuera; supervivencias de lo originario; préstamos europeos que luego se hicieron material propio por adaptación a la circunstancia americana; y creaciones originales. Un fenómeno complejo, como lo es siempre la cultura y la vida en que se basa. Ningún simplismo fácil, ni teórico, ni ideológico.*

*Por España nos insertamos en la cultura occidental: "Perteneceemos a la Romanía —escribió— la familia románica que constituye todavía una comunidad, una unidad de cultura, descendiente de la que Roma organizó bajo su potestad". Y más atrás sentía a Grecia, uno de sus grandes amores juveniles, como lo muestran los recuerdos de la época del Ateneo de la Juventud en México.*

*Por todo ello nos enseñó que nuestra originalidad no pasa por la negación de la cultura occidental, sino por su asunción crítica. Hemos hecho por mucho tiempo de la cultura occidental el paradigma y la medida del valor, al punto casi de ignorar lo propio y de sentirnos inferiores. Descubierta el exagerado eurocentrismo de esa posición hemos pasado, en el otro extremo, a denunciar a la cultura occidental como cultura de la dominación. Más allá de exageraciones y de verdades parciales (inclusive más allá de la realidad de la dominación), quizás convenga verla simplemente como cultura, para examinar qué de ella es también nuestro, por lo tanto parte de nuestra imagen. Esto no impide reconocer otros componentes del retrato, y sobre todo no impide la independencia de criterio para proseguir en la búsqueda de nuestro verdadero ser.*

*Y también en esa búsqueda fue maestro Pedro Henríquez Ureña, al señalarnos un camino válido para realizarla. Quizás en ello consista su mayor lección. El camino que nos indicó es el del trabajo duro y disciplinado, el de la exigencia con nosotros mismos, el de la alta aspiración, sin recalar en el conformismo fácil del mérito pequeño. La personalidad propia, vino a decirnos, no es un problema de color local sino de calidad —la misma que asombra en su obra.*

*Lo resumió en aquella ajustada y rica expresión suya: "El ansia de perfección es la única norma". "La expresión genuina a que aspiramos —escribió— no nos la dará ninguna fórmula, ni siquiera la del 'asunto americano': el único camino que a ella nos llevará es el que siguieron nuestros pocos escritores fuertes, el camino de perfección, el empeño de dejar atrás la literatura de aficionados vanidosos, la perezosa facilidad, la ignorante improvisación, y alcanzar claridad y firmeza, hasta que el espíritu se revele en nuestras reacciones acrisolado, puro". Basta trasladar esta afir-*

**mación del terreno de la literatura al de la cultura en su totalidad para tener el método y la esencia de un programa que vale para cualquier tiempo.**

**No puede extrañar, por lo tanto, que la Organización de los Estados Americanos y la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña se asociaran para recordar el centenario (cumplido en 1984) del nacimiento de este dominicano continental, en las circunstancias y con los resultados que se relatan en la página liminar de este libro. Esa asociación ha sido, para el Departamento de Asuntos Culturales de la OEA, motivo de profunda satisfacción, y queremos reiterar una vez más nuestro agradecimiento a la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, y en particular al Rector Jaime A. Viñas Román, por la valiosa colaboración en el proceso del Concurso, y por la publicación del presente libro.**

**El jurado -al cual una vez más expresamos nuestro reconocimiento- premió la obra de Emilio Carilla que ahora tenemos la fortuna de ver publicada. La bibliografía sobre Pedro Henríquez Ureña abunda en notas, artículos, ensayos y prólogos o presentaciones a varias reuniones de sus escritos, pero no tanto en libros o estudios orgánicos más extensos. De ahí la importancia de que esta obra de Carilla cubra, entre otros aspectos y además de los biográficos, la crítica literal, los estudios lingüísticos, los dos grandes libros panorámicos del maestro dominicano y, por supuesto, su preocupación americanista. Se trata, pues, de una efectiva contribución a la bibliografía sobre Pedro Henríquez Ureña.**

**"Sólo han sido grandes en América aquellos que han desenvuelto por la palabra o por la acción un sentimiento americano", escribió José Enrique Rodó. La obra de Pedro Henríquez Ureña confirma, con su propia grandeza, el aserto del gran maestro uruguayo.**

**Juan Carlos Torchia Estrada  
Director  
Departamento de Asuntos Culturales**

**Washington, D. C., junio de 1988**

## PRÓLOGO

Creo que entra en la categoría de lo singular el prestigio que acompaña el nombre de Pedro Henríquez Ureña. En especial, si se piensa que los perfiles más reconocibles de su obra corresponden al ensayo y la crítica literaria en general. Y, en otro nivel, a la lingüística, para no referirme a otros sectores menos continuados. Admitámos, eso sí, la multiplicidad de ramificaciones en que nos envuelve su mucho saber, y, no menos, su jerarquía de Maestro...

Reconociendo todas estas facetas, sorprende, sin embargo, la perduración de una fama que —repito— lo convierte en un caso poco común dentro de la cultura americana.

Es cierto, sí, que una gran mayoría de los tributos escritos que se le han dedicado no sobrepasan la extensión de breves ensayos u homenajes. Y, a la inversa, no suelen abundar trabajos detallados y de apreciable dimensión. Pero una vez más sería engañoso el establecer relaciones muy estrechas entre el número de páginas de un estudio y sus posibles bondades.

Quizás un obstáculo importante, vinculado a la posibilidad de abarcar la totalidad de las disciplinas que cultivó Pedro Henríquez Ureña reside en las dificultades de encontrar estudiosos que lleguen a dominar, paralelamente, la multiplicidad de artes, ciencias y letras que dominó o poseyó nuestro hombre. Reconocida esta dificultad, me parece que debe servir de acicate y no de contención o desaliento. Y que, sobre todo, no anula la necesidad de alcanzar, con la probidad intelectual que el Maestro merece, el paradójico doble juego en que se complementan la hondura de la interpretación y la altura esclarecedora.

Cerca ya de los cuarenta años de su muerte, repito, Pedro Henríquez Ureña mantiene una fama realmente firme. Fama que muy pocos escritores hispanoamericanos de su época poseen. Sería casi sobrehumano esperar de su obra —no olvidemos sus perfiles— una supervivencia pareja. Hay que tener igualmente presente el carácter específico de las disciplinas, así como el rápido desgaste que el tiempo impone a manifestaciones de ese tipo. Esto



es cierto, pero también lo es el hecho extraordinario que muestra a su obra, en general, viva y erguida. Y que no son sólo —hoy— sus numerosos discípulos los que aún lo recuerdan. Muchos otros se han agregado, y le confieren una permanencia que —insisto— tiene pocos equivalentes en nuestra historia cultural.

Difícilmente se concibe la omisión de su nombre cuando, en los días que corren, se debaten los problemas, particularmente culturales, del continente. En especial, en lo que toca a los pueblos de la América Hispánica (nombre que defendió —sabemos— en sus últimos años).

Si mi ambición no resulta exagerada, aspiro con este trabajo a llenar un vacío dentro de la bibliografía general que existe sobre Pedro Henríquez Ureña. Y, en otro orden de cosas, más íntimo, deseo pagar, si eso es posible, algo de lo mucho que le debo, deuda que siento crecer con el paso del tiempo.

Concluyo este prólogo. No conviene decir más en estos párrafos de introducción, cuando hay tanto que mostrar en el cuerpo del trabajo.

## I

# LAS SIETE ETAPAS DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

### *Introducción: biografía y americanismo*

Si hay un rasgo que se encuentra ligado de manera extraordinaria al nombre de Pedro Henríquez Ureña, ese rasgo, no es otro que el del americanismo: tanto es el peso y tal la continuidad con que aparece en su obra el tema de América.

De este modo, su biografía —lo que podemos llamar biografía externa del personaje— permitirá conocer, con la rotundidad de nutridos testimonios y fechas, las bases en que se asienta ese perfil continental.

Eso sí, aunque sea algo evidente, conviene advertir desde un principio que la biografía de Pedro Henríquez Ureña no es la de un hombre que impresiona por los azares imprevistos o las vicisitudes espectaculares. Es, en lo esencial, la vida de un estudioso, vida que se recorta sobre el dilatado territorio americano: norte y sur. En ella se marcan, de manera especial, dos etapas: la primera —de iniciación y madurez (temprana madurez)— se extiende desde 1884 hasta 1920 ó poco después; la segunda, afirmada al establecerse en 1924 en la Argentina, desde los primeros años de esa década hasta su muerte —en 1946—, y que aceptamos como su etapa de plenitud. Se centra, como es fácil deducir, en sus años de Buenos Aires. Sin embargo, una particularización más detallada nos obliga a considerar una serie de etapas menores —siete, puedo contar— dentro de las cuales cabe, igualmente, la dimensión que concedemos al período 1924-1946. Pero sin debilitar, por eso, la significación que corresponde dar a sus años anteriores.

Reitero que, si la vida de Pedro Henríquez Ureña no tiene un ritmo movido de novela, no por ello carece de atractivos y de hondo sentido humano. Con el agregado fundamental del americanismo. Además, si desde

la República Argentina ofrece pocos secretos la evocación de su larga y fecunda época rioplatense, no siempre se conocen, con igual precisión, los momentos anteriores.

Hecha la afirmación precedente, debo de inmediato decir que, merced a la labor de diversos estudiosos (amigos, discípulos de Don Pedro, familiares, en especial) su vida va siendo mejor conocida. Precisamente, el intento de esta "cronología comentada" responde al deseo de una puesta al día, de una actualización, con el respaldo, tanto de los testimonios citados, como de mis impresiones personales, centradas, explicablemente, en los últimos años de Don Pedro.

### *Primera etapa*

1884 (29 de junio). Nacimiento de Pedro Nicolás Federico Henríquez Ureña en la ciudad de Santo Domingo. Fueron sus padres Francisco Henríquez y Carvajal y Salomé Ureña. (Ver partida de bautismo reproducida por Emilio Rodríguez Demorizi).

1887-1891. Su padre deja Santo Domingo, viaja a Europa.

1892. Presidencia de Ulises Heureaux. Francisco Henríquez deja de nuevo Santo Domingo y se establece en Cabo Haitiano. Su mujer queda en Puerto Plata, en compañía de sus hijos Pedro y Max.

1893. Afirmación de lecturas literarias.

"Nuestra afición a las letras se había manifestado de manera precisa desde algún tiempo antes: Pedro contaba poco más de nueve años y yo ocho cuando leíamos la encomiable traducción que de algunas de las obras de Shakespeare había hecho el peruano José Arnaldo Márquez..." (Max Henríquez Ureña, *Hermano y Maestro*, Santo Domingo, 1950, pág. XVII).

1895. Casi junto con la elaboración de los primeros versos, comienza estudios regulares en el Liceo Dominicano.

1896. Nuevo viaje a Puerto Plata, donde "funda", con su hermano Max, la sociedad literaria *El Siglo Veinte*.

"Emprendimos todos el viaje a Puerto Plata, donde mi padre había tomado en arrendamiento una pintoresca casita próxima a la playa. Nos acompañó él durante el primer mes de nuestra permanencia en Puerto Plata y asistió a la velada que organizamos para inaugurar una sociedad literaria infantil. *El Siglo Veinte*, cuya presidencia entendimos que sólo podía desempeñar nuestra propia madre". (Max Henríquez Ureña, *Hermano y Maestro*, pág. XXIII).

1897. Muerte de Salomé Ureña, en Santo Domingo. Poco tiempo antes de morir, Salomé Ureña completó su poesía *Mi Pedro*, de claro valor augurador:

Mi Pedro no es soldado; no ambiciona  
de César ni Alejandro los laureles;  
si a sus sienes aguarda una corona,  
la hallará del estudio en los vergeles.

Así es mi Pedro, generoso y bueno;  
todo lo grande le merece culto;  
entre el ruido del mundo irá sereno,  
que lleva de virtud germen oculto...

1899. Asesinato de Heureaux. La familia de Federico Henríquez regresa a Santo Domingo.

"Para mis hermanos y para mí, el retorno a la patria fue algo así como el despertar a una vida nueva, dentro de la que veíamos de momento colmados nuestros anhelos de actividad intelectual. Encontramos un grupo de amigos cuyas aficiones eran semejantes. Con Apolinar Perdomo, Bienvenido Iglesias, Mario Mazara y Porfirio Herrera, inició mi hermano Franz la publicación de una revista literaria, *El Ibis*, mientras José Esteban Buñols lanzaba al público otra revista juvenil con el nombre de *Páginas*. Fundiéronse después las dos revistas en una tercera, *Nuevas páginas*. En las tres colaboramos junto con Franz. Además, Pedro y yo solíamos escribir en la *Revista Literaria*, que publicaba Enrique Deschamps". (Max Henríquez Ureña, *Hermano y Maestro*, págs. XXXI-XXXII).

1900. Entusiasmo de Pedro por la obra de Ibsen. Obtiene el título de Bachiller en Ciencias y Letras en el Instituto Nacional de Santo Domingo. (*Memorias*).

Epoca de enseñanza (e influencia) de Leonor M. Feltz:

"cuán largo ha corrido el tiempo, amiga y compatriota, desde que, alejándome de mi tierra, abandoné la familiar reunión y las lecturas de vuestra casa!...

No os digo que sois la única influencia que reconozco. Pero las otras han sido, cuando personales, familiares; cuando extrañas, sólo de ambiente...

De mí sé que me guiasteis en la vía de la literatura moderna ¡Qué multitud de libros recorrimos durante el año en que concurrí a vuestra casa, y, sobre todo, que río de comentarios fluyó entonces!" (Ver Pedro Henriquez Ureña, *Horas de estudio*, París, 1910).

*Segunda etapa (Nueva York y La Habana)*

1901. Su padre viaja por los Estados Unidos y Europa. Pedro queda en Nueva York, donde prosigue sus estudios y donde avanza en el aprendizaje del inglés. Impresiones de la llegada:

"Llegamos, por fin, a Nueva York, el 30 de enero, mi primera impresión fue curiosa: había niebla, nevaba terriblemente, y las grandes masas grises de edificios, sobre los cuales se destacaban los enormes de la ciudad baja, ofrecían un conjunto enigmático. Dos impresiones, sin embargo, recibí ese día, que tardé en repetir: la primera, las casas campestres de ciertas poblaciones de la costa, que observamos antes de entrar en Nueva York...; la segunda, el singular aspecto del Bowery, por donde pasamos en coche..." (Pedro Henríquez Ureña, *Memorias*).

De estos años de Nueva York (1901-1904), Pedro Henríquez Ureña ha destacado también su afición a los teatros y los conciertos. Aparte, sus lecturas: literarias y filosóficas. En el primer caso, su interés por la literatura en lengua inglesa (Shakespeare, por un lado; por otro, Carlyle, Emerson, Ruskin).

Continúa su propia obra, que tiene entonces el sello modernista (*Flores de Otoño*), que publica en *El Ideal*, revista fundada por su hermano Max, Armando Pérez Perdomo, Juan Torres Mejía y otros).

Dificultades económicas. Trabajo (*Memorias*).

1903. Pedro cae enfermo, a fines de ese año:

"El invierno llegó crudísimo; y en diciembre, tanto por el frío como por la fatiga de mi organismo, caí en la cama con un reumatismo que durante quince días me impidió casi moverme..." (Pedro Henríquez Ureña, *Memorias*).

1904. A fines de ese año está Pedro en La Habana. Recomendado por el General Máximo Gómez, consigue un cargo en la casa comercial Silveira y Compañía. Colabora en la revista *Cuba Literaria*, fundada por su hermano Max en Santiago de Cuba.

1905. Se publica en La Habana su primer libro: *Ensayos críticos*. Sin duda alguna el eco más importante es el juicio de Rodó:

"Veo en Ud. un verdadero escritor, una hermosa promesa para nuestra crítica americana, tan necesitada de sangre nueva que la reanime. Me agradan mucho las cualidades de espíritu que Ud. manifiesta en cada una de las páginas de su obra, y que son las menos comunes, y más oportunas y secundas, con relación al carácter de nuestra literatura. Me agradan la solidez y ecuanimidad de su criterio, la reflexiva seriedad que da el tono a su pensamiento, lo concienzudo de sus análisis y juicios, la limpidez y precisión de su estilo. Me encanta esa rara y felicísima unión del entusiasmo y la moderación reflexiva que se da en Ud. como en pocos. Y me complace reconocer, entre su espíritu y el mío, más de una íntima afinidad y más de una estrecha simpatía de ideas..." (José Enrique Rodó, *Epistolario*, ed. de París, 1921, págs. 42-43).

"...diré que su obra crítica, aunque modestamente titulada *Ensayos*, es de lo más grande y sabroso que yo he podido recoger en la producción hispanoamericana de estos últimos tiempos". (A. González Blanco, *Pedro y Max Henríquez Ureña*, en *Los Contemporáneos*, 3ª serie, París, s.a., pág. 164). Aunque le "perdona" un tanto la juventud y lo considera "cubano".

### *Tercera etapa (México)*

1906. Se establece en México, en la ciudad de Veracruz. Allí funda, junto a Arturo de Carricarte, la "Asociación Literaria Internacional Americana", y, como órgano de la Asociación, la *Revista crítica*.

"La asociación Literaria Internacional Americana", que en Veracruz (México), bajo la dirección de Pedro Henríquez Ureña y Arturo Carricarte, selectos espíritus, acaba de publicar su *Revista crítica*, aspira a encarnar la tendencia y servir la necesidad [de la fraternidad hispanoamericana]" (J.S., *Fraternidad hispanoamericana*, en la *Revista de letras y ciencias sociales*, de Tucumán, 1906, IV, No. 20, pág. 144). "J.S." fue uno de los seudónimos utilizados por Juan B. Terán.

"¿Ha leído Ud. la *Revista crítica* que en Veracruz comenzaron a publicar, en enero, Henríquez Ureña y Carricarte? Es digna de todo estímulo y ayuda..." (J.E. Rodó, carta a Francisco Ventura Calderón, fechada en Montevideo, 28 de junio de 1906. Publicada por Roberto Ibáñez, *Correspondencia de J.E. Rodó*, en *Fuentes*, Montevideo, 1961, I, 1, pág. 83).

En la ciudad de México se vincula a diversos centros literarios.

1907. Creciente actividad. Aparte de la *Revista crítica*, colabora en la *Revista Moderna* y en *México moderno*. E interviene en la creación de la *Sociedad de Conferencias*. Aprecio por su capacidad y conocimientos, pero también algunos juicios negativos:

"La erudición del crítico Pedro Henríquez Ureña -dice José Juan Tablada- era tan grande como su petulancia, que lo movió a poner cátedra en México al llegar de su país natal, Santo Domingo..." (Cit. por Teodoro Torres, *Humorismo y sátira*, México, 1943, pág. 341).

1908. Traduce y publica la obra de Walter Pater, *Estudios griegos*.

1909. Miembro de los "Amigos de la Juventud". La *Sociedad de Conferencias* se transforma en el *Ateneo de México* y adquiere su más alto nivel.

"El *Ateneo de México* se llamó primero *Sociedad de Conferencias* (1907-1908): sus miembros principales fueron Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Marín Luis Guzmán, Enrique

González Martínez; dos de ellos, Jesús Tito Acevedo... y Federico E. Mariscal... iniciaron el movimiento de estudio de la arquitectura colonial del país". (Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México, 1947, págs. 136-137).

"Pero en el grupo a que yo pertenecía, el grupo en que me afilié a poco de llegar de mi patria (Santo Domingo) a México, pensábamos de otro modo. Eramos muy jóvenes (había quienes no alcanzaban todavía los veinte años) cuando comenzamos a sentir la necesidad del cambio... Sentíamos la opresión intelectual, junto a la opresión política y económica, de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva, para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro gran maestro, hasta Kunt y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leíamos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte *pompier*. Nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente a las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en actitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico..." (Pedro Henríquez Ureña, *La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México*, en la *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, 1925, I, pág. 125).

Ya en 1909 era conocido y apreciado por Menéndez y Pelayo. Esto deducimos de una carta de PHU a Don Marcelino, de ese año, donde, entre otras cosas, dice:

"Comprenderá Ud. que, aunque vivo en México, soy dominicano. El malestar crónico de mi país me obliga a buscar aires más puros en éste, aunque desde lejos sigo trabajando por el mío, y raru vez publico mis escritos en el exterior solamente, sino que los hago aparecer al mismo tiempo aquí y en Santo Domingo". (Ver *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, Santander, 1951, XXVII, pág. 150).

1910. Pronuncia diversas conferencias sobre escritores hispanoamericanos. Interviene en el ciclo del *Ateneo*, con motivo del Centenario de la Independencia mexicana. Tema: *La obra de José Enrique Rodó*. (A la prédica de Henríquez Ureña se debe, en gran parte, la edición de *Ariel* publi-

cada por el Gobierno del Estado de Nuevo León. El Gobernador era Bernardo Reyes, padre de Alfonso).

Colabora en la *Antología del Centenario*, dirigida por Justo Sierra (h), junto a Nicolás Rangel y Luis G. Urbina. Se publica en París su segundo libro, *Horas de estudio*, que pronto determina elogios de Menéndez y Pelayo, Boutroux y F. García Godoy. (Ver, de este último, su obra *La literatura americana en nuestros días*, Madrid, s.a., págs. 175-198).

1911. Viaje a Santo Domingo y Cuba.

"La permanencia de Pedro Henríquez Ureña en México se interrumpió en 1911, en que viajó a Santo Domingo a bordo del vapor *Ab El Kader*. Llegó el 16 de mayo, y el 19 visitó el *Lintín Diario*. Volvió a México, vía Cuba, en el vapor cubano *Julia*, el 22 de junio de 1911". (Emilio Rodríguez Demorizi, *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña*, Santo Domingo, 1947, pág. 46).

Cuba. Conferencias en La Habana, en la *Sociedad de Conferencias* (nuevo nombre del *Ateneo de La Habana*). De vuelta a México, colabora en los cursos de la *Universidad Popular Mexicana*, creada ese año por los miembros del *Ateneo*.

"Nuestro grupo, además, constituido en *Ateneo* desde 1909, había fundado en 1911 la *Universidad Popular Mexicana*, en cuyos estatutos figuraba la norma de no aceptar nunca ayuda de los gobiernos: esta institución duró diez años, atravesando ileso las peores crisis del país, gracias al tesón infatigable de su Rector, Alfonso Pruneda, y contó con auditorios muy variados. Entre los obreros difundió, en particular, conocimientos de higiene; y de sus conferencias para el público culto nacieron libros importantes, de *Caso* y de *Mariscal*, entre otros". (Pedro Henríquez Ureña, *La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México*, ed. citada).

1912-1914. Desempeña diversos cargos docentes en la Escuela Superior de Comercio y Administración, y en la Universidad Nacional de México (Escuela Preparatoria: 1912-1913; Escuela de Altos Estudios: 1913-1914).

1913. (6 de diciembre). Pedro Henríquez Ureña pronuncia en la "Librería General de México" su conferencia sobre *Don Juan Ruiz de Alarcón*, con la audaz tesis del mexicanismo de Alarcón, y reproducida después en diversas revistas.

"A la vez que una obra de belleza, el presente opúsculo es una obra de orientación..." (Reseña bibliográfica firmada por "C. y R.", publicada en la *Revista de Filología Española*, de Madrid, 1916, III, págs. 319-321). Se refiere a la separata de la *Revista de Filosofía, Letras y Ciencias de La Habana*, 1915.



#### 1914. Breve viaje a Cuba. Conferencias y contactos personales.

"Francisco José Castellanos me transmitía sus impresiones: ¡Pedro Henríquez Ureña! era un ser dotado de extraordinario poder de penetración, que además tenía un don asombroso de conversación, e inagotable de sabiduría en letras, en arte y aun en filosofía. Era una sorpresa un ser así, lleno de cordial interés por el sentir y el saber de los demás, que incansablemente gustaba de sondear en las almas y trataba de darles orientación adecuada y firme en el contacto con las letras..." (Félix Lizaso, *Pedro Henríquez Ureña y su presencia en Cuba*, en la *Revista Iberoamericana*, Iowa, 1956, XXI, Nos. 41-42, págs. 107-108).

#### *Cuarta etapa (y segundo momento en los Estados Unidos)*

1914 (diciembre). Llega a Washington, como corresponsal del *Heraldo de Cuba*, designado por Manuel Márquez Sterling. Comienza a utilizar el seudónimo "E.P. Garduño". Colabora también, en inglés, en *The Forum*. Por los espectáculos y, en general, por la mayor vida cultural, prefiere Nueva York a Washington.

1915. Sigue colaborando en el *Heraldo de Cuba* y entra como redactor en *Novedades*, de Nueva York, semanario dirigido por Francisco J. Peynado. Mantiene su seudónimo "E.P. Garduño".

En marzo de 1915 Pedro Henríquez Ureña fue designado Profesor Numerario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santo Domingo, pero no llegó a ocupar el puesto. (Con anterioridad, había intervenido en un proyecto para reabrir la Facultad y mejorarla).

Comienzo de una *Antología de la poesía dominicana*:

"Pedro Henríquez Ureña trabajó en 1915-1916 en la preparación de una *Antología de la poesía dominicana*. Era un propósito de la adolescencia; integraban los materiales, poesías y diversas páginas acerca de los poetas que pensaba incluir en su obra. Los donó al Museo Nacional de Santo Domingo, en 1932". (F. Rodríguez Demorizi, *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña*, ed. citada, págs. 42-43).

1916. Por recomendación del Profesor J.D.M. Ford ocupa diferentes cargos en la Universidad de Minnesota. En realidad, estudia y enseña.

Después que su padre fuera elegido Presidente de la República, el presidente Wilson ordena la ocupación del territorio dominicano.

"A mediados de 1916 mi padre fue llamado a la Presidencia de la República, por elección constitucional que de su persona hizo el Congreso Nacional en momentos de aguda crisis política, cuyo más sensible resultado fue el desembarco de tropas de los Estados Uni-

dos de América en el territorio dominicano", (Max Henríquez Ureña, *Hermano y Maestro*, ed. citada, pág. XLIV),

Reacción de Pedro Henríquez Ureña, recogida en los periódicos *Journal* y *Minneapolis Tribune*.

1918. Termina su tesis de doctorado y obtiene el título de Doctor en Filosofía. Su tesis versó sobre la versificación irregular en la poesía castellana (3 de junio).

1919. Profesor en los cursos de verano de la Universidad de Chicago. Ese año renuncia a su cargo de Minnesota.

#### *Quinta etapa (España)*

1920. Llega Pedro Henríquez Ureña a Madrid y se pone en contacto con Ramón Menéndez Pidal. (En realidad, la vinculación entre los dos había comenzado en 1913, año en que el crítico americano le envió a Don Ramón varios trabajos suyos). Henríquez Ureña, miembro del Centro de Estudios Históricos y redactor de la *Revista de Filosofía Española*.

Como anejo de la *Revista* aparece en Madrid su libro *La versificación irregular en la poesía castellana*, con prólogo de Menéndez Pidal.

Menéndez Pidal recomienda a Henríquez Ureña para la cátedra de literatura española de la Universidad de Londres, y, entre otros elogios, se refiere a la reciente publicación de *La versificación irregular*. Además, puntualiza Menéndez Pidal "los nada comunes conocimientos que el Sr. Henríquez Ureña posee de las literaturas extranjeras, singularmente de la inglesa y la francesa..." (Ver Emilio Rodríguez Demorizi, *Archivo literario de Hispanoamérica*, en la *Revista Dominicana de Cultura*, 2, Santo Domingo, 1951, págs. 317-318).

(Setiembre). Vuelve a Minnesota con el cargo de *Assistant Professor*, al que renuncia en 1921 (A. A. Roggiano).

#### *Sexta etapa (segundo momento de México).*

1921. Pedro Henríquez Ureña vuelve a México, aceptando la invitación de José Vasconcelos. Ocupa cargos en la Escuela de Altos Estudios y en la Escuela Preparatoria de la Universidad de México.

Asiste, como Delegado de la Liga Nacional de Estudiantes de Santo Domingo, al Primer Congreso Panamericano de Estudiantes, celebrado en México. Allí planteó el problema de la patria ocupada:

"...los estudiantes de mi patria, a falta de uno de ellos que emprendiera el viaje hasta México, decidieron atribuirme su representación para que no faltara quien recordase la suerte injusta de Santo Domingo, y en particular la suerte de sus escuelas, cerradas muchas de ellas como venganza mezquina del invasor contra la protesta popular ante exigencias de Wall Street". (Pedro Henríquez

Ureña, *El amigo argentino*, en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1928, págs. 138-139).

1922. Viaje a la América del Sur, en la comitiva que encabezaba José Vazconcelos. Visita Buenos Aires.

1923. Ocupa el cargo de Director General de Enseñanza Pública en el Estado de Puebla, designado por el Gobernador Vicente Lombardo Toledano. El 23 de mayo se casa con Isabel Lombardo Toledano. (Del matrimonio nacerán dos hijas: Natalia, "Natacha", el 26 de febrero de 1924, en México; Sonia, el 10 de abril de 1926, en La Playa, República Argentina).

Don Pedro pierde su cargo con motivo de los acontecimientos políticos de México. Desde la Argentina, Rafael Alberto Arrieta inicia gestiones para incorporarlo al Colegio Nacional de la Universidad de La Plata.

"Le agradezco infinito sus gestiones y quisiera poder irme enseñando... Las circunstancias que me detienen son éstas: la primera es que precisamente a principios de marzo espero al primogénito. Si pudiéramos emprender el viaje inmediatamente la dificultad no sería tan grande y el niño sería argentino. Pero de momento no veo modo de reunir dinero para el viaje, ni me atrevo a dejar abandonados mis embrolladísimos intereses. La situación económica de México es muy mala; nadie tiene dinero; mis ahorros están metidos en tierras no acabadas de pagar, y éstas me representan, por ahora, deudas y no entradas..." (Carta de Pedro Henríquez Ureña a Rafael Alberto Arrieta, fechada en México, el 4 de diciembre de 1923. Cit. por R.A. Arrieta, *Pedro Henríquez Ureña, profesor en la Argentina*, en la *Revista Iberoamericana*, Iowa, 1956, XXI, Nos. 41-42, pág. 89).

Séptima etapa (Buenos Aires, con intermedio en Santo Domingo)

1924. Acompañado de su mujer y su hija, desembarca, a principios de julio, en Buenos Aires. Se establece primero aquí y viaja diariamente a La Plata. (Posteriormente, vivió un tiempo en esta ciudad).

Catedrático en el Colegio Nacional de la Universidad de La Plata.

1925. Catedrático de Literatura Argentina e Hispanoamericana en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Buenos Aires.

*La Utopía de América*: profesión de fe humanista de Pedro Henríquez Ureña:

"El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual... Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre (y por desgracia esa es hasta ahora nuestra única realidad), si no nos decidimos a que ésta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla

en todos los climas, no tenemos justificación... Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple "la emancipación del brazo y de la inteligencia". (Ediciones de "Estudiantina", La Plata, 1925, págs. 20-21).

Viaje a Montevideo. Gestiones para que regrese a la Isla de Santo Domingo.

"Si fuera posible hallar allí trabajo y pasto para mis actividades y hogar cómodo y seguro para mi familia, me iría...

En el orden intelectual, la Argentina crece asombrosamente. Este año ha sido el año de las novelas y los cuentos..." (Pedro Henríquez Ureña, carta a ¿Américo Lugo?, publicada sin nombre de destinatario en el periódico *Patria*, de Santo Domingo, No. 78, 12 de febrero de 1927. La carta lleva esta fecha: 8 de diciembre de 1926).

1927. Viaje a Santiago de Chile.

1928. Profesor Suplente de Literatura de la Europa Septentrional en la Universidad Nacional de La Plata. (El titular era Rafael Alberto Arrieta).

Aparece en Buenos Aires (Editorial Babel) su importante libro *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Notable difusión del primer ensayo: *El descontento y la promesa*.

"...son investigaciones acerca de nuestra expresión, en el pasado y en el futuro. A través de quince años el tema ha persistido, definiéndose y aclarándose: la exposición íntegra se hallará en *El descontento y la promesa*. No pongo la fe de nuestra expresión genuina solamente en el porvenir; creo que, por muy imperfecta y pobre que juzguemos nuestra literatura, en ella hemos grabado, inconscientemente o a conciencia, nuestros perfiles espirituales. Estudiando el pasado, podremos entrever rasgos del futuro; podremos señalar orientaciones. Para mí hay una esencial: en el pasado, nuestros enemigos han sido la pereza y la ignorancia; en el futuro, sé que sólo el esfuerzo y la disciplina darán la obra de expresión pura..." (Pedro Henríquez Ureña, *Palabras finales*, en *Seis ensayos...*, ed. citada, págs. 195-196).

1929. Viaje a Montevideo, con motivo del Homenaje a Juana de Ibarbóru.

1930 (diciembre). Viaje a Río de Janeiro. Alfonso Reyes.

Según Alfonso Reyes (ver también ratificación de PHU), ya en 1930, Pedro Henríquez Ureña junto a Alfonso Reyes habían procurado la edición de los "Clásicos de América" en Madrid, en la Compañía Ibero Americana de Publicaciones:

"...Pedro Sáinz, contraté mis obras en CIAP, los Clásicos de América, de Pedro Henríquez Ureña y yo..." (Alfonso Reyes, *Diario*, México, 1969, pág. 327).

1931. Cálido y comprensivo ensayo de Xavier Villaurrutia sobre Don Pedro. Lo considera "humanista, más erudito". (Ver X. Villaurrutia, *Pedro Henríquez Ureña, humanista moderno*, en la revista *La literatura argentina*, de Buenos Aires, 1931, IV, No. 37, pág. 14).

1931-1933, Intermedio en Santo Domingo: Superintendente General de Enseñanza. Doctor Honoris-Causa de la Universidad de Puerto Rico (1932).

"Pedro Henríquez Ureña llegó a su nativa ciudad de Santo Domingo el 15 de diciembre de 1931 a bordo del vapor *Coamo*, llamado por el Gobierno para encargarse de la dirección de la Enseñanza Pública como Superintendente General de Enseñanza...

En 1932, mientras ejercía sus funciones de Superintendente General de Enseñanza, dictó en la Universidad de Santo Domingo un curso de literatura española, que constituyó el primer paso hacia el establecimiento, en la Universidad, de la Facultad de Filosofía y Letras...

Su ejercicio se extendió desde diciembre de 1931 al 15 de junio de 1933 en que se le concedió licencia para ausentarse del país. Embarcó por Puerto Plata el 29 de junio, en el vapor francés *Macoris*, hacia Francia..." (Emilio Rodríguez Demorizi, *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña*, ed. citada, págs. 44-45).

De Francia viajó directamente a la Argentina.

"La atracción de Buenos Aires —teatros, conferencias, exposiciones—, el reclamo de sus amistades porteñas y otras tareas docentes ya iniciadas en la gran ciudad, lo devolvieron a ella, con su mujer y su dos hijas, argentina la segunda..." (Rafael Alberto Arrieta, *Pedro Henríquez Ureña, profesor en la Argentina*, ed. citada).

1936. Miembro de la 7ª Reunión de la Organización de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones. Reunión celebrada en Buenos Aires. De nuevo. "en busca de nuestra expresión...".

"Nosotros resucitamos eternamente ante el problema. Nuestras proclamas, nuestros manifiestos revelan que no estamos todavía satisfechos de lo que nosotros hemos obtenido en la traducción artística de nuestra vida auténtica. Se han propuesto también nuevas fórmulas de americanismo. Por el verdadero problema no es el de los temas, sino el de darles, cualesquiera que ellos sean, una expre-

sión eficaz..." (Pedro Henríquez Ureña, palabras en "7ª Reunión...". Ver *Europe-Amérique Latine*, París, 1937, pág. 76).

Se publica en Buenos Aires, como anejo de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, su libro *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*. (El germen está, sin duda, en el estudio *Vida intelectual de Santo Domingo*, que había incluido en *Horas de estudio*, París, 1910).

1938-1939. Publica, en colaboración con Amado Alonso, los dos tomos de la *Gramática castellana* (Editorial Losada, B. Aires), y se convertirá en uno de ellos más importantes colaboradores de la *Revista de Filosofía Hispánica* que, con la dirección de Amado Alonso, comienza a salir ese año.

1940-1941. Ocupa la Cátedra de Poética "Charles Eliot Norton" de la Universidad de Harvard. Pedro Henríquez Ureña fue el primer hombre de lengua española que ocupó la cátedra (prestigiada, entre otros, por Gilbert Murray, T.S. Eliot, Robert Frost, Stravinsky y Einstein). Las conferencias de PHU, en lengua inglesa, fueron pronunciadas en el "Fogg Museum of Art", de Cambridge (Mass.)

Aparecen, en Buenos Aires, *El español en Santo Domingo y Plenitud de España*.

1941 (4 de marzo). Última conferencia en Harvard. En abril se embarca en Nueva York, con destino a Buenos Aires, en el barco *Santa Elena*.

1945. Aparece editado por la Universidad de Harvard, su libro *Literary Currents in Hispanic America*, que recoge sus conferencias.

1946 (11 de mayo). Pedro Henríquez Ureña muere en la estación Constitución de Buenos Aires, a poco de subir al tren que debía llevarlo a La Plata.

"estábamos ya en 1946. En una mañana de mayo se dirigió Pedro a la editorial, según costumbre, atendió allí diversos asuntos; y cuando el presidente de la empresa, Gonzalo Losada, lo apremió para que lo acompañara a un almuerzo que la propia editorial ofrecía ese día a distinguidos visitantes extranjeros, se excusó alegando que no debía faltar a su cátedra en La Plata, ya que la víspera le había sido imposible ir por encontrarse algo indispuerto. Apresuradamente se dirigió a la estación del ferrocarril que había de conducirlo a La Plata. Llegó al andén cuando el tren arrancaba, y corrió para alcanzarlo. Logró subir al tren. Un compañero, el profesor Cortina, le hizo seña de que había a su lado un puesto vacío. Cuando al oír su respiración afanosa, lo sacudió preguntándole qué le ocurría. Al no obtener respuesta, dio la voz de alarma. Un profesor de medicina que iba en el tren lo examinó y, con gesto de impotencia, diagnosticó la muerte.

Así murió Pedro: camino de su cátedra, siempre en función de maestro". (Max Henríquez Ureña, *Hermano y Maestro*, ed. citada, pág. I.).

Con motivo del sepelio, en el Cementerio del Oeste de Buenos Aires, hablaron su hermano Max (Embajador de la República Dominicana), Ezequiel Martínez Estrada, Amado Alonso, Roberto F. Giusti, Arturo Giménez Pastor, entre otros. (*La Nación*, de Buenos Aires, 13 de mayo de 1946).

"En estos momentos no podemos comprender la inmensidad del desamparo en que su muerte nos deja; sólo podemos sentir la inmensidad de nuestra pena por el amigo que hemos perdido. El tiempo no podrá borrar el recuerdo de este hombre insigne, y en cambio irá dando a su personalidad la elevación con que alcance un día la talla de los más grandes evangelistas de la cultura americana. Así necesitamos alejarnos de la montaña para comprender su altura..." (E. Martínez Estrada).

"Tan aturdido estamos con este fin repentino de la vida de Pedro Henríquez Ureña que todavía no acertamos más que a entrever la grandeza de su pérdida. Pero ¡ay, Dios mío! desde hoy en adelante, cada día que pase se encargará de traernos su herida concreta, cuando queramos, como siempre, acudir a su certero saber, a su delicada discreción, a su buen juicio, a su seguro sentido de la docencia, cuando nuestra necesidad se vuelva hacia él y no lo encuentre más..." (Amado Alonso).

Como publicaciones póstumas, hay un título y una traducción que es inevitable citar por su valor y difusión.

1947. Se publica en México su *Historia de la Cultura en la América Hispánica*, obra en la que Don Pedro había trabajado en los últimos años de su vida (en parte, paralela; en parte, ampliación, de las *Literary Currents...*).

1949. Aparece en México (y como volumen de la "Biblioteca Americana" que él había bosquejado) la traducción de las *Literary Currents...*, con el nombre de *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Traducción de Joaquín Díez-Canedo (salvo páginas dedicadas a Surmiento, ya traducidas por PHU).

Valen, como datos finales, más cerca a nuestros días, la publicación de las *Obras completas* de PHU (10 tomos, Santo Domingo, 1976-1980), como tarea, precisamente, de la Universidad Nacional PHU de Santo Domingo, y al cuidado de Juan Jacobo de Lara, y, en especial, el traslado de los restos del gran dominicano a su tierra natal.

## ACOTACIONES BIOGRAFICAS UNA PREMONICION

Desde los años juveniles mostró Pedro Henríquez Ureña aprehensiones en relación a su salud, así como desconfianza con respecto a los médicos. Esto lo conocemos bien, a través de sus propias confesiones, cuando se opuso reiteradamente a una operación a la nariz.

La reciente publicación del epistolario cambiado entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes (parte principal de un rico epistolario) muestra que el tema de la salud, propia o ajena, lo preocupó especialmente en la primera etapa de esa correspondencia, para atenuarse en etapas posteriores. (De más está decir que esto es lo que trasuntan las cartas conservadas).

Sobre esta base general, que tomo como punto de partida, llama la atención una carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, fechada en La Plata, el 16 de noviembre de 1924<sup>1</sup>.

Importa señalar, en primer término, que esta es la carta que en ese epistolario inaugura el momento argentino, el culminante momento argentino del Maestro dominicano. Llevaba ya algunos meses en nuestro país, y, por eso, resulta poco creíble que no le hubiera escrito a su mejor amigo para darle sus impresiones del nuevo escenario. Es decir, de un ámbito alejado que, desde un comienzo, se presentaba con características muy diferentes a aquellos otros en que había vivido.

Sin embargo, la propia carta a que me refiero se encarga de dilucidar el misterio. En efecto, y en relación al tema fundamental que domina la carta del 16 de noviembre de 1924 (es decir, la preocupación de Pedro Henríquez Ureña por un problema de salud) éste menciona dos cartas anteriores enviadas a Alfonso Reyes, cartas que el amigo no ha contestado.

---

1. Pedro Henríquez Ureña—Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo*, III, Santo Domingo, 1983. Edición al cuidado de Juan Jacobo de Lara. Págs. 281-282.



Claro que, en este lugar, lo que realmente importa es la referencia a la segunda posibilidad. Es decir, la de la muerte repentina, y el comentario vaticinio de Pedro Henríquez Ureña, cuando señala que puede sobrevenir "en 1924, o dentro de cuarenta años".

Aquí, pues, debo detenerme, y comenzar con la nada compleja operación matemática que, en un lado, coloca las fechas posibles que nos da Henríquez Ureña, y, en otro, el suceso real de su muerte.

Pedro Henríquez Ureña murió en 1946: éste es el dato concreto e inapelable. Y murió, cumpliéndose así el vaticinio, de muerte repentina, en el episodio del tren que partía de la estación Constitución de Buenos Aires. Pero hay algo más: decía Pedro Henríquez Ureña que podía morir en 1924 (año de la carta) o cuarenta años después. No hace falta mucha imaginación para comprender que estos cuarenta años, sumados a los cuarenta que tenía, conforman una edad de ochenta años. Edad que entonces (y hoy) constituye un promedio "aceptable". Queda la explicación de que aquellos cuarenta años de la suma representan simplemente "muchos años". Aún así y todo, no cambia lo esencial de la perspectiva.

Lo que sabemos con certeza —repito— es que Pedro Henríquez Ureña murió en Buenos Aires, el 11 de mayo de 1946. No se cumplió su predicción, ya que la suma de 1924 + 40 nos da el año 1964. Pero el solo cambio de orden de los dos últimos números transforma 1964 en 1946, año exacto de la muerte de Pedro Henríquez Ureña. Y, en fin, si no murió en La Plata, lugar en que firma la carta de 1924 dirigido a su amigo Alfonso Reyes, murió en uno de sus acostumbrados viajes a la ciudad de La Plata.

De más está decir que no pretendo hacer de Henríquez Ureña un Nostradamus con su apabullante numerología, o un Torres Villarroel con sus almanaques (con respecto a los demás), ni traer a colación, a propósito de las autopremoniciones, el conocido vaticinio de César Vallejo, con París y la lluvia...

Con todo, la proximidad mayor, aun con el relativismo común de la anticipación, corresponde al poema de Vallejo:

Me moriré en París con aguacero,  
un día del cual tengo ya el recuerdo!...

---

3. Cf. Jean Charles Pichon, *Nostradamus en clair*. Ver traducción española de Ramón Planes, Barcelona, 1977.

En América, el religioso mexicano Dámaso Solomayor centró sus investigaciones en los calendarios jeroglíficos de los aztecas y, no menos, en las posibles relaciones simbólicas entre esos jeroglíficos y los textos bíblicos. (Ver Miguel Antonio Caro y Rufino J. Cuervo, *Epistolario con Rafael de la Peña* (y otros), Bogotá, 1983, págs. 305-322).

4. Ver César Vallejo, *Piedra negra sobre una piedra blanca* (en *Poemas en prosa. Formas humanas...*, ed. de Buenos Aires, 1979, pág. 75). Y dire después:

Me moriré en París —y no me curro—  
tal vez un jueves, como es hoy de otoño.

Según cuentan sus biógrafos, murió en París y con lluvia. Pero no en otoño, ni un día jueves. (Como sabemos, murió el 15 de abril de 1938).

No se trata, vemos, de premoniciones totales, sino de algunas coincidencias que, a su vez, conceden carácter menos espectacular y más "humano" (para aplicar también el adjetivo de Vallejo) a lo que tanto Henríquez Ureña como César Vallejo declaran. (Y no importa la diferencia genérica de los testimonios). En nuestro caso especial, diré que los párrafos del autor dominicano, de 1924, agregan un motivo realmente extraño dentro de su biografía.

Reitero que, si por un lado, Pedro Henríquez Ureña mostró aprehensión desde sus años juveniles por los problemas de salud<sup>5</sup>, posteriormente tales testimonios se debilitan o desaparecen. O, mejor, no los registra por escrito. Interpreto que lo hace para evitar palabras de consuelo, o, simplemente, porque estas confesiones se apartan de los ya bien definidos temas, sobre todo literarios, que sus cartas contienen. (No olvidemos que es su epistolario el que nos ofrece las más nutridos datos).

Lo que puedo agregar es que la naturaleza del fenómeno premonitorio parece, en principio, más cercana a las inclinaciones líricas o imaginativas de Alfonso Reyes, que a las lucubraciones y consejos magistrales de Henríquez Ureña. Sin embargo, está visto que es difícil establecer identificaciones de este tipo.

Concluyo. He traído a colación la carta de 1924 porque, sin pretender una anticipación total al vaticinio, las cifras y las circunstancias con que ya entonces envolvía el postrer episodio de su vida, presenta algunas coincidencias con las que corresponden a su muerte real.

Lamentamos profundamente que no alcanzara a vivir hasta 1964. Si tanto hizo en la Argentina en los años que mediaron entre 1924 y 1946 (no contemos las dos breves sangrías) ¡qué no hubiera podido hacer en 18 años más!... Entramos aquí en el huido terreno de lo posible, y sólo nos queda el consuelo de apoyarnos en la realidad incontrovertible.

A manera de cierre, y subrayando el especial mundo simbólico en que me he detenido, creo que cabe aquí la breve cita de un párrafo de Senancour:

"...los antiguos consideraban los números como el principio universal. La extensión, las fuerzas, la duración, todas las propiedades de las cosas naturales ¿no siguen acaso las leyes de los números?"<sup>6</sup>.

---

5. En las memorias de Pedro Henríquez Ureña, vinculadas a sus tempranos años de Nueva York, se descubren también noticias sobre el frío de la ciudad y las enfermedades que sufrió entonces. (Ver Alfredo A. Roggiuno. *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, México, 1961).

6. Cf., Senancour, *Obermann* (1804). Ver traducción de Ricardo Baeza, ed. de Madrid, 1930, II, pág. 89.

## II

### AMERICA: TEMA FUNDAMENTAL

#### *América, tema fundamental*

Decir que América es el tema por excelencia en la obra de Pedro Henríquez Ureña es decir una de esas verdades que se imponen de manera rotunda. Tal es la abundancia de los testimonios, tanto el peso de las pruebas que no hay ningún reparo en admitir esa afirmación.

Una vez asentado esto, cabe también la fácil corroboración de que no es América el único tema de Pedro Henríquez Ureña. Que, en orden previsible, se escalonan otros: España y, en general, aspectos universales de notoria solidez, con ciertos sectores más perceptibles que otros (sociología, música, métrica, literaturas de lengua inglesa). A veces, con épocas de dedicación predominantes...

Volvamos al motivo de América. En otra perspectiva o plano, conviene analizar, a su vez, la parte o partes del tema. Por supuesto, nombrar América es nombrar no sólo un continente sino también un concepto de enorme, monstruoso contenido. De tal manera, siempre se corre el peligro de abarcar demasiado poco.

Los intereses principales que acuciaron el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña fueron, sobre todo, los culturales. Y, dentro de la amplitud que tiene igualmente el fenómeno cultural, su base, de notable extensión y admirable fluidez, se concentró en disciplinas particulares: la lengua, la literatura, la música. Pero también es justo agregar que, en él, la filosofía, la sociología, la historia, la política, las artes plásticas, las ciencias naturales, fueron algo más que complementos o simples sostenes.

Otra consideración que es justo hacer, apunta hacia el sector más corriente de los estudios. En efecto, lo normal es que, precisamente como una consecuencia de lo difícil que resulta pretender abarcar tantas tierras y

pueblos, el crítico, el investigador, se centran a menudo en un sector, un país, una región. Y, en forma más ambiciosa, en una de las vastas divisiones que determinan lenguas y culturas: el norte, el sur; la América Inglesa, la América Hispánica...

No podemos apartar del todo a Pedro Henríquez Ureña de esta situación. Sin embargo, pocos como él tuvieron un dominio tan llamativo de *todo* el continente. Dominio apoyado, como veremos, en multitud de rasgos y trasantado en variedad sorprendente de escritos.

De la misma manera, si bien es cierto que Pedro Henríquez Ureña se apoya con más vigor en determinadas áreas de conocimientos (en primer lugar, repito, la lengua y la literatura) también nos sorprende con una versación poco corriente de otras disciplinas. En algunas de ellas fue mucho más allá de la pura información. Lo que conviene agregar es que el rigor fue característica general de su obra y, por lo tanto, frente a él estamos ya lejos de un perfil de "sabio" que se dio con bastante frecuencia en nuestras tierras: el del enciclopedista vacuo, en el que la variedad de campos fue con frecuencia el disfraz de la improvisación y la falta de conocimientos.

Por la importancia que tiene la literatura en su concepción de la cultura podemos pensar, en ocasiones, que Pedro Henríquez Ureña remozó la antigua idea de Herder.<sup>1</sup> No es exactamente así, pero algún vestigio queda. A su vez, esta dimensión concedida al fenómeno literario no fue una fácil consecuencia de pensar que lo que predomina o conoce mejor es, sólo por eso, el centro del mundo. Nos convence, en cambio, de que su dominio de la materia literaria, en adecuada y armónica relación con otras manifestaciones culturales, es base insustituible para el mejor conocimiento del continente.

Como hoy estamos bastante lejos del enciclopedista tipo siglo XVIII, resulta obvio defender a Pedro Henríquez Ureña de ese rótulo. Dentro de una tendencia que tiende cada vez más a la especialización, a dividir los sectores de estudios en zonas muy limitadas, Don Pedro aparece, más bien, como espécimen intermedio. Mejor dicho: la investigación, el ahondamiento, no fueron en él impedimentos para el saber y exposición en amplitud.

Pedro Henríquez Ureña combatió la improvisación, la falta de esfuerzo sistemático, la falta de rigor, cuando se refirió, en varias ocasiones, a los "males" de nuestra América, y sin discriminar zonas o sectores. El, por su parte, sobresalió en las dos direcciones nítidas que notamos en su obra: el

---

1. Aunque estemos hoy algo lejos de las reflexiones del humanista alemán, no está de más recordar sus renovadores conceptos y, no menos, su particular difusión en la América Hispánica, durante el siglo XIX. No cabe duda de que sus ideas ayudaban. Herder tuvo sin duda que ver con ciertas bases historicistas, relaciones entre el hombre y el medio, el hombre y el clima, visibles en escritores hispanoamericanos del pasado siglo. Agreguemos, la poesía como eje de la historia (menos, sus referencias a las "voces de los pueblos").

Ver Raimundo Lida, *Sarmiento y Herder* (en *Memoria del Segundo Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana*, California, 1940, págs. 155-171); Universidad Nacional de Buenos Aires, *Viro y Herder* (Buenos Aires, 1948); y el libro *El Romanticismo en la América Hispánica* (1. ed. de Madrid, 1975, págs. 149-160).

trabajo de investigación, especializado, y la obra general, divulgadora. Su bibliografía no se comprende bien si no abarca sus grandes síntesis, libros donde el vuelo panorámico no significa, necesariamente, superficialidad ni suma de lugares comunes. En fin, por ese camino llegamos a la verdadera dimensión que tuvo Pedro Henríquez Ureña y que, desde temprano, se le aplicó: la de "Humanista", auténtico humanista, de acuerdo a una concepción que, para nosotros, cambia algo, pero no mucho, la que se aplica al humanista clásico<sup>2</sup>.

Por último, aunque resulte ya redundante destacarlo, el convencimiento de que la profundización de lo americano es posible no sólo a través de lo propio o lo observado en estas tierras, sino también a través de un adecuado enlace universalista, contrastador o complementador. La obra de Don Pedro da altas pruebas de esa característica importante.

### *Las fundamentaciones*

Conociendo, como hoy conocemos, la vida de Pedro Henríquez Ureña se impone como consecuencia casi inapelable el hecho de que esa vida, al desarrollarse en variedad de escenarios americanos, llevaba en sí, implícito, el tema fundamental de su obra. Por supuesto, tal consecuencia lo es sólo en parte. Muchos otros hombres tuvieron, como él, tanta o mayor multiplicidad de residencias continentales. Aún más, hasta podemos sostener que si Don Pedro vivió en diversos países de América a lo largo de su vida (países, eso sí, con diferencias notorias de espíritu) no fue dicha causa motivo suficiente como para determinar, sin más ni más, la dirección que estamos subrayando.

Vayamos por partes. En primer término, los lugares que destaca su conocido itinerario —Santo Domingo, México, Estados Unidos, Cuba, Argentina— fueron residencias no trazadas, como, por ejemplo, traza un turista sus viajes. La hoy, en general, bastante completa biografía de Don Pedro<sup>3</sup> nos muestra de sobra que, en su mayor parte, la instalación en un determinado país obedece, primero, a viajes de sus padres; después, a estudios y, sobre todo, a la necesidad de ganarse el sustento.

Lo que, en realidad, debe importarnos es el hecho de que Pedro Henríquez Ureña sacó de la variedad de escenarios una experiencia invalorable. Base capital (no única, claro) para captar como corresponde acentos propios y diferencias.

---

2. Cf. E. Canilla, *Hacia un humanismo hispanoamericano* (separata de *Thesaurus*, XX, Bogotá, 1965) donde toma como ejemplos a Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Con elementos comunes y, también, con diferencias que pueden marcar dos direcciones (no muy separadas, claro): con regusto clasicista en Alfonso Reyes; con mayor persistencia de lo moderno (y aun con contactos sociales) en Henríquez Ureña.

3. Cf., en especial, con aportes de Misa Henríquez Ureña (sobre todo, primeros años, inclinación literaria, etc.), Emilio Rodríguez Demerzi (PHU y Santo Domingo), Alfonso Reyes (diversas noticias sobre Don Pedro), Alfredo A. Ruggiano (PHU y los EEUU), Rafael Alberto Arrieta (sobre la llegada de PHU a la Argentina)...

No está de más, aquí, un ejemplo revelador. Todos conocemos y admiramos el tributo que significó el *Ariel* de Rodó. El escritor uruguayo —es sabido— no estuvo en los Estados Unidos, y tal ausencia no excluye rasgos acertados en la pintura de ese pueblo. Después de todo, también, lo que pretendía Rodó era analizar el fenómeno de la expansión e influencia del país del norte en los países del sur del continente. Con todo, cabía la posibilidad (tal como, precisamente, el propio Don Pedro señaló en indirectos, pero lúcidos párrafos)<sup>4</sup> cabía la posibilidad, repito, de que un conocimiento concreto de los Estados Unidos muy posiblemente le hubiera dado mejores apoyos de sustentación, sin necesidad —¡por descontado!— de que Rodó cambiara la tesis fundamental de su libro.

Lo que debemos destacar, pues, es el fruto que Pedro Henríquez Ureña sacó de esa variedad de escenarios que dan fondo a su vida. Con la ventaja de que sus residencias tuvieron extensión suficiente como para permitirle deducciones válidas. (Señalemos, como contraste, la abundancia de aprovechados "viajeros" que después de estar una semana en un lugar se atreven a escribir ambiciosos libros...)

Así, es muy posible que esta sucesión de países que desfilan por su vida (importantes, aunque no excepcional) haya ido determinando en él la idea del tema capital de su obra. Tema que va ganando nuevas vetas de enriquecimiento y de útil comparación con cada latitud geográfica. Es muy posible. Lo que resulta lícito agregar ahora es que la experiencia viva fue acompañada, como correspondía, con la ayuda indispensable de la información, particularmente bibliográfica, y con el sostén inequívoco de reflexiones sobre los rasgos observados y sobre los problemas captados y por resolver.

A propósito de la información conviene también decir que Don Pedro trabajó en zonas espaciales y bibliográficas donde no siempre abundan las buenas referencias y donde, por lo tanto, es necesario comenzar "desde abajo", para fijar de ese modo puntos de partida valaderos. En más de un aspecto (y sin que tengamos que exagerar el paralelismo) Pedro Henríquez Ureña nos recuerda la labor de Menéndez y Pelayo al trabajar en sectores donde estaba casi todo por hacer, o donde lo que estaba hecho debía revisarse convenientemente. Reitero que el caso no es igual, aunque no dejo de notar cierta aproximación, subrayada por el respeto que siempre sintió Pedro Henríquez Ureña hacia Don Marcelino<sup>5</sup>.

---

4. Cf., Pedro Henríquez Ureña, *Ariel*, IV en *Ensayos críticos*, La Habana, 1906; donde Don Pedro reconoce algunos de los "males" que Rodó señala en los Estados Unidos, pero también, por encima de tendencias "prácticas", advierte metas de bien moral y de mejoramiento social. En síntesis, lo que nota Pedro Henríquez Ureña es la pugna de corrientes extremas: Orgullo, agresión, corrupción, utilitarismo, por un lado. Por otro: idealismo, elevación moral e intelectual.

5. Por eso, sin duda, y por su espíritu de justicia, Pedro Henríquez Ureña insistió más de una vez en sus elogios a Don Marcelino. No tanto para sostener la vigencia de sus obras (ya en vejezadas en diversos aspectos) sino para defenderlo de juicios retaceadores que olvidaban las circunstancias en que trabajó Menéndez y Pelayo y en lo que aún tenía permanencia de él... (Ver, entre otras páginas, PHU, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1926, pág. 39. Allí nos

Me parece adecuado destacar en este sitio una virtud de nuestro hombre, que no todos han captado como se merece: la del divulgador, con méritos que limpian de aspereza el nombre común. De sobra sabemos que una doble dirección aparece desde temprano en sus escritos: por un lado, la labor de investigación, erudita, de acarreo de datos, de aportes documentales, de deducciones y tesis novedosas, labor realizada con buenas armas y reflejada en obras importantes (particularmente, en libros sobre la lengua, las letras, la métrica). Por otro lado, la labor de divulgación (patente en "cuadros" y "tablas", panoramas, antologías, ediciones), que fue en él complemento indispensable de sus trabajos más ambiciosos. Bien conocemos que no todos los "sabios" están dispuestos a ofrendar su tiempo a tales tareas y, por el contrario, las desdeñan o postergan.

Reparando, de nuevo, en la obra de Pedro Henríquez Ureña, corresponde recordar, una vez más, bondades de sus vastas síntesis, que son, en mucho, el natural deseo de poner al alcance de un público vasto, no especializado, materias o muy amplias, o muy complejas o mal conocidas. En fin, hay en la doble dirección que señalamos un explicable "contrapunto" ya que las dos direcciones tienen un nacimiento casi coetáneo, si bien aceptamos que la labor popular, de divulgación, es en buena medida, como corresponde, consecuencia del trabajo erudito. Si algunas veces se equivocó, o no resultan muy convincentes sus explicaciones, podemos responder que es difícil, casi imposible, escapar a ese riesgo en disciplinas como las que cultivó, muy expuestas a las acechanzas. Lo que debe importarnos, en cambio, es el caudal extraordinariamente rico que corre por sus páginas.

### *Los testimonios*

Teniendo en cuenta que Pedro Henríquez Ureña nació en 1884, es fácil mostrar que su preocupación americana surge tempranamente, casi con los primeros datos de su bibliografía. En rigor, comienza ésta con una serie de poesías juveniles y, dentro de ellas, el primer título, el poema *Minisintinca*, de 1894, ya está revelando, a través de la fecha, su relativo valor. No conviene medir, con mucha severidad, por razones obvias, este primer trozo de su producción. (El propio autor, por otra parte, no concedió a estos frutos tempranos mayor significación). El registro de sus obras primerizas debe completarse, en otra dirección, con algunas traducciones de poetas franceses (Lamartine, Sully-Prud-Homme).

Así, pues, aunque tampoco supere mucho el carácter de correteo inicial, la labor ensayístico crítica de Pedro Henríquez Ureña comienza, en rigor, pocos años después, en 1900, con su *Crónica*, un homenaje al poeta dominicano José Joaquín Pérez, poeta hacia quien Don Pedro mantuvo durante toda su vida especial estimación. (El trabajo se publicó como obra anónima,

---

dice que, sin haber escrito Menéndez y Pelayo una *Historia de la literatura española* con sus obras completas puede reconstruirse una buena historia, no completa —dentro de lo relativo—, pero sí con abundancia de datos nuevos, originales de acuerdo al estado de la crítica de la época).

en la *Revista Ilustrada*, de Santo Domingo, el 15 de julio de ese año). Precisamente, el año 1900 muestra el debilitamiento de su inicial labor crítica y el afianzamiento de la labor crítica a través de diversas crónicas, reseñas e impresiones: en particular sobre obras dramáticas. Merece recordarse el comentario que escribió acerca del drama de Ibsen, *Juan Gabriel Borkman*, a fines de ese año (y publicado en las *Nuevas Páginas*, de Santo Domingo, el 15 de diciembre) porque, aunque escape a las líneas que aquí perseguimos, pone de relieve, igualmente, otra de las grandes admiraciones de Pedro Henríquez Ureña, admiración mantenida a lo largo del tiempo, y sin que sea necesario, por eso, acercar la figura de José Joaquín Pérez a la de Ibsen.

Reiteramos, de este modo, la significación del año 1900 como hito inicial de una dedicación que no hará sino afirmarse con el correr del tiempo. Como sería redundante que yo me refiriera en detalle a su bibliografía americana conocida me parece que el método más apropiado consistirá en citar títulos importantes o valederos (por uno u otro motivo), particularmente libros, para fijar con ellos las etapas esenciales de su trayectoria. Por otra parte, trayectoria continuada. En efecto, como abarca desde 1900 hasta 1946 ó 1947 (para permitir la inclusión de una importante obra póstuma) el itinerario comprende casi cincuenta años de un auténtico magisterio de americanismo.

Vayamos, ahora, a los nombres principales, representados muchas veces, como digo, por libros que en buena medida recogieron artículos o partes publicadas con anterioridad en diarios y revistas. De ese modo, también, y a través del autor, se subraya una mayor significación, aunque no debe tomarse esto como una verdad absoluta.

El primer libro en la bibliografía de Pedro Henríquez Ureña es *Ensayos críticos* (La Habana, 1905). Recoge en él material literario, musical y sociológico. Hay allí alternancia de artículos con temas americano y extranjero, e importa destacar la presencia de su comentario sobre el *Ariel* de Rodó, de sus artículos sobre José Joaquín Pérez y sobre las *Tendencias de la poesía cubana*, de sus tributos sobre *Rubén Darío* y sobre las ideas sociológicas de *Hustos* y *Lluria*. Como vemos (y como su labor periodística ya lo anunciaba) la presencia americana es firme. Conviene ponerla de relieve, en este libro inaugural de Pedro Henríquez Ureña.

El segundo libro —*Horas de Estudio*— se publicó en París (1910, en las reconocibles y entonces difundidas ediciones Ollendorff). De nuevo, alternancias: "cuestiones filosóficas" y cuestiones literarias, sobre todo. Y, de nuevo, el tema americano que se detiene especialmente en su país ("De mi patria": José Joaquín Pérez, Gastón F. Deligne, y otros). En otros sectores: *Hustos*, *Darío* y *Barrera*. Y de ese mismo año es la contribución de Pedro Henríquez Ureña a la importante *Antología del Centenario*, en México, (junto a la colaboración de Luis G. Urbina y Nicolás Rangel), labor que Don Pedro solía recordar siempre con no encubierto orgullo. Agrego, aparte y como insistencia fecunda, su disertación sobre *La obra de José Enrique Rodó*, pronunciada en el Ateneo de la Juventud, de México.



De 1913-1914 separo sus aportes acerca de los *Romances en América* (en *Cuba Contemporánea*, de La Habana, noviembre-diciembre de 1913, y, después, en *La Lectura*, de Madrid, enero-febrero de 1914) y, sobre todo, su conferencia de 1913, en la Librería General de México, acerca de *Don Juan Ruiz de Alarcón*, con su revolucionaria tesis del "mexicanismo" del dramaturgo. Sobre ella volvió posteriormente en otras ocasiones, aunque no nos dio en definitiva (por lo menos, eso creo yo) el estudio total que la tesis merecía\*.

De 1922-1923 separo, como ejemplo también de la labor periodística de Don Pedro en varios años, sus *Puntos* de una conferencia y el artículo titulado *La doctrina peligrosa* (centrada, como es fácil adivinar, en la *Doctrina Monroe*). Siquiera como muestra de una relativamente nutrida producción de Don Pedro vinculada al tema de la expansión de los Estados Unidos en el Caribe y, de manera especial, al problema de Santo Domingo. Se trata de una producción firmada en buena parte con el seudónimo de "E. P. Garduño" y que se extiende a lo largo de varios años: concretamente, a partir de 1915<sup>7</sup>.

De 1925, el estudio sobre *El supuesto andalucismo de América* (en *Cuadernos del Instituto de Filología*, I, No. 2, Buenos Aires, págs. 117-122; ver también B.D.H., Anejo I, Buenos Aires, 1937), estudio en que Pedro Henríquez Ureña procura dar nuevos fundamentos a ideas de Rufino J. Cuervo y que, en general, la crítica más reciente no acepta. Sobre esto volveré después\*.

De 1925 es, igualmente, su artículo sobre *La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México* (publicado en la *Revista de Filosofía*, de Buenos Aires, I, 1925). Con datos importantes acerca de la cultura mexicana

6. Escribió Pedro Henríquez Ureña en 1936:

"He tratado extensamente el tema en *Don Juan Ruiz de Alarcón* México, 1913, segunda edición, La Habana, 1915; reimpresa sin notas en mi *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1928. Consulte además el prólogo de Alfonso Reyes en su edición de *Comedias de Alarcón* (Clásicos "La Lectura"). En su libro sobre Lope, José Bergamín llama a Alarcón tres veces intruso y una vez mexicano; es, dicha con mal humor, la diferencia que siempre se observó entre Alarcón y los dramaturgos españoles europeos, desde Juan Pérez de Montalván hasta Ferdinand Wolf. Véase también Dorothy Schons, *The Mexican background of Alarcón*, PMLA, 57, 1942, págs. 69-104" (Pedro Henríquez Ureña, *El teatro de la América Española en la época colonial*, en INET, *Cuadernos de cultura teatral*, 3, Buenos Aires, 1936).

Sobre la tesis de Pedro Henríquez Ureña volveré después.

7. Ver, sobre todo, Alfredo A. Roggiaro, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, México, 1961, págs. 200-201.

8. Hacia 1926-1928, Pedro Henríquez Ureña escribía:

"El andalucismo de América es una fábrica de poco fundamento, de tiempo atrás derribada por Cuervo". Y en nota:

"A las pruebas y razones que adujo Cuervo en su artículo *El castellano en América*, del *Bulletin Hispanique* (Bordeaux, 1901), he agregado otras en dos trabajos míos: *Observaciones sobre español en América*, en la *Revista de Filología Española* (Madrid 1921) y *El supuesto andalucismo de América*, en las publicaciones del Instituto de Filología de la Universidad Nacional de Buenos Aires, 1925". (Pedro Henríquez Ureña, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, ed. citada, pág. 42).

a comienzos del siglo y con referencias personales que repiten corrientemente las biografías de nuestro hombre.

En años posteriores (sin impedir, por ello, la incorporación de trabajos elaborados con anterioridad) una serie valiosa de artículos que, finalmente, el autor reunió en uno de sus libros capitales, los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Buenos Aires, 1928), obra que afirma, de manera definitiva, el prestigio de Pedro Henríquez Ureña en el Río de la Plata a través de la seriedad y fundamentos con que, sobre todo, se encara el problema del americanismo literario. De acuerdo a lo dicho, no es necesario insistir tanto en la composición del libro, en las partes que comprende, como en la originalidad del "americanismo expresivo" que defienden los primeros ensayos del libro. Insisto, pues: obra básica de Pedro Henríquez Ureña, con sello, proyecciones y ramificaciones que acompañarán ya definitivamente buena parte de sus escritos hasta el final de su vida. Ratifico esto con un solo dato sugestivo: basta recordar que las famosas conferencias que pronunció en la Cátedra Charles Eliot Norton, en Harvard, años 1940-1941, las pronunció con el anuncio-título de *In a search of Expression: Literary and artistic currents in Hispanic America*, que después se comprimió en el libro -como anebemos- en *Literary Currents in Hispanic America* (Cambridge, Massachusetts, 1945).

Después de 1928, y como reflejo de su importante etapa argentina, son muchos los títulos que debemos recordar. De manera especial, a través de las dos direcciones fundamentales que venían perfilando sus estudios: la crítica literaria y la lingüística. Sin olvidar un tercero: el de los panoramas culturales. Enumerar nombres es, en mucho, anticipar libros, artículos, ensayos, notas, etc. que veremos en los próximos capítulos. Por eso, me parece más apropiado enunciar aquí, únicamente, la trascendencia de la etapa final de PHU, así como punto de irradiación -argentino- que la caracteriza.

---

Ver, ahora, el replanteo que hace del problema del andalucismo Guillermo Guitarte en su estudio *Cervio, Henríquez Ureña y la polémica sobre el andalucismo en América* (en *Vox Romanica*, XVII, 2, 1968, págs. 363-416; reimpresso con el título *Sobre el andalucismo en América*, en la revista *Thesaurus*, de Bogotá, 1959, XIV). En realidad, la bibliografía es más nutrida, pero sobre este problema volveré, más detalladamente, en otro capítulo.

## LA CRITICA LITERARIA EN PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Sin pretender que se trata de una exactitud, llama la atención que, dentro de la abundante labor crítica de Pedro Henríquez Ureña no se encuentre un volumen, de cierta dimensión, dedicado a un autor o una obra. Con esto, subrayo también que en su bibliografía lo característico suele ser, por un lado, el estudio, el artículo, el ensayo o la semblanza breve. Y, por otro, el conjunto de las visiones panorámicas, los cuadros de época, las síntesis nacionales o continentales.

Asimismo, creo que puede considerarse como un rasgo personalizador de la obra de Pedro Henríquez Ureña la ausencia, en sus escritos, de una "teoría literaria". Quiero decir, de un sistema crítico enunciado de manera detallada. Conviene reparar en esta ausencia ya que, como conocemos de sobra, suelen abundar entre nosotros enfoques de tal naturaleza, aun en autores de producción restringida. Pero de más está decir que presencia y ausencia es sólo una comprobación externa y no equivale, en principio, a signo de valor.

Limitándonos a Pedro Henríquez Ureña, vemos que se reproduce en él un caso adivinable: la falta de una teoría declarada y pormenorizada no impide que podamos rastrear en su obra el método o los métodos que vertebran sus escritos, con cierto equilibrio entre juicios escuetos y declaraciones espaciadas, por un lado, y, por otro, la posible aplicación del método.

Es posible que este perfil haya impedido, a su vez, estudios más o menos minuciosos dedicados al maestro dominicano. Crítica sobre la crítica, o metacrítica centrada en su vasta obra. Vasta obra que, en buena proporción (tratados, manuales, artículos, ensayos, semblanzas, etc.) tiene que ver precisamente sobre esta disciplina, si bien desde el lado de la concreción o aplicación, y no repito desde el lado de la teoría.

Quizás también como consecuencia de tales características, no abundan ni, en general, son felices los esbozos que pretenden captar la individualidad

de la crítica de Pedro Henríquez Ureña. Creo que algunos ejemplos lo comprueban. Así, Guillermo de Torre, en un muy rápido bosquejo de la crítica contemporánea, lo incluye entre los representantes de la crítica de tipo universitario, "con impresión de objetividad". Y lo coloca junto a Federico de Onís y Ángel del Río (aunque cita mal el único título suyo que menciona como *Las corrientes intelectuales de América Hispánica*)<sup>1</sup>.

Por su parte, María Luisa Bastos, al pasar revista a los críticos de Borges, se detiene brevemente en Pedro Henríquez Ureña. Coincide con Guillermo de Torre en el rasgo de la "Objetividad", pero no avanza mayormente en una verdadera comprensión del problema. Esto es lo que nos dice acerca de la crítica de Pedro Henríquez Ureña:

"La pasión por la letra escrita, el respeto por la tarea intelectual y el afán de objetividad hacen que muchos artículos del erudito dominicano tengan una tersura descriptiva excesivamente neutral que suele producir un doble efecto. El lector, deslumbrado por el asombroso despliegue de datos, se decepciona ante la ausencia de evaluaciones o interpretaciones..."<sup>2</sup>.

María Luisa Bastos aclara, de inmediato, que el juicio citado no corresponde a la temprana reseña de las *Inquisiciones* de Borges (reseña de Pedro Henríquez Ureña publicada en 1926, desusadamente, en la *Revista de Filología Española*). Con más amplio panorama, no sé cuál es el grado de conocimiento que la autora tiene de la obra crítica de Pedro Henríquez Ureña. Si nos atenemos a lo que indican los "muchos artículos" parece vasto, pero si analizamos detenidamente su juicio es escaso y fácilmente vulnerable<sup>3</sup>.

Penetramos en terreno más favorable con los párrafos que, en este sector, le dedica Juan Jacobo de Lara. No es ningún secreto que Lara es uno de los más entusiastas admiradores de Don Pedro, tal como lo revelan ediciones y estudios. Quizás también por eso, pienso que si bien Lara nos dió algunas

---

1. Ver Guillermo de Torre, *Nuevas direcciones de la crítica literaria* (ed. de Madrid, 1970, pág. 121). Notemos, de paso, que, lo tome del texto original inglés o de la traducción de Joaquín Díez-Canedo, el título de *Las Corrientes*... no corresponde con exactitud al que lleva la obra. Posiblemente lo recuerda de memoria.

2. Cf. María Luisa Bastos, *Borges ante la crítica argentina (1923-1960)*, Buenos Aires (1973), pág. 86. Notamos la coincidencia de la "objetividad" con respecto a la rápida caracterización de Guillermo de Torre.

Al mencionar la temprana reseña que escribió PHU sobre las *Inquisiciones* de Borges (y publicadas en 1926, desusadamente, en la *Revista de Filología Española* de Madrid), M.L. Bastos aclara de inmediato que esta reseña escapa, o es excepción, a la caracterización de la crítica de PHU que acaba de dar. No sabemos cuál es el grado de conocimiento que María Luisa Bastos tiene de la obra crítica del maestro dominicano. Si nos atenemos a lo que indican los "muchos artículos" es abundante, pero si analizamos detenidamente el párrafo es escaso y fácilmente vulnerable...

3. Quiero puntualizar aquí que el estudio de las relaciones (encuentros y desencuentros) entre Pedro Henríquez Ureña y Jorge Luis Borges es digno de hacerse. El material a nuestro alcance es realmente nutrido, y supera en mucho los pocos datos que aporta María Luisa Bastos.

caracterizaciones de tipo informativo, no nos ha ofrecido hasta hoy el estudio detallado que la crítica de Pedro Henríquez Ureña merece. Sirvan como testimonio de adhesión más que como ahondamiento, mientras tanto, la breve descripción que enuncia en un libro de 1975. Elogios aparte, lo considera ensayista esencial y, dentro de este género, destaca en él tres tipos nítidos: 1) el ensayo crítico; 2) el ensayo literario; y 3) el ensayo histórico<sup>4</sup>. Como vemos, tampoco podemos contentarnos, a esta altura de la nutrida bibliografía determinada por Pedro Henríquez Ureña, con un perfil que, si no es inexacto, deja fuera una producción mucho más amplia, y fuera ya del ensayo propiamente dicho.

Crece el nivel, explicablemente, con Enrique Anderson Imbert, discípulo y amigo de Don Pedro. En efecto, a través de distintas semblanzas del maestro escritas por Anderson Imbert nos acercamos a un juicio más cabal y real. Como, sin retroceder mucho, el que le dedicó hace pocos meses, en este año de recordación. Cito algunos párrafos del ensayo titulado *Pedro Henríquez Ureña... El conocimiento y la acción*:

"Henríquez Ureña practicó una crítica atenta a los valores expresivos más distinguidos en cada artista, en cada período, en cada tendencia, en cada cultura...

Su actitud era antológica, y programó, publicó y propagó varias antologías de versos y de prosas. Sus principios partían de ese punto de convergencia del que hablé antes: "realismo crítico" e "idealismo crítico".

El arte no es superior a la vida; el ideal de justicia está antes que el ideal de cultura...

Y, como síntesis final, establece Anderson Imbert que la crítica que aplica PHU se apoya en los siguientes principios:

"El arte como confluencia de esteticismo y moral, de ansia de justicia y de acción"<sup>5</sup>.

No cabe duda de que, sin excluir la posibilidad de otros aportes sólidos, el enfoque de Anderson Imbert representa un ahondamiento y nos da, por lo

4. Ver Juan Jacobo de Lara, *Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra*, Santo Domingo, 1975, pág. 111.

5. Cf., Enrique Anderson Imbert, *Pedro Henríquez Ureña... El conocimiento y la acción* (en *La Nación*, de Buenos Aires, 1.º de julio de 1984).

6. Aclaro que no conozco la tesis doctoral de Jerry E. Patterson titulada *The literary criticism of Pedro Henríquez Ureña* (1955), tesis presentada a la Universidad de Texas, apoyada en gran parte en las curtas de PHU que poseía Max Henríquez Ureña. Debo el dato a mi buen amigo Emilio Rodríguez Demorizi (quien también dio cuenta del mismo en la *Revista Dominicana de Cultura*, I, Santo Domingo, 1955, pág. 113). De más está decir que no estoy en condiciones de resolver el problema de la relación entre el título y el contenido del trabajo.

pronto, un punto de apoyo para pretender nuevas precisiones en esta no fácil dilucidación de la crítica de Pedro Henríquez Ureña<sup>6</sup>.

Retomando el camino interrumpido por los diversos testimonios que he alineado, tiene aquí validez recordar mi afirmación de que, si por un lado PHU nos dejó una producción nutrida de estudios críticos, no por eso sintió necesidad de dejarnos tratados, ni siquiera artículos que pueden vincularse, con algún paso a los métodos críticos utilizados. Por el contrario —y como en infinidad de casos semejantes— nos ha dejado una obra extendida para que nosotros deduzcamos de ella el sistema o los sistemas que le dan el respaldo metodológico.

#### *El método crítico de Pedro Henríquez Ureña*

Si, como digo, Pedro Henríquez Ureña no se detiene mayormente en explicar los sistemas que aplica en los propios estudios críticos, descubrimos por lo pronto que su rico epistolario representa aquí, si no una guía firme, por lo menos una serie de indicios orientadores que —opino— puede servirnos de elemental introducción. De manera especial, pienso en las cartas enviadas a Alfonso Reyes, Félix Lizaso y Emilio Rodríguez Demorizi.

Lo que sobre todo esos testimonios muestran es la doble y previsible cara: por una parte, lo que acepta o establece; por otra, lo que rechaza. Hay que tener también presente —cosa muy explicable— el extendido lapso de una obra que abarca medio siglo. Así, como Pedro Henríquez Ureña comienza su labor crítica en una época en que el nombre de Menéndez y Pelayo dominaba rotundamente el campo de esta disciplina en el ámbito hispánico, no debe asombrarnos que, al trabajar muchas veces en temas afines, sea precisamente la crítica de Menéndez y Pelayo el modelo por excelencia. Así, igualmente, lo aprecia y elogia. (Y no hace falta demostrar lo que, en el sistema crítico de Menéndez y Pelayo, representan ideas y sistemas personales del siglo XIX).

Creo que es también importante subrayar, en su etapa de formación (corrijo: en una primera etapa que extendió hasta 1920) la obra y el nombre de José Enrique Rodó, de gran representación en la juventud hispanoamericana de comienzos del siglo, de crítica ético-social y de dirección "americanista". No tengo ninguna duda de su influencia en el entonces juvenil Pedro Henríquez Ureña.

Dentro de lecturas más generales, recuerdo unas amistosas pero vivas reacciones del dominicano contra juicios de Alfonso Reyes que insistían en la importancia que habían tenido y tenían en América las lecturas y modelos franceses. Por el contrario, Pedro Henríquez Ureña hacía hincapié en que su formación era preferentemente inglesa. Yo creo que, desde nuestra perspectiva, lo exacto es afirmar que, en el caso de Pedro Henríquez Ureña, el modelo francés tuvo menos peso que el que observamos en la mayor parte de los escritores hispanoamericanos de su tiempo. No hace falta probar esto,

---

<sup>6</sup> *Ibid.* Tengo en cuenta la segunda edición, corregida y aumentada, de PHU, *Tablas cronológicas de la literatura española* (Boston-Nueva York 1920).

ni tampoco mostrar que, aunque en menor grado, también llegaron hasta el dominicano -y con fuerza- esos franceses. Tenemos a nuestro alcance un ejemplo rotundo, que nos evita mayores pruebas, y es el que nos ofrece la obra escolar que tituló *Tablas cronológicas de la literatura castellana* (1ª ed., Universidad Popular Mexicana, México, 1913; 2ª ed., corregida y ampliada, Boston-Nueva York, 1920).

Como el propio Pedro Henríquez Ureña declara (y como, por otro lado, era fácil comprobar) el modelo de las *Tablas* era el cuadro que figura al final de la difundida *Histoire de la Littérature française* de Gustavo Lanson (1ª ed., París, 1894). La diferencia reside en el hecho de que, en Lanson, figuran acompañando la *Littérature*, y en Pedro Henríquez Ureña, solas. Por eso, dice éste, da indicaciones más detalladas. Dentro del carácter esquemático de las *Tablas*, predominan ostensiblemente, como corresponde, los autores de lengua castellana. Novedosa resulta la inclusión de autores importantes que corresponden a otras lenguas de la península y, sobre todo, de autores hispanoamericanos. Aunque aclara que su inclusión es circunstancial, señala también que los incluye por su importancia, por haber residido en España, etc. En fin, la disposición obedece al marco histórico político<sup>(4bis)</sup>.

Para comprender mejor la formación crítica de Pedro Henríquez Ureña debemos colocarnos en los años en que se afirma su naciente obra literaria.

Algo he dicho al mencionar los nombres, no homogéneos, de Menéndez y Pelayo y Rodó. Como panorama más general, es justo agregar que, a principios del siglo, tienen aún bastante difusión los conocidos sistemas franceses del siglo XIX. Particularmente, los de Sainte-Beuve, Taine y Brunetière. Por otra parte, es patente la reacción, que viene también de Francia, y que se encarna sobre todo en la crítica impresionista de Anatole France (para citar un representante nítido).

Frente a tan absorbentes modelos (y más allá de lo que, por ejemplo, pudo absorber de ellos Menéndez y Pelayo), el joven dominicano procura orientarse con cautela. Se da cuenta, asimismo, de los peligros de la erudición. O, cuando debe entrar en ella, aspira a evitar los extravíos de la sequedad y del mero dato, que nota en tantos estudios de su tiempo. Repito: la erudición reducida al simple acarreo de noticias y bibliografías, sin ningún avance sobre la materia recogida. Igualmente, repara en la abundancia de los estudios sobre "atribuciones", que constituye entonces una especie de moda. Se trata de indugaciones, más o menos fundadas, en las que la meta es demostrar que tal obra "clásica" es de Fulano o Zutano. (Y Fulano y Zutano suelen ser autores como Cervantes y Lope). Otra inclinación que también abundaba -y que Pedro Henríquez Ureña igualmente soslaya- es la del descubrimiento de posibles plagios.

Lugar aparte, si bien merece de la misma manera la oposición de Pedro Henríquez Ureña es el casillero, también copioso, de los estudios sobre "influencias". Tan nutrido entonces como hoy. De más está decir que el juicio negativo del maestro dominicano se dirige al tipo de trabajos de corte rutinario, donde el enfoque de las influencias se limita a un simple cotejo policial y no representa ningún avance crítico. Especialmente en obras

importantes, donde hace falta subrayar el proceso de recreación o transformación. (Vale decir, la tarea que, por ejemplo y con frutos, se propuso la crítica estilística).

En otro nivel, si bien en ocasiones no desdeña detenerse en datos biográficos de un autor, su enfoque sólo se detiene en aquellas noticias que pueden ayudar a la comprensión de la obra, y no en la acumulación indiscriminada de biografismo que, siguiendo sobre todo la pauta del aún vigoroso Sainte-Beuve, nutría infinidad de semblanzas literarias de aquellos años. En este sector, hay una particularidad que aparece tempranamente en la obra crítica de Pedro Henríquez Ureña y que se mantuvo sin mayores cambios a lo largo de toda su vida: es su propensión a llevar los datos biográficos, pocos y esenciales, al lugar de las notas. Y, de nuevo con la confesión del propio autor, es ésta otra de las deudas que dice tener con Gustavo Lanson<sup>7</sup>.

### *Filosofía y ediciones*

Desde temprano se afirmó en Pedro Henríquez Ureña la vocación de enseñar. Como, a su vez, esa vocación se canalizaba especialmente en la literatura, fueron naciendo en él una serie de obras de esencial contenido didáctico. Tal, por ejemplo, las ediciones de textos "clásicos". Aclaro, aunque quizás no sea necesaria la aclaración, que Pedro Henríquez Ureña suele usar el vocablo "clásico" no en la acepción de "estilo de época", sino en la de obra que se lee y comenta en clase (que, después de todo, se acepta, corresponde a la excelencia que se asignaba a las obras antiguas en las clases de lenguas clásicas).

En este sentido, el marco fundamental es el que toma de la tradición filológica. La edición de un texto responde por lo común, en Pedro Henríquez Ureña, a la clara disposición trimembre que, por ejemplo, en una obra dramática, se especifica así:

- 1) Noticia histórica preliminar. (Autor, fecha de la obra, representaciones, ediciones, argumento, influencias, fortuna literaria, reimpresiones...)
- 2) Texto (selección, revisión). Notas ilustrativas.
- 3) Extracto de la crítica (sobre aspectos estéticos de la obra).

Este sencillo esquema corresponde a unas indicaciones que, en 1914, le hacía Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, a propósito de una consulta

---

7. En unos consejos que le da a José María Chacón y Calvo, hacia 1915 (a pedido de éste, que estaba trabajando ya en el tema de Heredia), PHU resume varias de estas ideas en la primera parte del sencillo método que propone a su amigo. Valen aquí, claro, los consejos acerca de lo que conviene evitar:

- "No dedique demasiado espacio al método.
- No pormenorice demasiado la vida.
- No se detenga en las influencias".

(En sentido positivo, le señala lo siguiente: — "Vaya directamente al examen de valores; — Vaya a la teoría del poeta"). (Ver Pedro Henríquez Ureña, carta a J.M. Chacón y Calvo, fechada en Washington, el 30 de enero de 1915. En la *Revista iberoamericana*, No. 94, Pittsburgh, 1976, pág. 121).



de éste que estaba preparando una edición de Ruiz de Alarcón<sup>8</sup>. No lo traigo a colación por su originalidad ni por su mérito excepcional, sino porque es el esquema que, con frecuencia siguió el propio Pedro Henríquez Ureña en sus ediciones. Precisamente, sirve de motivo paralelo, vinculado al mismo autor "clásico", la edición que años después hicieron en la Argentina Pedro Henríquez Ureña y Jorge Bogliano. Me refiero a la comedia de Ruiz de Alarcón *La verdad sospechosa* (Buenos Aires, 1938), labor en la que el material principal corresponde a Pedro Henríquez Ureña<sup>9</sup>.

### *Crítica y americanismo*

No conviene olvidar la importancia que, sobre todo hasta cierto momento, tienen los temas españoles en la crítica de Pedro Henríquez Ureña. Desde el temprano y ambicioso estudio dedicado al humanista y dramaturgo Fernán Pérez de Oliva<sup>10</sup> hasta los postreros (y breves) prólogos de los "clásicos" españoles incluidos en las "Cien obras maestras de la literatura y el pensamiento universal" de la Editorial Losada, con títulos intermedios como *La versificación irregular en la poesía castellana* (1ª ed. Madrid, 1920), la edición y estudio sobre Carrillo y Sotomayor (La Plata, 1929), artículos sobre Lope de Vega, Rioja, Góngora, Calderón, Juan Ruiz..., aparte de panoramas de la cultura española. En otra perspectiva, la mayor parte de estos trabajos se reunieron, con reiteraciones y modificaciones, en dos libros: *En la orilla: mi España* (México, 1922) y *Plenitud de España* (1ª ed., Buenos Aires, 1940; 2ª ed., 1945).

Todo esto es de sobra conocido, y no hace falta que me detenga a dar detalle de la materia. Simplemente, menciono el dato para establecer, en primer término, su significación, y, al mismo tiempo, para atestiguar que, aún con su relieve, en rigor destacan la preferencia que el crítico concedió al tema americano. Pudiéramos hablar, en ocasiones, de proximidad y comple-

---

8. Cf. Pedro Henríquez Ureña, carta a Alfonso Reyes, fechada en Washington, el 24 de diciembre de 1914 (Ver PHU-A. Reyes, *Epistolario íntimo*, II, Santo Domingo, 1981, págs. 119-120).

Por su parte, Alfonso Reyes propone este esquema, a propósito de una edición de Ruiz de Alarcón: "Mi edición será crítica (dice): no aceptaré los errores de la original..." Agrega que mantiene la grafía antigua, salvo unas pocas excepciones en consonante; y vocal; modernización de mayúsculas, puntuación y acentuación. Por último, apunta su deseo de mantener las grafías cultas (excepto *ph, th y ch*, que moderniza). (Ver Alfonso Reyes, carta a PHU, fechada en Madrid, el 8 de enero de 1915. Cf., *Epistolario íntimo*, II, ed. citada pág. 130).

9. No está de más puntualizar que el *Prólogo*, a cargo de Pedro Henríquez Ureña, no sólo atiende a los lineamientos que ya marcaba éste en 1914, sino que, de manera especial, es una nueva ocasión para volver sobre el tópico (que tanto atrajo a Don Pedro) del "mexicanismo" de Alarcón. Tesis que muchos aceptaron y otros tantos rechazaron...

10. El trabajo sobre *Hernán Pérez de Oliva* es el primer estudio ambicioso que PHU dedicó a la cultura española. En la explicación que acompaña su libro *Plenitud de España*, PHU traza la historia bibliográfica del mismo. Escrito en 1910, se publicó en la revista *Cuba Contemporánea*, en 1914. Se hizo un pequeño volumen aparte. Con algunas variantes, lo reprodujo en su libro *En la orilla: Mi España* (México, 1922), y, por último, en las dos ediciones que publicó en vida de *Plenitud de España* (1ª ed., B. Aires, 1940; 2ª, 1945). De la última edición sacó los datos principales de este itinerario.

mento, si esta caracterización no rebajara más de lo debido el nivel de los temas españoles.

Con esta salvedad, pues, subrayo una vez más la importancia de los motivos americanos. Importancia que también, de acuerdo a su trascendencia, hay que medir con los diferentes grupos que construye. Señalo, así, una serie de líneas que se van afirmando en él de manera gradual, y que, en forma acumulativa, permanecerán hasta el final de su vida: a) la noción de América y lo americano; b) los "clásicos" de América; c) las grandes síntesis (literarias, pero, más aún, culturales); y d) otros materiales de menos precisa filiación. Con respecto a los ejemplos, me parece redundante insistir aquí con títulos de sobra conocidos...

Todo lo dicho no hace sino ratificar el peso que tiene en la crítica de Pedro Henríquez Ureña la noción del "americanismo". Tanto que, en buena medida, esa noción aparece con fijeza de meta. Por eso, no conviene trastocar valores y hacer de un motivo un método crítico. Lo que sí es necesario es reconocer, con esa meta, los instrumentos teóricos que le permiten a Pedro Henríquez Ureña estructurar una disposición sistemática del americanismo, entre realidad e ideal.

### *Ralces y trayectoria*

Como se comprenderá, algunos precedentes ya citados en relación a la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña (en especial, los que tienen que ver con modelos visibles en trabajos juveniles) no pueden borrarse. Sobre todo, si se pretende comprender las etapas que atraviesa. Lo que pretendo ahora es dar un cuadro más completo y, si es posible, trazar los avatares de su crítica, puesto que, una vez más, conviene recordar que nos enfrentamos con una obra que abarca medio siglo.

Como señalé en párrafos anteriores, uno de los perfiles de esa obra es la propensión de Pedro Henríquez Ureña, visible desde época temprana, a darnos estudios sobre épocas literarias. Panoramas, "historias", antologías, etc., más que estudios detallados, con dimensión de libro, sobre autores individuales. Puede aducirse que, particularmente al comienzo y al final de su bibliografía, encontramos enfoques centrados en un autor, una obra. Sin embargo, lo que subrayan en realidad tales intentos es su brevedad, su concisión. Y, en el caso de los numerosos prólogos escritos hacia el final de su vida, una manifiesta intención didáctica, por lo común de sencillo y acomodado desarrollo, acorde a la meta perseguida. Con esto quiero decir que no encuentro en Pedro Henríquez Ureña un libro, un estudio crítico de elaboración pormenorizada, que se centre en un autor, una obra. A lo más, trabajos como el juvenil enfoque sobre *Hernán Pérez de Oliva*, escrito en 1910 y reproducido después, con algunas variantes, en diversas publicaciones. (La última, en *Plenitud de España*, 1ª ed., B. Aires, 1940; 2ª ed., 1945). Y bien sabemos que no se distingue por su frondosidad...

Esto me lleva, asimismo, a subrayar la identificación de Pedro Henríquez Ureña con el ensayo. Dentro de su obra el ensayo fue signo importante

y caracterizador, y determinó buena parte de su producción. Muchas veces, fue el deseo de hacer accesible a un público amplio la complejidad o dimensiones del tratado. En otras ocasiones, la necesidad de síntesis relacionadas. En otras, la semblanza, el retrato... Y todo, dentro de la prosa trabajada, clara, concisa, que lo caracterizó. En una carta a Félix Lizaso, de 1917, diferencia *crítica* y *ensayo*, y le recomienda que escriba ensayos y no crítica. Claro que, a través de la escueta referencia, deducimos que Pedro Henríquez Ureña diferencia, en realidad, tratado (o monografía, o estudio copioso) y ensayo. Y se inclina entonces por el último:

**"No quiera escribir mucha crítica: la crítica es un veneno de que yo hago esfuerzos por librarme. Escriba ensayos, a la inglesa o a la española, como lo está Ud. haciendo. Aténgase de preferencia, como Ud. dice, a "las líneas generales y eternas".**

***El Suicida*: ¿sabe Ud. que, según Federico de Onís, es el mejor libro de ensayos que hay en castellano? Descarte, desde luego, al inclasificable Unamuno"**<sup>11</sup>.

Quizás se recuerden hoy con mayor frecuencia los ensayos de Alfonso Reyes que los de Pedro Henríquez Ureña. Aceptamos los alardes imaginativos, los toques de humor y las acotaciones pintorescas que encontramos en Alfonso Reyes, y que no encontramos (o encontramos menos) en Pedro Henríquez Ureña. En todo caso, lo correcto es subrayar, por un lado, la diferencia, y, por otro, individualizar a través de la gravedad, la condensación de datos, el armónico razonar y la originalidad interpretativa, los caracteres de los ensayos de Pedro Henríquez Ureña. En fin, no creo que resulte posible soslayar el nombre de Pedro Henríquez Ureña cuando se habla, entre nosotros, de este importante género de las letras contemporáneas.

Atendiendo a todos estos factores y, no menos, a la necesidad de abarcar —como he dicho— un extendido lapso de medio siglo, creo que el método crítico de Pedro Henríquez Ureña, aquel que identificamos como el más perceptible en sus trabajos, corresponde a lo que es justo llamar "sistema mixto". Es decir, un sistema con entrecruzamientos, esosi, homogéneos, y en el cual prevalece el que llamamos "método filológico". Y que tiene su representación más continuada en el casillero de las ediciones (ediciones con prólogos, notas a pie de página, bibliografía y juicios sobre el autor), dentro de formas que, por otra parte, suelen ser frecuentes en este tipo de trabajo. Por descontado, al afirmar que el método filológico es el que reconocemos mejor en él, no excluye otros métodos y otros perfiles que se le suman, en una trayectoria que recorre muchos años<sup>12</sup>.

11. Ver Pedro Henríquez Ureña, carta a Félix Lizaso, fechada en Minneapolis, el 19 de diciembre de 1917, *CE. Revista Iberoamericana*, XXXIV, No. 85, Pittsburgh, 1968, pág. 128.

12. René Weilke, destacado historiador de la crítica, distingue seis tendencias generales a lo largo de la primera mitad del siglo: 1) la crítica marxista; 2) la psicoanalítica; 3) la lingüística y

Así, valen en diferentes momentos inserciones de raíz psicológica y sociológica, sobre todo en estudios que situamos en su primera época. En época más avanzada, incorporaciones que relacionamos con la estilística y aun con el formalismo<sup>13</sup>.

En el plano especial de los nombres propios, identificamos o no con sistemas "personales", cabe alinear en esas raíces nombres tan distintos como los lejanos de Herder (y Bonald, y Mme. de Staël) y Hegel y Francesco de Sanctis. Más cercanamente, el de Gustavo Lanson. En el primer caso, en relación a un historicismo remozado, y a los contactos entre literatura y sociedad. En lo que se refiere a Hegel y de Sanctis, en relación a los contactos de la crítica con lo psicológico y lo social, las ideas "rectoras", el idealismo. Por lo que toca a Lanson, en los fundamentos "históricos", estructura didáctica, cronología... A su vez, tales nombres no excluyen, en otro plano, y sobre todo en una primera época definida, la estimación que le merecen críticos como Menéndez y Pelayo y Rodó (este último, dentro de un perfil más amplio que el que ostenta el típico crítico literario). La lista puede alargarse, si bien no conviene entrar en zonas menos precisas que las señaladas.<sup>14</sup>

Llamativamente, uno de los críticos que Pedro Henríquez Ureña mencionó con mayor asiduidad en su primera época fue el francés Gustave Lanson. Y, es curioso, esto lo hace no sin cierta contradicción con sus propias afirmaciones, patentes en el rico epistolario cambiado entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, en el que dice que su formación y obra poco o nada debía a las lecturas francesas. Recordemos, por lo pronto, que de Lanson sacó el modelo —declarado, por otra parte— para sus *Tablas de la literatura española* (1ª ed., 1913; 2ª, 1920). Se podrá argumentar que las *Tablas* responden a un carácter juvenil y que es una obra más bien subsidia-ria. Sin embargo, aclaro que de Lanson sacó Pedro Henríquez Ureña más de una incitación y diversas ideas que son patentes en la disposición de los trabajos didácticos. Pienso, sobre todo, en los manuales y panoramas litera-

---

estilística; 4) la formalista organicista; 5) la crítica del mito; y 6) la existencialista. (Ver R. Wellek, *Conceptos de crítica literaria*, trad. de E. Rodríguez Laya, Caracas, 1968, pág. 256).

Por mi parte, y sin la pretensión de competir con Wellek, doy la siguiente lista, que suelo utilizar en mis cursos: (I) 1) Perduración de métodos del siglo XIX (biografismo, impresionismo, etc.); 2) crítica filológica. (II) 1) estilística, 2) formalismo ruso; 3) estructuralismo; 4) psicoanálisis; 5) realismo socialista, 6) existencialismo. Por descontado, estos esquemas abarcan hasta la mitad del siglo.

13. Una aclaración, quizás innecesaria. El hecho de que recuerde este dato, sólo pretendo registrar la actualización de nuestro autor, aunque el formalismo —me parece— no tiene mayor peso en su crítica. Por otro lado, si bien las ideas de Roman Jakobson eran, por ejemplo, bastante conocidas hacia 1940, verdad es también que fue después de 1950 cuando tuvieron real difusión en el mundo (y, por supuesto, en el mundo hispanico). Sobre todo, a través de las obras de V. Erlich (*Russian Formalism*, La Haya, 1965; con prólogo de R. Wellek) y T. Todorov (*Théorie de la littérature*, *Textes des formalistes russes*, París, 1966, con prólogo de R. Jakobson).

14. No hay inconvenientes en agregar nombres como los de Croce, Vossler y, más cercanamente, Alfonso Reyes y Amado Alonso, pero corremos aquí el peligro de entremezclar sectores...

rios: elementos de información, análisis directo de la obra; textos y crítica, el papel vertebrador de los grandes nombres, etc.<sup>15</sup>.

Como repercusión de enlace más cercano, era difícil eludir, a comienzos de nuestro siglo, la influencia de Menéndez y Pelayo. Sobre todo, cuando había que recorrer caminos que el sabio santanderino había ya transitado. Pedro Henríquez Ureña nace, prácticamente, dentro de la crítica literaria, en la época de mayor esplendor del crítico español. Lo siguió en parte, y lo elogió. En especial, a través de las obras importantes y que más repercusión tuvieron: la *Antología de poetas hispanoamericanos* (por razones obvias), la *Historia de las ideas estéticas*, los *Orígenes de la novela*... Aún en épocas posteriores, cuando era quizás más corriente reparar en las limitaciones o en reaccionar contra excesos ideológicos o juicios superados de Menéndez y Pelayo, Pedro Henríquez Ureña se caracterizó, fuera ya de su influencia, por el aprecio que mostró siempre hacia su nombre<sup>16</sup>. Por otra parte, y en consonancia con su época de formación "erudita" y su temporada en el Centro de Estudios Históricos de Madrid (que coincide con la época de mayor esplendor del Centro) debemos mencionar la enseñanza y ejemplo de Menéndez Pidal. A su vez, vale la pena recordar que *La Versificación irregular en la poesía castellana* (1ª ed., Madrid, 1920) es no sólo uno de los primeros volúmenes del Centro, sino que ostenta asimismo el elogioso prólogo de Menéndez Pidal.

En el caso de José Enrique Rodó, no se trata de magnificar los aportes del escritor uruguayo a la historia de la crítica o de la erudición. Prefiero hablar, mejor, de ideas, principios activos y alegatos en relación al momento y, sobre todo, al "americanismo". Sería fácil sustituir el nombre de Rodó por la serie de los teorizadores franceses que lo nutrieron (Renan, Guyau, Tardie, Gourmont...). Sin embargo, el ejercicio es riesgoso, puesto que, de ese modo, se borra el fuerte sentido local —ya identificación juvenil y banderla— con que se identificaba el nombre de José Enrique Rodó. Esto, claro, en el momento clave de su prédica (comenzada, y no terminada con su *Ariel*), y que coincide con la época juvenil de Pedro Henríquez Ureña.

### *Filología, estilística, formalismo, etc.*

Es de sobra sabido que los aportes teóricos más destacados en lengua española, dentro de la crítica literaria, corresponden a la estilística. Por lo pronto, son los que tuvieron mayor difusión universal y hasta el privilegio

15. Cf. Gustave Lanson, *Histoire de la littérature française. Avant-Propos* (1ª ed., París, 1894). He utilizado la ed. de París, 1912 (ver págs. V-XV).

16. El itinerario de Alfonso Reyes es parecido. Eso sí, quizás sea más rápida y tajante la reacción del escritor mexicano, cuando al avanzar su obra, proclamaba la necesidad de superar la crítica del polígrafo español. Insiste en que no hubo de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes dos vidas paralelas. Simplemente, las relaciona dentro de un nivel de jerarquía notoria, y a través de una amistad sin mácula.

de que llegara a hablarse, por ejemplo, de la "escuela de Buenos Aires" y de la "escuela de Madrid".

Pedro Henríquez Ureña pudo palpar, sobre todo a través de la cercanía que representó Amado Alonso, colega y amigo, los avances de este método crítico. Sería exagerado, con todo, establecer relaciones muy estrechas entre Pedro Henríquez Ureña y la estilística. Lo que no quiere decir que sea imposible establecer, a veces algunas conexiones.

Quiero insistir en la idea de que Pedro Henríquez Ureña logró conformar un sistema mixto, coherente, nada complejo y, en especial, apropiado a la meta americanista que persiguió a lo largo de tantos años. Otra de las particularidades de la crítica de Pedro Henríquez Ureña nace, en buena medida, como consecuencia de las compresiones a las que lo obliga la índole y sentido de sus trabajos (historias generales de la literatura, historias nacionales, de épocas, etc.), así como de las conexiones histórico-sociales afines.

Sobre esta base, no puede extrañarnos que la suya sea, a menudo, una crítica centrada en los significados y las objetividades, con ciertas ramificaciones hegelianas. A veces, se detiene en el estudio del material sonoro, de la métrica (cuyos secretos tanto dominaba); en ocasiones, en aspectos de la lengua poética. Pero —repito— síntesis y esquematismos, como cauce de esas líneas, y la meta, casi obsesión, del "americanismo" son los rasgos que configuran su método crítico.

Llama la atención el hecho de que, sin olvidarlo, Pedro Henríquez Ureña no siempre se detuvo en puntualizar singularidades de la lengua. Y esto no se debe a desconocimiento, puesto que es innecesario insistir aquí en su gran versación lingüística, fácilmente probada en sus importantes trabajos sobre el español de América.

Por otra parte, puedo atestiguar (y tengo pruebas hasta en anotaciones manuscritas suyas en estudios originales míos) que Pedro Henríquez Ureña, hacia 1940, conocía y aún aplicaba en ocasiones algunos principios de los formalistas. El dato tiene cierto valor, especialmente si reparamos en la escasa o nula difusión que, por ejemplo, tenían entre nosotros —hacia 1940— las obras de los formalistas rusos. Insisto en que se trata aquí de escasos puntos de apoyo, y que sería disparatado hacer de Pedro Henríquez Ureña un temprano discípulo hispánico de Roman Jakobson y V. V. Shkloski...

Como sabemos, Pedro Henríquez Ureña murió a mediados de 1946. Con el hito que este año representa y los rasgos que —vemos— personalizan la crítica del maestro dominicano, no cabe duda de que su método está lejos de los complejos (más o menos complejos) sistemas que, nacidos en otros ámbitos, llegaron a tierras hispanoamericanas en las últimas décadas. Para muchos jóvenes universitarios de esta última época, atentos a novedades bibliográficas más llamativas (particularmente, estructuralismos, psicoanálisis lacaniano, crítica del mito, formas de la "nueva crítica francesa,

etc.) es posible que la crítica de Pedro Henríquez Ureña suene como un producto arcaico, y con poca utilidad en los días que corren. Yo no pienso así, cosa que, a su vez, no me impide reconocer méritos, cuando los tienen, a los "nuevos" sistemas. Por eso también en mis clases suelo recordar en ocasiones destellos de la crítica de Francesco de Sanctis, valga el ejemplo, al mismo tiempo que procuro mostrar que algunos difundidos juicios de Roland Barthes aparecen antes y están mejor explicados en las hoy poco leídas páginas del crítico italiano.

### *Conclusión*

Sin pretender entrar de nuevo a distinguir las etapas de la crítica de Pedro Henríquez Ureña, aspiro, en estos párrafos finales, a destacar los signos que, me parecen, dan el perfil a la época de plenitud de Pedro Henríquez Ureña (que es exactamente la de las dos décadas que pasó entre nosotros). Y no hay aquí mayores misterios que señalar. Por un lado, Pedro Henríquez Ureña reunió las tres condiciones esenciales que fundamentan la existencia del "buen crítico": conocimientos, intuición y sensibilidad. Por otra parte, y en relación a lo esencial que su obra crítica revela, debo decir que Pedro Henríquez Ureña supo aproximar, armónica y coherentemente, estética, ética y contactos sociológicos. Y, en fin, que no es posible soslayar en él, su continuada, casi obsesiva "teoría del americanismo", que es algo como el centro vital de su sistema.

Ingenuidad sería proclamar al método de Pedro Henríquez Ureña como el método ideal. Es posible, asimismo, que ninguno lo sea, aunque podamos preferir unos a otros. No creo que haga falta decir que ni aún en su época, se distinguió su método (o métodos) por lo llamativo o revolucionario. Fue además, de acuerdo a su proclamada defensa de la claridad sobre lo críptico, un sistema, el suyo, afirmado en la transparencia, la serenidad discursiva y la concisión. Cualidades que —sobre todo en él— no se contraponen ni al rigor ni a la hondura.

Insisto en que es posible que, para muchos lectores ávidos de nuestro tiempo, el "método" de Pedro Henríquez Ureña resulte superado o anticuado. Por mi parte, sin negar la obligación de estar al día con la disciplina y sus avatares conocidos, opino que no todo lo que nos enseñó Pedro Henríquez Ureña ha muerto. Y que, por el contrario, bien asimiladas sus lecciones y con la actualización debida, es mucho el provecho que podemos sacar de sus obras. Es que, después de todo, sería inútil, injusto esfuerzo, la pretensión de borrar el respaldo formidable del hombre que dio vida a esa crítica...

## “EN BUSCA DE NUESTRA EXPRESION”

Dentro de la variedad genérica que caracteriza a la obra de Pedro Henríquez Ureña, no cabe ninguna duda de que la crítica en general, la obra didáctica y el ensayo, con límites no siempre precisos, constituyen las formas predominantes.

Asimismo, hay que admitir que el libro de Pedro Henríquez Ureña que ha tenido mayor difusión es el titulado *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, publicado en 1928. Con la particularidad de que no reviste un llamativo éxito editorial, por otra parte difícil de darse en las disciplinas cultivadas por nuestro autor, y, menos aún, por la sobria exposición que lo caracteriza. En todo caso, habría que hacer hincapié en los ensayos iniciales del libro que, conocidos en esta colección, bien pronto se desgajaron de él y llegaron a tener vida propia a través de antologías, estudios y citas reiteradas.

Con respecto a la composición de este libro, Pedro Henríquez Ureña nos ha dado en sus *Palabras finales* los datos imprescindibles. Sabemos, así, que fue Samuel Glusberg, director de la colección, el que propuso el título, y que el material escogido comprende, en realidad, nueve ensayos: conferencias o artículos ya publicados, pero que se reproducen a veces con variantes y modificaciones. Aparte, el enlace o unidad que los temas incluidos determinan<sup>1</sup>.

Conviene aclarar que la elección del número *seis* obedece exactamente a los primeros ensayos (tres con el título de *Orientaciones*, y tres con el título

---

1. El libro está formado por “seis ensayos” (*Orientaciones*, I. *El desencanto y la promesa*; *Caminos de nuestra historia literaria*. *Hacia el nuevo teatro*, Figuras II. *Don Juan Ruiz de Alarcón*; Enrique González Martínez, Alfonso Reyes); dos apuntes argentinos” (*El amigo argentino* [Héctor Ripa Alberdi], *Poesía argentina contemporánea* [la antología de Julio Noé]); un “Panorama de la “Otra América”” (*Veinte años de literatura en los Estados Unidos*). Aparte, las *Palabras finales*.



de *Figuras*) que son los que mejor responden a la "búsqueda de nuestra expresión". Y, por otro lado, admitimos que Samuel Glusberg ha captado bien el complemento del título, porque éste constituye algo así como el leit motiv de los ensayos (aun sin necesidad de acudir a la condensación de las *Palabras finales*).

Es importante reparar en el año 1928, año de este libro fundamental en la bibliografía de Pedro Henríquez Ureña, y que, desde nuestra perspectiva, aparece como centro irradiador, hacia atrás y hacia adelante. Hacia atrás, por lo que recoge de una línea que comienza casi con sus primeros escritos. Y, hacia adelante, por el hecho de que las ideas que se exponen en los *Seis ensayos* permanecerán como gérmenes fecundos en importantes obras de Henríquez Ureña posteriores a 1928. Y aclaro que no me refiero exclusivamente a sus grandes síntesis (las *Corrientes literarias...*, la *Historia de la cultura...*), sino también a estudios más breves, pero no por eso menos significativos. Como los artículos titulados *La América española y su originalidad* y *Barroco de América*, o las palabras pronunciadas en la reunión del Pen Club, de 1937...

Todo esto resulta más conocido. Por eso, en la etapa previa, la búsqueda puede resultar no menos justificada, si tenemos en cuenta que allí se dan desde temprano algunas de las ideas que finalmente cuajarán en los *Seis ensayos*.

Volviendo a las *Palabras finales* es justo decir que en ellas Pedro Henríquez Ureña habla de los quince años que el tema ha persistido en su obra. Se ve que piensa, como fecha extrema, en la fecha de elaboración de su conferencia sobre Juan Ruiz de Alarcón, que nos da precisamente ese lapso. Sin embargo, no me parece descaminado rastrear, como he dicho, precedentes parciales más antiguos. Así, creo, tienen especial validez estos párrafos que desgaño de un ensayo sobre el *Ariel* de Rodó:

"...justo es interrogar, con el ilustrado cubano Sanguily: ¿Cuáles son los ideales cuya conservación debemos principalmente atender? Somos españoles, pero antes americanos, y juntos con la herencia insustituible de la tradición gloriosa hemos de mantener la idea fundamental, no heredada, de nuestra constitución, la que alienta aún en nuestras más decadidas repúblicas: la concepción moderna de la democracia, base de las evoluciones del futuro.

Las cualidades inherentes a nuestro genio personal —no menos reales porque aún no se hayan fijado en un todo homogéneo— no desaparecerán con la juiciosa y mesurada adaptación de nuestras sociedades a la forma del progreso, hoy momentáneamente teutónica..." (*Ariel. La obra de José Enrique Rodó*. Artículo fechado el 31 de diciembre de 1904)<sup>2</sup>.

---

2. Publicado en *Caba literaria*, de Santiago de Cuba, 12 de enero de 1905, y, posteriormente, en el volumen *Ensayos críticos*. La Habana, 1905. Como sabemos, es éste el primer título de algún relieve en la bibliografía de Pedro Henríquez Ureña.

Y muchos años después, en 1923, vemos su reacción cuando el crítico cubano Fernández de Castro no lo incluye<sup>3</sup> entre los "escritores propagandistas del americanismo". Sin duda, Pedro Henríquez Ureña pensaba ya en el libro que iba a condenar sus conceptos sobre el tema, o, sin libro, se consideraba con méritos más que suficientes como para figurar en la lista, por encima de los equívocos que parecían haber determinado algunos trabajos recientes suyos. Así, escribe a Félix Lizaso:

"No me creo —dice Henríquez Ureña— uno de ellos; no creo haber hecho bastante para que se me recuerde en esos casos, y creo que Ud. me conoce lo suficiente para creer que no reclamo por vanidad; pero como veo, por ejemplo, el nombre de Caso, que en realidad es algo escéptico sobre americanismo, quiero apuntar esta sospecha que acaso sea infundada: ¿cree Fernández de Castro que no soy *americanista* porque soy *hispanista*?..."

Todos estos datos, y algún otro que puede agregarse, son válidos para mostrar una continuidad de pensamiento. Sin embargo, no está de más recordar que la mayor parte de los *Seis ensayos* fueron escritos (sin olvidar por ello sus precedentes) en los comienzos de su fecunda etapa argentina. Y que, asimismo, era una prestigiosa editorial argentina la que le abría las puertas para que expusiera su importante prédica. Ya Pedro Henríquez Ureña era conocido, quizás más que por los títulos publicados en el extranjero y que registraba su libro, por las colaboraciones en revistas y diarios argentinos (*Valoraciones. Nosotros. La Nación...*) Pero los *Seis ensayos* fueron realmente los que afirmaron el prestigio literario de Pedro Henríquez Ureña entre nosotros.

## II

Cuando en 1928 Pedro Henríquez Ureña publica su libro el tema del "americanismo literario" (o, mejor, hispanoamericanismo literario) tenía ya una larga tradición. El propio Henríquez Ureña fijaba en la *Alocución a la poesía* de Andrés Bello el punto de partida del tópico, en consonancia con

3. La reproducción de la carta de Henríquez Ureña dice "incluía", pero a la vista está que se trata de una errata y que debemos leer "excluyó". De lo contrario, el texto no tiene sentido.

4. Ver Pedro Henríquez Ureña, carta a Félix Lizaso, fechada en México, el 30 de septiembre de 1923 (*CF, Revista Iberoamericana*, XXXIV, 95. Pittsburgh, 1968, págs. 155-156). La transcripción corresponde a Carlos Ripoll. Agrego, también como anticipo, pocos años antes, el párrafo de una carta a Alfonso Reyes. El libro prometido cumple sólo en parte lo que después fueron los *Seis ensayos*.

"Quizás lo que más pronto puedo hacer es un libro —a peduzco, pero con cierta unidad— sobre la cultura hispanoamericana. Habría artículos sobre el pensamiento mexicano (Don Justo, Caso, etc. —cosa original y rara) (PHU, carta a A. Reyes, fechada el 21 de marzo de 1919. *Epistolario Intimo*, III, Santo Domingo, 1963, pág. 148).

la nueva etapa político cultural que se abría en aquellos años. Claro que pueden buscarse en la época colonial vagos precedentes, aunque es explicable que lo que realmente se encuentra no es tanto una defensa del americanismo como una reacción contra el desconocimiento o las tachas negativas que venían de Europa.

Así, pues, resulta natural que el verdadero planteo teórico del americanismo literario nazca como una consecuencia de las revoluciones de comienzos del siglo XIX. Y es más natural aún que fueran los románticos los que desarrollaron este tema: derivación de la independencia política que buscaba los más sutiles y complejos hilos de la independencia intelectual. Al mismo tiempo, deseo de sentar bases para las obras que querían ser aplicación de aquellos principios.

En general, los abundantes planteos que encontramos en el siglo XIX no ofrecen mayor variedad. Lo que prevalece de manera casi total es un americanismo de tipo paisajista, costumbrista o "histórico". Su reflejo en las manifestaciones literarias de la época es evidente. En cambio, el siglo XX, sin cortar del todo con los planteos típicos del siglo anterior, se caracteriza, con tanta o aún mayor abundancia, por la diversidad de los planteos. Diversidad que es, casi siempre, punto de partida o raíz social. Aparecen así el americanismo paisajista (a veces, con agregados), el indigenista, el del mestizaje cultural, el hispánico y el criollista<sup>5</sup>. Pero no cabe dudas de que el que ofrece mayor novedad es el americanismo expresivo que identificamos con el nombre de Pedro Henríquez Ureña.

Como he dicho, la obra básica en que el maestro dominicano expone sus ideas sobre el tema es su libro de 1928: los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Ya conocemos la composición general del libro, que tiene, en realidad, nueve ensayos. Pero fácilmente advertimos que el título apunta a los seis primeros. Y, en una tarea de eliminación, esto ya como tarea del lector, que son los dos primeros ensayos (*El descontento y la promesa*, y *Camino de nuestra historia literaria*) los que proponen en esencia su "fórmula" de americanismo. Como correspondencia, Pedro Henríquez Ureña reconoce primero las tesis defendidas por otros críticos (la paisajista, la indigenista, la criollista, la hispanista). En rigor, lo que pretende es avanzar algo más en este transitado camino. Todas esas fórmulas, dice, son válidas: o, con más exactitud, todos los temas se justifican en la medida que alcanzan, en momentos felices, la expresión vivida que perseguimos, ya que la verdadera originalidad depende menos de los temas que de su "fondo espiritual". O, con sus palabras: "El carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa, savia extraída de la tierra propia".

Entrando en el debatido problema entre lo propio y lo ajeno, Pedro Henríquez Ureña fustiga a los europeizantes que no tienen ojos sino para lo que viene de afuera, pero igualmente fustiga el orgullo aislador, el criollismo cerrado, el nacionalismo a todo trapo. Tenemos derecho —agrega— a tomar

---

5. Ver, al respecto, E. Carrillo, *Hispanoamérica y su expresión literaria*, 2ª ed., Buenos Aires, 1982.

de Europa todo lo que nos plazca, siempre que esto no estorbe el aflorar de la energía nativa ni el ansia de perfección.

A través de lo expuesto, bien se ve que lo que propone Henríquez Ureña (y su enunciado no hace más que subrayarlo) es un "americanismo expresivo". Y, con respecto al instrumento esencial del idioma, señala que no debe ser un elemento impersonal, sino la espuela que nos aguijonee en la búsqueda del acento propio. Así, escribió:

"No hemos renunciado a escribir en español, y nuestro problema de la expresión original propia comienza ahí. Cada idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en él se escribe se baña con el color de su cristal. Nuestra expresión necesitará doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda".

La meta perseguida —agrega— no es fácil. Enemigos importantes aguardan en el camino: la falta de esfuerzo y la falta de disciplina, son los mayores. (No tanto, la exuberancia y el énfasis, defectos que han puntualizado tantos críticos extranjeros).

Estas páginas recordables se cierran con una doble visión; teñida una de un aparente pesimismo, y la otra de un realzador optimismo. Pesimismo, a través de lo que Don Pedro considera sello característico de la literatura hispanoamericana de esos días ("diversión inteligente, pirotecnia del ingenio"). Tinte borrado de inmediato, porque ni puede pensar en un ocaso, ni dejar de reconocer que hay otras fuerzas que puján con vigor. Por eso también las palabras finales se levantan augurando para América, en un futuro cercano, el eje espiritual del mundo hispánico<sup>8</sup>.

Muchas de las páginas escritas por Pedro Henríquez Ureña después de los *Seis ensayos* son ratificación o amplificación de las ideas expuestas en el libro de 1928. Entre otras, la que procura corporizarse en la serie de los "Clásicos de América", con el itinerario que marca el proyecto —no realizado— de la CIAP, el tímido comienzo de la editorial Losada y, finalmente, la concreción, que él no alcanzó a ver, de la "Biblioteca Americana"... En forma paralela, sus estudios sobre los "Clásicos de América", a través de la breve serie de nombres que iba trazando.

---

8. He resumido párrafos que corresponden a los dos primeros ensayos de los tres que llevan el título general de *Orientaciones (El descontento y la promesa, y Caminos de nuestra historia literaria)*. Ver *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1928, págs. 11-51. Los dos ensayos llevan, respectivamente, estas fechas: 1926 y 1925.

Creo que vale la pena reproducir el párrafo de las *Palabras finales* en que insiste sobre el carácter de su prédica:

"A través de quince años el tema ha persistido, definiéndose y aclarándose: la exposición íntegra se hallará en *El descontento y la promesa*. No pongo la fe de nuestra expresión genuina solamente en el porvenir, creo que, por muy imperfecta y pobre que juzgemos nuestra literatura, en ella hemos grabado, inconscientemente o a conciencia, nuestros perfiles espirituales. Estudiando el pasado, podremos entrever rangos del futuro; podremos señalar orientaciones..." (Id., pág. 195).

En el caso de las *Corrientes literarias*..., el propio Don Pedro nos dice en su prólogo que las conferencias de Harvard se anunciaron con el título de "En busca de nuestra expresión", claro enlace con su libro de 1928<sup>7</sup>. Los años que median entre 1928 y 1940 son por supuesto, de ahondamiento en el problema, y hoy podemos afirmar que ya en 1928, y aun antes, alentaba en él la idea de obras como *Las corrientes literarias* y la *Historia de la cultura*, obras que llegaron, finalmente, en momentos de sedimentada plenitud. La diferencia mayor se marca entre la comprimida brevedad del ensayo (teoría, bosquejo, "ensayo" propiamente dicho) y el trabajo orgánico, medular, abarcador, que, al cabo de los años, aparece como concreción y desarrollo de aquellas reflexiones certeras que dan el perfil recordable de los *Seis ensayos*, a su manera verdadero "Clásico de América".

---

7. Esto determinó, también, en un primer momento, un equívoco. Ver *Notas norteamericanas*, en *La Nación*, de Buenos Aires, 12 de agosto de 1945. Concretamente, se trató de una confusión, a través del subtítulo, entre el libro de 1928 y el nuevo libro.

## LOS ESTUDIOS LINGUISTICOS

La bibliografía de Pedro Henríquez Ureña muestra de manera transparente cómo van perfilándose, a través de los años, sus inquietudes y disciplinas predilectas. Observada esa bibliografía como un todo clausurado y desde la perspectiva que determina su final, resaltan visiblemente las dos líneas que enunciamos con los nombres de literatura (con especial referencia a la crítica) y lingüística. Sin embargo, esto, que podemos considerar como balance final no se corresponde —ni tiene por qué corresponderse— con un armónico paralelismo cronológico. Así, es justo señalar que, si por un lado el tema literario (ensayo, estudio, tratado, etc.) ese eje que atraviesa toda su obra, no ocurre lo mismo con la disciplina lingüística, que aparece, y se afirma, en momentos avanzados de esa obra. Y esto tiene, claro, su explicación valedera.

Repitiendo en buena medida un esquema que ya he anticipado, me parece que cabe, entre las diversas particiones que puede establecerse para la bibliografía de Pedro Henríquez Ureña, un amplio cuadro que abarca dos etapas, con el año 1920 (alrededor de 1920) como límite escindidor:

- 1) Con material literario, filosófico sociológico, musical, político,
- 2) Con material literario y lingüístico, en especial. (Sin descartar lo musical). Y con inclinación, hacia el final, a los panoramas culturales.

Como se ha visto he elegido el año 1920, cifra redonda, como línea divisoria. Año que, a su vez, se anticipa en un poco extendido lapso a la instalación de Pedro Henríquez Ureña en la Argentina, para acentuar también, de ese modo, la trascendencia que es justo conceder a la fecunda etapa rioplatense de Pedro Henríquez Ureña.

En fin, aquí sólo conviene insistir en la presencia algo más tardía de sus estudios lingüísticos. Y, al mismo tiempo, subrayar que, una vez afirmados, se convertirán, conjuntamente con los trabajos literarios, en los dos sectores fundamentales de su obra, hasta el momento de la clausura.

Otra particularidad que debo destacar resulta casi adivinable; me refiero al predominio notorio que, en esta como en las otras disciplinas que cultivó, mantiene el tema de la lengua en América. O, si preferimos, del español de América. Con las dos direcciones previsibles: la diacrónica y la sincrónica.

Se ha reparado más de una vez en su inclinación por el estudio del léxico, pero sin que esa inclinación borre una visión integral de la lengua. En consonancia, también, con los mejores niveles alcanzados en su tiempo por la teoría de la lengua y la renovación de los estudios fonéticos en español (sobre todo, a través de Navarro Tomás).

Aunque no faltan, aún en nuestros días, anacrónicos estudios que restringen su órbita a los testimonios cerradamente "literarios", o cerradamente orales, es elemental que tanto la lengua de la comunicación como la lengua de la expresión, la lengua popular y la lengua culta, etc., constituyen las bases fundamentales de un todo en la conformación de la lengua. La lengua, a secas. Pedro Henríquez Ureña no descubrió nada al hacer entrar, desde sus primeros trabajos, la lengua de los documentos y de los textos literarios, junto a la recogida en la realidad viva de los hablantes. Y, de manera especial, el juego de relaciones y comparaciones necesarias dentro del vasto mapa que trazan el español americano y el español de la península. Rectifico: no descubrió nada, si atendemos a estudios que podían servir de modelos. Así, en América, y para dar un ejemplo, los de su admirado Rufino J. Cuervo. Pero ofrecía más de una novedad en medio de muchos trabajos elaborados en el continente, y limitados a solas fuentes "librescas". Además, habría que valorar, igualmente, la importancia que Pedro Henríquez Ureña suele conceder a un sentido integral de la lengua en sus enfoques e historias generales, ya sea los que se centran en lo literario o los panoramas culturales.

A manera de ilustración, aunque hoy nos parezca obvio, recordemos que Menéndez Pidal, al escribir el prólogo para la primera edición de la *Historia de la lengua española* de don Rafael Lapesa, en 1942, puntualizaba, como uno de los aciertos de la obra de su antiguo discípulo, la presencia de la literatura y los estilos literarios junto a la lengua de la comunicación.<sup>1</sup> Con perspectiva suficiente, no podemos menos que reconocer la maciza urdimbre de esta, hoy, crecida *Historia*, así como su construcción sistemática. Virtudes, todas, que la convierten en un verdadero "clásico" dentro del tema.

Volviendo a Pedro Henríquez Ureña, creo que son igualmente signos positivos los que nos hacen ver en sus estudios sobre la lengua (concretamente, del español de América) mucho más que una simple tarea descriptiva. Y sí, en lo esencial, la lengua como hecho de historia y de cultura.

El cuadro de esta disciplina en la obra del maestro dominicano se completa con el relieve que él concede a la parte didáctica, y aun con el aporte,

1.

"También merece aplauso la idea de ensanchar el estudio lingüístico con el de los principales estilos literarios". (Ramón Menéndez Pidal, *Prólogo a Rafael Lapesa. Historia de la lengua española*. 1ª ed., Madrid, 1942. (Ver ed. de Madrid, 1949, pág. 6).

más estrictamente "gramatical", de algún tributo bien conocido. De más está decir que, si puntualizo el predominio del tema americano, no se trata de una puerta cerrada. De ahí manifestaciones que escapan a esa órbita, pero esto, claro, más bien como excepción.

Veamos ahora títulos y fechas dentro de una bibliografía que, confío, sea lo más completa posible. Sobre todo, en las obras principales:

1921. *Observaciones sobre el español en América*. I (RFE, VIII, págs. 357-390).
1925. *El supuesto andalucismo de América*. (Cuadernos del Instituto de Filología, I, No. 2. Buenos Aires).
1930. *Observaciones sobre el español en América*. II (RFE, XVII, págs. 277-284).
1931. *Observaciones sobre el español en América*. III (RFE, XVIII, págs. 120-149).
1932. *Sobre el problema del andalucismo dialectal en América* (BDH, Anejo 1. Buenos Aires).
1934. *Observaciones sobre el español de México* (Revista Investigaciones Lingüísticas, México 1934, II, Nos. 3 y 4, págs. 188-194).
1935. *Palabras antillanas en el Diccionario de la Academia* (RFE, 1935, XXII, págs. 175-186).
1937. *El español en la zona del Mar Caribe* (en *La Nación*, de Buenos Aires, 18 de agosto de 1937).
1937. *El español en México y sus vecindades* (en *La Nación*, de Buenos Aires, 5 de setiembre de 1937).
1938. *Para la historia de los indigenismos. Papa y batata. El enigma del aje. Boniato, Caribe. Palabras antillanas* (BDH, Anejo 3, Buenos Aires).
1938. *Estudio y notas a El español en México, los Estados Unidos y la América Central* (BDH, No. 4, Buenos Aires).
1938. *Gramática castellana*. Primer curso (en colaboración con Amado Alonso, Buenos Aires).
1939. *Gramática castellana*. Segundo curso (Id.).
1940. *El español en Santo Domingo* (BDH, No. 5, Buenos Aires).
1944. *Rufino José Cuervo* (Boletín de la Academia Argentina de Letras, XIII, No. 49, págs. 697-698).<sup>2</sup>

Como vemos, la serie de estudios ratifica, sin necesidad de mayores comentarios, las dos rotundas coordinadas que anticipé: por un lado, la aparición de los trabajos lingüísticos en un momento avanzado de su biblio-

## 2. Agreguemos:

1919. *La lengua de Santa Domingo*. Rectificación a Meyer Lábke (en *Revista de libros*, Madrid, 1919, III).

1930. *El lenguaje* (en la revista *Humanidades*, de La Plata, 1930, XXI, págs. 107-121).

En otro nivel, mencionado, como recopilación más reciente de algunos de los textos citados, el volumen *Observaciones sobre el español de América y otros estudios filológicos* (ed. de la Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1977).



grafía; por otro, el predominio notorio del tema que configura el español de América.

### *Grupos y centros de estudio*

En la primera entrega de las *Observaciones* (publicadas, como sabemos, en la RFE, en 1921) Pedro Henríquez Ureña, como si afirmara definitivamente sus inclinaciones por la lingüística, y trazara las vías para los trabajos futuros en esta disciplina, señala, a propósito de las divisiones provisionales que establece para el español de América, que sólo conoce personalmente (recordemos el año) las dos primeras zonas. Es decir, las que corresponden a México, sur de los Estados Unidos y Centro América, por un lado, y la región antillana, por otro.

Con posterioridad, tuvo ocasión de vivir en otras zonas. De manera especial —bien lo sabemos— en la del Río de la Plata. Además, su conocimiento directo de los fenómenos lingüísticos se amplió de manera considerable. Con todo, tenemos la sensación de que aquellas relativamente tempranas palabras de 1921 parecen marcarle el camino:

"De estas zonas conozco personalmente las dos primeras; de las demás conozco gran número de individuos". (Y agrega una breve comparación con el inglés de los Estados Unidos).<sup>1</sup>

Así, en los veinticinco años posteriores, extenso y fructífero período en tantos aspectos (con la afirmación decidida de la lingüística), la zona antillana, en primer término, y México, en segundo lugar, serán asimismo los centros de sus investigaciones en la disciplina. En todo caso, necesidad también de limitación, dentro de problemas amplios, complejos y, en parte, vírgenes. Eso sí, conviene agregar que el hecho de limitarse a regiones geográficas determinadas no es obstáculo para que reconozcamos en él una amplia versación. Necesidad, sin duda, de ahondar, con comparaciones adecuadas, en los temas elegidos. Pero también puerta abierta para indagaciones de índole más general, tal como diversos títulos y contenidos prueban.

### *Las Zonas lingüísticas*

Resulta explicable que Pedro Henríquez Ureña centrara en determinadas áreas sus investigaciones sobre el español de América. En tal sentido, subrayo sus trabajos sobre la lengua de su patria, Santo Domingo, y sobre el español de México.

Asimismo, como medio de ahondar en las peculiaridades de estas regiones, Pedro Henríquez Ureña procuró desde temprano trazar un cuadro

---

1. Cf. Pedro Henríquez Ureña, *Observaciones sobre el español en América*. I (RFE, Madrid, 1921, VIII), pág. 3571.

general de los rasgos de la lengua de la península y de las posibles zonas del español de América. Especialmente, de este último.

Ya en 1919 (es decir, poco antes de publicar estudios de cierta importancia sobre el tema), Pedro Henríquez Ureña estableció un mapa lingüístico "provisorio" del español de América, que sufrió pocas variantes en enfoques posteriores. Me refiero a una carta a Alfonso Reyes, firmada el 21 de marzo de 1919, donde señala cinco zonas, que enumera de esta manera:

1. Grupo istmico (México y América Central). Con dos subgrupos.
- 2) Grupo del Caribe (Antillas, Venezuela, Colombia). Con tres subgrupos.
- ( Un lugar especial: el papiamentu, patois a base del castellano, en Curazao).
- 3) Grupo peruano (Perú, Ecuador, y parte de Bolivia).
- 4) Grupo araucano (Chile).
- 5) Grupo del Plata (Argentina, Uruguay, Paraguay).<sup>4</sup>

En realidad, la carta no hace sino anticipar el trabajo en elaboración que pocos años después publicará la *Revista de Filología Española*, con el título de *Observaciones sobre el español en América I* (VIII, 1921, págs. 357-390). Las diferencias mayores son de matices, y no alteran, en lo esencial, el cuadro de la carta de 1919 a su amigo Alfonso Reyes. Hay, sin embargo, avances en las precisiones y en las subdivisiones. Estas son las cinco zonas:

- 1) Regiones hilingües del sur y sudoeste de los Estados Unidos, México y América Central. (Con seis subregiones, por lo menos).
- 2) Las tres Antillas españolas, la costa y los llanos de Venezuela, y probablemente la porción septentrional de Colombia.
- 3) La región andina de Venezuela, el interior y la costa occidental de Colombia, el Ecuador, el Perú, la mayor parte de Bolivia y tal vez el norte de Chile.
- 4) La mayor parte de Chile.
- 5) La Argentina, el Uruguay, el Paraguay y tal vez el sudeste de Bolivia. Pedro Henríquez Ureña dice entonces (1921), y lo repite, que de estas zonas conoce personalmente las dos primeras, cosa fácil de probar. Agrega que los fundamentos de la individualidad en zonas está en: a) la proximidad geográfica; b) los lazos políticos y culturales durante la época de la dominación española; y c) El contacto con una lengua indígena importante. En otro plano, la distinción entre las zonas obedeció a: 1) vocabulario; 2) aspecto fonético. Y concluye: "ninguna zona me parece completamente uniforme".<sup>5</sup>

4. Pedro Henríquez Ureña, carta a Alfonso Reyes, fechada el 21 de marzo de 1919 (en PHU A. Reyes, *Epistolario Intimo*, III, Santo Domingo, 1983, págs. 145-147).

5. Ver PHU, *Observaciones sobre el español en América*. I (ed. cit., págs. 357-390).

Este esquema no sufrió mayores modificaciones hasta el final de su vida. Así, cuando en 1940 publica su importante libro sobre *El español en Santo Domingo* parte, en rigor, de él y apenas si invierte el orden de la serie (Río de la Plata-Mar Caribe), como si respondiera al lugar en que entonces vive.<sup>6</sup> Lo único nuevo es su confesión de que, cuando él estableció la división en cinco zonas, no conocía —apunta— el libro de Juan Ignacio de Armas titulado *Orígenes del lenguaje criollo* (La Habana, 2ª ed., 1882) que, nos advierte, anticipaba en buena medida su esquema (Armas nos da: 1) la zona del Caribe; 2) México y Centro América; 3 y 4) dos zonas en el Pacífico; y 5) la zona de Buenos Aires).<sup>7</sup>

En el caso especial del maestro dominicano, importa subrayar que su libro sobre *El español en Santo Domingo* es su último trabajo de envergadura dedicado al tema lingüístico. Y que, en lo que se refiere a la división de las zonas, impresiona como un cuadro fundado y coherente, donde se armonizan investigaciones propias y aportes ajenos serios. Con la ratificación, fácil de comprobar, de que Pedro Henríquez Ureña centró sus trabajos en las zonas que mejor conocía, aunque también le era imprescindible una visión clara del mapa lingüístico americano para poder captar mejor las peculiaridades propias de aquellas dos zonas.

Como resulta explicable, el tributo mayor de Pedro Henríquez Ureña en esta disciplina es el que dedica a la lengua de su patria, con aportes decisivos sobre el tema. El eje fundamental de la obra apunta a mostrar que su individualidad se apoya en los arcaísmos del léxico, vivo en palabras, frases proverbiales y refranes. Y lo complementa con la abundancia de los indigenismos, y rasgos morfosintácticos y fonéticos. En otra perspectiva, con respaldos de tipo étnico, en relación a la estructura social de la Isla. En fin, observaciones de carácter histórico completan un libro que es, hasta hoy, de obligada consulta sobre el tema.

A su vez, y a manera de anejo, Pedro Henríquez Ureña acompañó la obra (en realidad, la precedió) con otro libro sobre *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (Buenos Aires, 1936) que, quizás por esa antelación, produce una sensación algo extraña. Me refiero, sobre todo, a la manera de compaginar su material. Sin que esta rareza amengüe, claro, el mérito que también asignamos a este imprescindible panorama de la cultura en Santo Domingo.

6. Esta es la numeración, zonas y regiones que nos da en 1940:

- 1) Río de la Plata (a) Litoral y Uruguay; b) Antigua Cuyo; c) Antigua Tucumán; y d) Nordeste argentino y Paraguay.
  - 2) Chileña (a) norte; b) centro; y c) sur.
  - 3) Andina (a) Antigua Imperio Incaico; b) norte (Colombia, Venezuela).
  - 4) Mexicana (México, América Central, sur de Estados Unidos).
  - 5) Mar Caribe (Tres Antillas españolas, parte de Venezuela y Colombia).
- (Ver PHU, *El español en Santo Domingo*, Buenos Aires, 1940, cap. 1).

7. Ver PHU, *El español en Santo Domingo*, ed. citada, pág. 30 PHU considera "extravagante" la obra de Armas, aunque le concede aciertos en la división.

En la *Explicación* que abre su libro de 1940, Pedro Henríquez Ureña nos cuenta la historia de las dos obras, y su relación. Aparte —repito— de la extraña estructura de la obra editada en 1936, y que es, en realidad, el anejo de *El español en Santo Domingo*, las dos iban a salir juntas, ya que fueron escritas, básicamente, por la misma época (hacia 1935-1936). Pero en relación al carácter de *El español* y la posibilidad de retoques y agregados, la publicación se demoró hasta 1940. *El español en Santo Domingo* pasó a ocupar el quinto tomo de la Biblioteca en Dialectología Hispanoamericana (como sabemos, la colección consta de siete tomos).

### *Para la historia de los indigenismos*

Siempre dentro de los lineamientos del español de América, otro de los centros de interés en las investigaciones de Pedro Henríquez Ureña lo constituye el estudio de los indigenismos del continente<sup>8</sup>. Como este enunciado abarca dimensiones notables, es conveniente precisar mejor los límites y decir que los indigenismos que atraen especialmente su atención son los que se relacionan con especies vegetales americanas que tuvieron, por lo común, difusión amplia en el mundo después del Descubrimiento.

Así, anticipado en parte en revistas, reunió en volumen, como comienzo de un plan más vasto en vista a un "Diccionario histórico de indigenismos", sus trabajos sobre *Papa y batata*, *El enigma del aje*, *Boniato*, *Caribe* y *Palabras antillanas*.

*Batata* —nos dice— es vocablo antillano; *papa*, quechua. *Papa*, de uso general en América y en Andalucía; *patata*, en otras regiones de España. Por otra parte, *batata* (=patata dulce) fue nombre también aplicado por los españoles a la "patata". En regiones de América, *batata* designa la "patata dulce", salvo zonas del norte donde se impuso el vocablo nahuatl *camote*. *Patata* —concluye Pedro Henríquez Ureña— "es mera variante de *batata*, a pesar de los errores que sobre estas dos palabras comete el Diccionario de la Academia".

El título llamativo de *El enigma del aje* obedece al hecho de que, habiendo sido el primer nombre aplicado a un vegetal del Nuevo Mundo que recogieron los españoles, se lo menciona en diversos testimonios hasta el siglo XVIII, sin haberse podido precisar con exactitud el vegetal que designa. Con respecto a la historia del vocablo *caribe*, y su relación con *canibal*, Pedro Henríquez Ureña aporta diversas noticias, algunas de raíz literaria, que nos permiten comprender el significado, las relaciones y la visible expansión que, desde el siglo XVI, han ganado dichos términos.

Las páginas dedicadas a las *Palabras antillanas* destacan, en primer lugar, las tres lenguas indígenas americanas que, en orden cronológico, hicieron más aportes al español: el taíno, en las Antillas; el nahuatl, en

8. Cf., FHC, *Para la historia de los indigenismos* (RDH. III, Buenos Aires, 1938).

Ver, también, *El español en Santo Domingo*, ed. citada, págs. 199-129; y el prólogo a Emilio Tejra, *Palabras indígenas de la Isla de Santo Domingo* (Santo Domingo, 1945).

México; y el quechua, en el Perú. Como el título lo declara, este estudio se ocupa de las voces tainas.

### *Historia y mapa del voseo*

Pedro Henríquez Ureña fue de los primeros en enfocar el estudio del *voseo*<sup>9</sup>. Superando anticuados criterios académicos, y, en rigor, con amplitud de lingüista, trazó su cuadro con noticias históricas y con reconocimientos sincrónicos. En este último sector, Pedro Henríquez Ureña, aparte de la incuestionable presencia en el Río de la Plata, atestiguó su existencia en parte de México (Chiapas y Tabasco), en el sudoeste de los Estados Unidos, en Centro América (salvo Panamá) y en regiones de Colombia.

Ya en 1921 decía que aspiraba a dar una descripción y comparación de las formas verbales de la segunda persona del plural en las principales regiones del *voseo*, "porque todas las que conozco son incompletas, sobre todo en lo que atañe a establecer las diferencias fundamentales entre diversos países"<sup>10</sup>. Y en 1938, en el prólogo a *El español en México, los Estados Unidos y la América Central*, como si le doliera la omisión de su nombre en algunos trabajos recientes sobre el tema, subrayaba su prioridad:

"Sobre el *voseo*: el primer estudio sistemático que se hizo en el de mis *Observaciones sobre el español en América*"<sup>11</sup>.

Tempranamente, reparaba que, en las regiones americanas donde se emplea el *vos*, las formas verbales de la segunda persona del plural no han desterrado, como algunos opinaban, a las formas del singular, y convivían con ellas, repartíendose el dominio de los diversos tiempos de la conjugación. Asimismo, puntualizaba, en distintos niveles sociales, los usos de *tú* y *usted*, así como en todos los niveles el empleo de *ustedes* como plural único de *tú*, de *vos*, de *usted* o de cualquier combinación de ellos. (Como sabemos, Rufino J. Cuervo había aclarado con anterioridad este problema; de manera especial en sus *Apuntaciones...*).

Resulta un tanto sorprendente la bibliografía que en las últimas décadas ha originado el tema del *voseo*, si bien no dejamos de reconocer que el necesario avance de las investigaciones y la distancia inmensa que existe

9. Cf. PHU, *Observaciones sobre el español en América* (1ed. citada, págs. 279-280), y el prólogo a *El español en México, los Estados Unidos y la América Central* (Buenos Aires, 1938, págs. XX-XXII, 232-233 y 239).

10. Y estos son los precedentes bibliográficos que entonces declaraba Rufino J. Cuervo, *Las segundas personas de plural en la conjugación castellana en Rumania*, 1893, XXII; id., *Apuntaciones críticas... sobre el lenguaje bogotano*, R. Menéndez Pidal, *Gramática histórica*; Juan B. Selva, *El castellano en América* (en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, IV, 1905, págs. 201-202); y Ciro Bayo, *Vocabulario de provincialismos argentinos y bolivianos en la Revue Hispanique*, 1906, XIV).

11. PHU, *Prólogo a El español en México, los Estados Unidos y la América Central*, ed. citada, pág. XXII.

entre las reconvenções académicas de hace muchos años y el comprensivo análisis del fenómeno con que hoy contamos<sup>12</sup>. Las indagaciones de Pedro Henríquez Ureña quizás nos parezcan ya alejadas en el tiempo. Sin embargo, creo que les podemos conceder el no escaso mérito de ser, en efecto, "el primer estudio sistemático" (o uno de los primeros estudios sistemáticos).

### *La Gramática castellana*

Fruto, en mucho, de una amistad fortalecida en el Instituto de Filología de Buenos Aires y de una labor ejemplar que convertía a Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña en las dos cabezas principales del famoso Instituto<sup>13</sup>, nació esta obra didáctica, con destino inmediato a nuevos programas y orientaciones de la enseñanza secundaria argentina. Los dos tomos de la *Gramática castellana* (I, Buenos Aires, 1938; II, Buenos Aires, 1939) constituyeron no sólo un importante y poco común esfuerzo de colaboración, sino también un valioso logro que, lamentablemente, no todos estaban en condiciones de asimilar<sup>14</sup>.

Una breve semblanza de Rufino J. Cuervo, escrita por Pedro Henríquez Ureña pocos años después, nos permite sentar algunas bases generales sobre la elaboración de esta obra. Fundamentalmente, eran los comentarios que, a propósito de Bello y Cuervo, establecía el dominicano sobre filología y gramática:

12 Dejando de lado, por su mayor difusión, trabajos de Tiscornia, Amado Alonso, Lapesa, Rosenblat, Kany, Vidal de Battini y otros, en obras generales, creo que conviene aquí mencionar estudios especiales, como los que anúmero: José P. Roca, *El uso del futuro en el voseo americano* (en *Filología*, B. Aires, 1961, VII, págs. 122-144); Id., *Geografía y morfología del voseo* (Porto Alegre, 1967); María Isabel Gregorio de Mac, *El voseo en la literatura argentina* (Santa Fe, 1967); M. Molho, *Observations sur le "voseo"* (en el *Bulletin Hispanique*, Burdeos, 1966, I, XX, págs. 56-76); Rodolfo A. Borello, *Para la historia del voseo en la Argentina* (en *Cuadernos de Filología*, Mendoza, 1969, No. 3, págs. 25-64); P. F. Morales, *El voseo en Chile* (en el *Boletín de Filología*, Santiago de Chile, XXIII-XXIV, 1972-1973, págs. 261-274); M. B. Fontanella de Weinberg, *Analogía y confluencia paradigmática en formas verbales de voseo* (en *Thesaurus*, Bogotá, 1976, XXXI, No. 2, págs. 249-272); G. Germán de Granda, *Las formas verbales diptongadas en el voseo hispanoamericano. Una interpretación sociohistórica de datos dialectales* (en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, 1978, XXVII, págs. 80-92).

13. Sobre la amistad entre Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña está de más hablar. Amistad sustentada en diversos factores, entre los cuales ocupa lugar importante el mutuo aprecio intelectual. De muchos testimonios, elijo éste, de 1934, y que figura en una carta de PHU a la dirección de la revista *Investigaciones lingüísticas*, de México:

"...en general, los *Problemas de dialectología hispanoamericana*, de Amado Alonso, deberían ser leídos por todos los que se ocupen del español en América, porque allí por primera vez llegan a nuestro idioma teorías nuevas y fecundas; además debe leerse a los lingüísticos y filólogos más modernos, como Saussure, Bally, Meillet, etc., y, siempre que sea posible, a los alemanes de este siglo". (Ver *Investigaciones lingüísticas*, México, 1934, II, Nos. 3-4, pág. 381).

14. Cf. E. Carilla, *Amado Alonso en la Argentina* (en *Estudios de literatura argentina* (Siglo XXI, 2ª ed., Tucumán, 1968, págs. 168-169).

"La historia intelectual de Rufino J. Cuervo es caso único en la América de su tiempo: fue un gramático que se convirtió en filólogo. Es muy distinto el caso de Andrés Bello... Bello fue esencialmente un filólogo que se vio obligado a escribir extensamente de gramática"<sup>15</sup>.

Sin forzar el párrafo, cabe aplicar a Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña las consideraciones que éste último aplica a Bello. (Y habría también que limar lo de "extensamente").

Es indudable que, de los dos colaboradores, Pedro Henríquez Ureña tenía mayor experiencia que Amado Alonso en este tipo de obras. En efecto, creo que sin establecer una proximidad total, algo nos dice *El libro del idioma*, que, años antes, había elaborado Henríquez Ureña en colaboración con Narciso Binayán (Buenos Aires, 1928).

Pensando ahora en las diferencias, la *Gramática castellana* de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña es un intento renovador de método y conocimientos en la enseñanza del español dentro de la escuela media argentina. Bien acogido, asimismo, en otros países americanos. Alonso y Henríquez Ureña reaccionaban contra las gramáticas logicistas que entonces existían. Su punto de partida (a veces, adaptación) estaba en la recordada *Gramática* de Bello y en los aportes de Rufino J. Cuervo, más el apreciable caudal de la lingüística del siglo XX, sin descartar contactos con otras disciplinas.

En la parte esencialmente gramatical (ya que no sería justo dejar de lado las partes complementarias) las novedades mayores estaban centradas en el concepto de oración, en la visión innovadora de categorías como el artículo, el pronombre y el verbo; en el género gramatical, en las nociones de fonética y entonación (aquí, siguiendo de cerca a Navarro Tomás), en la ortografía (desligada de reglas abrumadoras). En fin, en sus observaciones sobre los valores expresivos de la lengua, dentro de los límites que un manual de este tipo permite.

Como digo, la *Gramática castellana* de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña constituyó un experimento poco común entre nosotros, no acostumbrados hasta entonces a una obra de tal naturaleza. Algunas raíces, no muchas, en las bibliografías respectivas de los autores aparecen en los

---

15. Pedro Henríquez Ureña, *Rufino José Cuervo* (en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, 1944, XIII, No. 49, pág. 607). Filología y lingüística, filología y gramática, lingüística y gramática... PHU hizo aportes a todas estas disciplinas, con los deslindes necesarios. En el caso de lingüística y gramática, si bien hizo por lo común labor de lingüista, no despreció, en ocasiones, el nivel del gramático (como ocurrió, por ejemplo, en los libros —diferentes— que publicó en colaboración con Narciso Binayán y Amado Alonso). Y en diversos escritos expresó lo que entendió, junto a la diferencia que existe entre lingüística y gramática (que hoy, claro, nos parecen obvias), la justificación de sus inclinaciones. Así, lo hizo en su artículo sobre *La lingüística*, de 1940, y pocos años después, en la carta que envió a la revista *Investigaciones lingüísticas*, de México, de la cual di noticia en una nota anterior (ver, en la revista, pág. 361).

estudios titulados *Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común*, de PHU (*Cuadernos de Temas para la escuela primaria*, La Plata, 1930), y *Para la historia de la enseñanza del idioma en la Argentina*, de A. Alonso (reproducido, después, en *La Argentina y la nivelación del idioma*, B. Aires, 1943).

Explicablemente, fueron los discípulos y alumnos de los dos maestros los que se encargaron de defender la *Gramática*, en tantos aspectos renovadora. Y si para los que hemos sido alumnos de A.A. y PHU no nos resulta difícil identificar cuales son las partes que cada uno de ellos elaboró (nos ayuda también la bibliografía respectiva), creo que, más que ver la obra a través de su origen o los sectores personales, importa verla como un producto homogéneo del conocimiento y de la amistad fecunda. Con el agregado de la primicia que significó para los argentinos.

### *El problema del andalucismo*

Como del problema del andalucismo en los orígenes del español de América me ocupé en otro lugar, quede aquí la simple mención de su enunciado. Sólo cabe agregar que fue este tema, durante muchos años, preocupación permanente de Pedro Henríquez Ureña, y motivo de diversas reacciones y polémicas. Reacciones y polémicas que, es fácil mostrar, no terminaron con la muerte del maestro dominicano.

### *Español de América y español de España*

Más allá de las cuatro décadas que han transcurrido desde la muerte de Pedro Henríquez Ureña es importante observar la actitud que lo individualiza en medio de la abundante y profusa bibliografía dedicada al tema, siempre actual, de la unidad y diversidad de la lengua española en el mundo. Tema sobre el cual han cabido —y caben— las interpretaciones y gamas más dispares. O, para marcar puntos extremos, desde las que defienden a toda costa su unidad, hasta las que proclaman, con no menos fervor, su fragmentación (o la necesidad de una ruptura futura). Verdad también es que, dentro de estas dos posiciones contrapuestas, caben igualmente contactos y entrecruzamientos, alegatos y ataques, denuestos y apologías, temores y optimismo...

Lo que también notamos es que, con el correr del tiempo, se han ido suavizando algunas líneas y colores. Sobre todo, si atendemos a las pugnas que, en el siglo pasado, establecieron factores esencialmente políticos. En este sentido, los americanos, en general, han mantenido su aspiración de ser escuchados. No interesa tanto, aquí, la actitud extremada de aquellos que, en el continente y con más entusiasmo que fundamentos, proclamaron la independencia de la lengua. Con apelación, casi siempre, a interpretaciones de tipo naturalista y con el respaldo de los destinos y tiempos cíclicos. No podemos decir que esta interpretación haya desaparecido del todo, si bien hoy prevalece, tanto en América como en España, una actitud menos radical.



Así, me parece que importa más observar que españoles destacados, si por un lado defienden la *unidad* de la lengua (*unidad* antes que *purismo* reclamaba Dámaso Alonso)<sup>16</sup>, por otro no dejan de reconocer, a su vez, justas reclamaciones en relación a la importancia, variedad e individualidad del aporte americano, y sus proyecciones tanto presentes como futuras. Aunque esto no llama hoy la atención, vemos también como se han superado mezquinas barreras defendidas hasta no hace mucho por legiones de "puristas" y "basticistas". Y, en definitiva, sin que las concesiones signifiquen degeneración o empobrecimiento... En fin, el tema da para mucho más que una breve acotación.

Dentro de este esquema ¿cómo aparece Pedro Henríquez Ureña? De más está encarecer cuánto nos importa conocer sus ideas, porque su nombre no puede dejarse al lado, cuando se hace el recuento riguroso de aquellos que han hecho efectivas colaboraciones al estudio del español de América.

Algo nos dice, para comenzar, el dato de que prácticamente toda la obra lingüística de Pedro Henríquez Ureña tiene que ver con el tema. Y las conclusiones a que llega son las previsibles: la riqueza y variedad del español de América son paralelas a la riqueza y variedad del español de España. Al mismo tiempo, la certeza de que las diferencias no debilitan un amplio sentido de unidad que incluye también —es obvio— al español de América.

Sin la pretensión de resumir el pensamiento esencial de Pedro Henríquez Ureña sobre el tema, cosa imposible, creo que reflejan buena parte de sus ideas, aun dentro del esquematismo con que se exponen, dos breves textos que se complementan. Uno, que saco de las notas que acompañan su difundido libro sobre las *Corrientes literarias*... (1ª ed., texto inglés, 1945). La otra, extraída de una concisa semblanza de Rufino J. Cuervo, que ya tuve ocasión de citar.

En el primer caso, se refiere a las particularidades de la lengua de nuestro continente. Y apunta:

"Nuestros modos de hablar varían naturalmente según la localidad; no hay unidad de "español americano" que oponer al "español de España", donde las variaciones locales son todavía mucho mayores"<sup>17</sup>. (Ilamativamente, insiste a continuación en el problema del "andalucismo", pero no es éste lugar para reparar en él).

El punto que esta tiene en la cronología de Pedro Henríquez Ureña le concede asimismo lugar especial, por encima del carácter escueto de la cita.

16. Entre numerosos ejemplos, puede servirnos la serie encadenada de Dámaso Alonso: *Defensa de la lengua* ( Ponencia leída en el Segundo Congreso de Academias de la Lengua. Reproducido en *Del Siglo de Oro a este siglo de siglos*, Madrid, 1956); *Para evitar la diversificación de nuestra lengua* (1963) (en OFINES, *Presente y futuro de la lengua española*, II, Madrid, 1964, págs. 259-266); *Unidad y variedad de la lengua española* (1960) (en *Salamanca 80*, México, 1981).

17. Cf., PHU, *Las Corrientes literarias en la América Hispánica* (ver trad. de J. Díez Canedo, México, 1948, pág. 216).

Aunque no corresponda a una específica obra lingüística, nos da algo así como una especie de resumen de postrimerías.

Estas consideraciones caben igualmente para la segunda cita que, si no es de 1945 es de 1944 (recordemos, una vez más, que PHU murió a mediados de 1946). Tiene que ver, como he dicho, con su semblanza de Rufino J. Cuervo (o, mejor, a propósito de Bello y Cuervo), y en relación al problema, tantas veces planteado, de la ruptura del español. Dice Henríquez Ureña:

"Fue preocupación permanente de Cuervo, como de Bello, la suerte del idioma castellano en América... Hubo momentos en que, contagiado del naturalismo fatalista que era común en la lingüística de su tiempo, creyó inevitable la ruptura de la unidad del castellano. De haber vivido unos años más, se habría regocijado observando las renovadas fuerzas de integración que actúan en nuestro idioma"<sup>18</sup>.

En el primer caso, su idea de la variedad del español americano puede apoyarse tanto en la ya serie de buenos estudios ajenos sobre el tema, como en sus propios trabajos, junto a su reiterado mapa de las zonas lingüísticas de América. En el segundo caso, su palabra serena pretende menos oponerse a los temores que en sus tiempos tuvieron Bello y Cuervo (a quienes, por otra parte, tanto admira), como responder, con un tono de americanismo optimista, a los que, avanzado el siglo XX, reiteran actitudes y alarmas que la propia lengua (de ahí lo de "renovadas fuerzas de integración") desmiente...

#### *Situación de Pedro Henríquez Ureña*

En un medido *Bosquejo histórico de la filología hispanoamericana*, de 1963, Guillermo L. Guitarte distingue tres períodos visibles dentro de la dialectología del español americano:

- 1) El de Cuervo y Lenz (centrado en Colombia y Chile).
- 2) El de Amado Alonso (centrado en Buenos Aires).
- 3) El posterior a 1946 (con mayor expansión geográfica; representado, sobre todo, por revistas importantes, las Academias de la lengua y ALFAL)<sup>19</sup>.

Y, con respecto a la segunda etapa, decía Guitarte:

"Amado Alonso (1896-1952) y su Instituto de Filología porteño llena la segunda etapa de la filología hispanoamericana. Su aporte consiste, en lo fundamental, en la proyección a la América española de la labor de Menéndez Pidal y su escuela"<sup>20</sup>.

18. PHU, *Rufino José Cuervo*, ed. citada, pág. 698.

19. Cf., Guillermo L. Guitarte, *Bosquejo histórico de la filología hispanoamericana* (1963) (en ALFAL Simposio de Cartagena, *Informes y comunicaciones*, Bogotá, 1965, págs. 233-244) *Me apoyo también, en las transcripciones de José Joaquín Montes Giraldo, Dialectología general en Hispanoamérica* (Bogotá, 1982, págs. 97-100).

20. Ver Guillermo L. Guitarte, obra citada, pág. 238.

La caracterización de Guitarte es defendible, ya que no puede desconocerse la significación que tuvo, a lo largo de más de quince años, el Instituto de Filología de Buenos Aires. Creo, sin embargo, que, sin desconocer la importancia directiva de Amado Alonso, ganaríamos en precisión agregando el nombre de Pedro Henríquez Ureña y llamándolo "El Instituto de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña" (claro: en este orden), para darle al maestro dominicano el relieve que realmente tuvo y, sobre todo, el saber y la proyección continental que, quizás comparativamente, Amado Alonso no tuvo. (Y digo esto fuera de minúsculos torneos representativos a los que ni Amado Alonso ni Pedro Henríquez Ureña —amigos y colaboradores— aspiraron; y sin olvidarme, tampoco, de algún paso en falso de PHU)<sup>21</sup>. Además, las épocas que señala Guitarte son también útiles para la caracterización de una tercera etapa, posterior al año 1946 (como sabemos, el año en que se corta el famoso Instituto de Buenos Aires), si bien ya entramos aquí en otro momento de la filología hispanoamericana.

En fin, no hay mayores dudas (verdaderas dimensiones aparte) para ubicar a Pedro Henríquez Ureña en la segunda etapa de Guitarte. Es decir, la que enuncia como de "Amado Alonso y su Instituto de Filología". Esta situación no responde sólo a una simple clasificación cronológica, sino que lleva ya en sí, a través de los nombres propios y datos escuetos adscriptos, toda una serie de connotaciones (formación, métodos, temas principales, etc.). No hay, pues, insisto, ningún problema en la ubicación de Pedro Henríquez Ureña. Y, curiosamente, hasta es fácil agregar un especial sentido simbólico al año 1946, que es también el año de la muerte del filólogo dominicano.

Creo que refuerzo mis aseveraciones al apoyarme en conocidos datos bibliográficos. Datos que, sin disminuir las dimensiones y el valor de Amado Alonso (cosa imposible en mí), su lugar directivo, los trabajos que alentó, su irradiación en la cultura argentina durante las décadas del 30 y del 40, los discípulos que formó, etc., pretenden mostrar esta obra cara que, también por aquellos años, revela la presencia cercana de Pedro Henríquez Ureña.

En primer término, y a través de múltiples aspectos, éste fue un par y no un subordinado. Un testimonio, entre muchos, lo subraya. Como muy bien apunta Guitarte (y muchos otros) hay una colección que representa, en mucho, la actividad del Instituto. Me refiero a la difundida Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, cuya "utilidad" está de más encarecer. (Utilidad, más allá de voces mezquinas que enmudecieron con la misma rapidez con que resonaron).

Más allá de los méritos de la *Biblioteca*, su cronología refleja, en mucho, la historia del Instituto. Como sabemos, la serie de siete obras nace en 1930 con el tomo de los *Estudios del español de Nuevo México* (al cuidado de Amado Alonso y Angel Rosenblat) y termina en 1949, cuando el Instituto de

---

21. No hace falta mencionar, una vez más, el problema del andalucismo en los orígenes del español de América, problema que llegó a convertirse en una especie de obsesión para PHU...

Amado Alonso (y PHU) ya no existía. Prólogos de los últimos tomos se encargan de explicar el motivo de la demora en la publicación del libro de Berta Elena Vidal de Battini<sup>22</sup>.

Pues bien, cuesta muy poco comprobar como, entre los siete títulos principales, más el complemento de los "anejos" de la BDH, figuran nada menos que dos tomos y tres anejos de Pedro Henríquez Ureña. Es decir, una proporción extraordinaria. Veamos:

Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana: Tomo IV. *El español en México, los Estados Unidos y la América Central...* con anotaciones y estudios de PHU (Buenos Aires, 1938); Tomo V. *El español en Santo Domingo* (Buenos Aires, 1940).

Anejos de la BDH: I. *Sobre el problema del andalucismo dialectal en América* (Buenos Aires, 1932); II. *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (Buenos Aires, 1936); III. *Para la historia de los indigentismos* (Buenos Aires, 1938).

El propio Amado Alonso, poco antes de alejarse del Instituto (y poco antes, claro, de la muerte de su amigo y colaborador) hizo un recuento de la labor realizada. Con no oculta satisfacción se refirió a lo que significaba ya la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana en el mundo. De esta manera, sin necesidad de elogios directos, o, mejor dicho, por la fácil relación que establecemos entre el elogio a la BDH y la asistencia notable de Pedro Henríquez Ureña, queda establecido su especial reconocimiento<sup>23</sup>.

Una última acotación al cuadro de Guitarte. Aceptando, en general, la validez de su esquema, creo que Pedro Henríquez Ureña puede presentarse no sólo como representante de la segunda etapa, sino también con puntos de enlace firme (más firme que en otros) con la primera, a través de la obra de Rufino J. Cuervo. Hay entre los dos claras diferencias generacionales (Cuervo: 1844-1911; PHU: 1884-1946)<sup>24</sup>, pero aquí me refiero, aparte de la admiración del dominicano, al aprovechamiento y continuidad que, en más de una línea, puede establecerse entre uno y otro.

---

22. Es de sobra conocida la serie que constituyen los siete tomos de la BDH. No está de más, con todo, repetirla: I. *Problemas de dialectología hispanoamericana. Estudios sobre el español de Nueva Méjico* (trad., y reed. notas de A. Alonso y A. Rosenblat, B. Aires, 1930); II. *Estudios sobre el español de Nueva Méjico* y *Notas de Morfología dialectal* (trad., reed. y notas de A. Rosenblat, B. Aires, 1948); III. Eleuterio F. Ysmaelín, *La lengua de "Marín Sierra"* (B. Aires, 1930); IV. *El español en México, los Estados Unidos y la América Central* (con anotaciones y estudios de P. Henríquez Ureña, Buenos Aires, 1937); V. P. Henríquez Ureña, *El español en Santo Domingo* (B. Aires, 1940); VI. *El español en Chile* (trad., notas y apéndices de A. Alonso y R. Lida, B. Aires, 1940); y VII. Berta Elena Vidal de Battini, *El habla rural de San Luis* (B. Aires, 1949).

Sobre la difusión de la BDH puedo aportar datos realmente curiosos. En la Universidad de Harvard, en 1952, con motivo de la visita de una delegación de lingüistas soviéticos, uno de los especialistas en español, de Leningrado, confesaba que, entre los escasos títulos vinculados al español de América, contaban con los tomos de la BDH.

23. Ver Amado Alonso, Advertencia al tomo II de la BDH (Buenos Aires, 1946, págs. V-VII).

24. Veamos también alguna diferencia generacional con respecto a Amado Alonso (1886-1952).

No se trata, por supuesto, de establecer una exclusividad de PHU (la adhesión hacia la obra de Rufino J. Cuervo es amplísima), sino de subrayar, repito, coincidencias y enlaces. Y, en fin, de ratificar lo que el maestro dominicano tuvo ocasión de manifestar con tanta precisión en su macizo homenaje publicado en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*<sup>25</sup>.

Precisamente, y sin negar lo que tanto en Amado Alonso como en Pedro Henríquez Ureña significa el Centro de Estudios Históricos de Madrid (en el caso de Alonso, con la suma de su etapa alemana), diré que Pedro Henríquez Ureña representa, junto con el aprovechamiento de la "escuela española", la suma de lo que, sobre todo a través de Cuervo y su irradiación, sería justo llamar (por sus resultados) la "escuela americana". Claro: con nuevos apoyos en PHU, con la ayuda que los avances que la lingüística del siglo XX le permite. En fin, esto es lo que, sin mayores explicaciones, trasunta su obra.

Por descontado, no me olvido que mis párrafos corresponden a un estudio sobre los trabajos lingüísticos de PHU. Y que todo lo que apunto tiene que ver, en una forma u otra, con el maestro dominicano. Esta meta —agrego— puede determinar una especial óptica de mi enfoque. Reconozco esta situación, pero como mi estudio no disminuye las figuras que aparecen a su lado, no comete el pecado de la "veneración", ni encara un problema polémico. Simplemente, reitero aquí el deseo de hacer justicia. Es decir, una justicia nada forzada, y que cuenta de antemano con una aceptación total, o casi total...

### Conclusión

Dentro del discurrir sereno y convincente de Pedro Henríquez Ureña, una vez más su palabra resulta ayuda apropiada para que, con ella, trace estos párrafos finales vinculados a los estudios lingüísticos del maestro dominicano. Y su palabra pertenece, una vez más, a la semblanza antológica que él dedicó, hacia el final de su vida, a uno de los más grandes nombres de la filología americana: Rufino J. Cuervo. Dice Pedro Henríquez Ureña:

---

Pero, aunque resulte cansador repetirlo, no es cuestión de exagerar cómicamente "generaciones" y fechas.

Como tengo la impresión de que muchos creen que la relación entre Amado Alonso y PHU comenzó en Buenos Aires, cuando llegó el filólogo español, puedo corregir el dato y afirmar que, por lo menos epistolarmente, hubo ya antes relación entre ellos. Concretamente: que a comienzos de la década del veinte, ya PHU alentaba la esperanza, desde México, de que A. Alonso se trasladara al país del norte. (En principio, con alguna confusión entre Amado y Dámaso). No fue eso posible entonces, y afortunadamente para nosotros, se encontraron en Buenos Aires en 1927 (Ver, entre otros testimonios, el *Epistolario íntimo* cambiado entre PHU y A. Reyes, tomo III, Santo Domingo, 1983). Otros datos. Cuando en 1924, aparece la primera publicación del Instituto de Filología de B. Aires, el primer número de los *Cuadernos*, PHU, recién llegado, no figura como miembro del Instituto, pero sí como colaborador en el importante estudio de Max Leopoldo Wagner que el *Cuaderno* reproduce. En fin, que antes de mediados de 1930, bajo la dirección de A. Alonso, PHU se había incorporado al Instituto (y ya residía en Buenos Aires, Ayacucho 890, 4° piso, donde vivirá hasta el final de su vida).

25. Como cito esta breve semblanza en varias ocasiones, debo agregar que esta obra es buen

**"Sobre cualquier punto que tocara, agotaba los materiales: no quedaba nada que agregar, salvo nuevos ejemplos que corroboren sus asersiones, a menos que se aspire y se alcance a dar nueva interpretación a los hechos"<sup>26</sup>.**

Es cierto que, al principio, nos sorprende un tanto la rotundidad del párrafo, sobre todo si tenemos en cuenta la materia huidiza en que suele apoyarse la lingüística. Pero bien pronto advertimos, igualmente, la salvedad atenuadora que establece.

No pretendo repetir la loa de manera total, y, más bien, trasladar los alcances de un homenaje que, aplicado a Pedro Henríquez Ureña resulta igualmente merecido. Tampoco pretendo un torneo de equivalencias, ya que, entre otras cosas, Pedro Henríquez Ureña cultivó la lingüística como una de varias ciencias. Restringiéndose a este sector, importa decir que PHU es uno de los más destacados investigadores del español de América. Y que, dentro de los avatares que suelen acompañar a los trabajos de esta ciencia, su obra (una buena parte de su obra) mantiene aún vigor y lozanía.

Separemos de nuestra adhesión —y desde nuestra perspectiva— métodos y datos hoy superados. Como vemos, es esto un albur y casi una ley, sobre lo cual no conviene insistir aquí. Pensemos, en cambio, sin necesidad de conceder premios al denuedo y la persistencia, en los caminos que abrió, en los aportes efectivos que hizo. Así, pues, con diferentes niveles en la escala, una gran parte de su obra lingüística sigue manteniendo apreciable vitalidad. En ocasiones, como obligada obra de consulta; en otras, como acicate; y casi siempre como presencia en las copiosas bibliografías generales sobre el tema.

Concluyo. Este sector es uno de los más importantes dentro de una producción intelectual de variadas facetas. Y aquí también, como no podía ser menos, asoma el auténtico maestro, alentador de inquietudes juveniles. Y, para ser fiel a sí mismo, el campeón de la causa americana...

---

ejemplo para el estudio del ensayo en Pedro Henríquez Ureña, y cabal testimonio de conocimiento, precisión, rigor y realce literario.

<sup>26</sup> Pedro Henríquez Ureña, *Rufino José Cuervo*, ed. citada, pág. 698.

## DOS TESIS POLEMICAS

Entre los temas que constituyen motivos reiterados en páginas de Pedro Henríquez Ureña (en ocasiones, hasta podríamos hablar de "obsesión") dos se destacan con relieves propios: el vinculado al mexicanismo de Alarcón y el relacionado con el supuesto (o no supuesto) andalucismo del español de América.

No hay dificultad en señalar los momentos iniciales: 1913, el primero; 1921, el segundo. Si hay algo anterior no lo podemos precisar. Lo que concreto es que, a partir de esas fechas, Don Pedro volvió a dichos temas en varias oportunidades, si bien no siempre dedicó a ellos (es explicable) un interés equivalente ni la misma extensión en los estudios.

### *El mexicanismo de Alarcón*

Aunque se trata de algo muy conocido, resulta conveniente sintetizar el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña sobre este tópico. Como el propio autor lo recordó, su primer aporte tomó forma de conferencia, en México (publicada en México, 1913, y republicada en La Habana, 1915). Claro que su real difusión la alcanzó al ser reimpresa, sin notas, en los *Seis ensayos...*, de 1928<sup>1</sup>.

Pedro Henríquez Ureña reaccionaba en su conferencia contra críticos españoles (Menéndez y Pelayo entre ellos) que consideraban que el origen mexicano de Alarcón no tenía mayores reflejos en su obra. En fin, que pertenecía, en rigor, a las letras españolas del siglo XVII, sin diferencias esenciales con los dramaturgos españoles de su tiempo.

Frente a esta actitud, Pedro Henríquez Ureña procura sentar que el ámbito donde nació Alarcón (donde nació y pasó parte de su vida) no era un

---

1. Cf. Pedro Henríquez Ureña, *El teatro en la América española en la época colonial* (en INET, *Cuadernos de cultura teatral*, 3, Buenos Aires, 1936).

simple dato anecdótico y que, por el contrario, Alarcón lleva a las letras españolas rasgos que sólo se explican por su carácter de americano. Fundamentalmente, diferencias sociales y psicológicas, y que destaca como rasgos de mexicanismo: "la cortesía exagerada, distanciadora; el sentimiento discreto, el tono velado, el matiz crepuscular".

Como ya he dicho, el autor volvió en diferentes ocasiones sobre el tema, pero no amplió mayormente (ni aun ante reparos que se le formularon) su tesis inicial. Mejor dicho: mantuvo la tesis, pero sin darle un desarrollo pormenorizado, acorde con lo revolucionario del intento<sup>2</sup>.

Desde nuestra perspectiva (y a más de setenta años de la conferencia de México) no resulta difícil, me parece, distinguir las dos derivaciones —en pro y en contra— que determinó el enfoque del maestro dominicano. En el primer caso, es justo mencionar los nombres de Dorothy Schons (en primer lugar), Alfonso Reyes, José Juan Arrom, Charles V. Aubrun... En el segundo, buena parte de los nombres alineados por Antonio Alatorre en su revisión del problema (especialmente, Samoná, Usigli, Abreu Gómez, Fernández Mac Gregor, Casaldueiro, y el propio Alatorre, claro<sup>3</sup>...)

Como ramificación positiva, que intenta nuevos fundamentos, debemos considerar, sobre todo, el estudio de Dorothy Schons (*The Mexican Background of Alarcón*, publicado primero en el *Bulletin Hispanique* y reproducido en *PMLA*, la Menasha, Wisconsin, 1942, I.VII, págs. 89-104). Dorothy Schons procura mostrar que la educación recibida por el dramaturgo en México (de manera especial, de los franciscanos), así como el rigor de la Inquisición en la Colonia, tuvieron influencia en el teatro alarconiano, al que considera español en la superficie y mexicano en su espíritu. Por supuesto, conviene agregar de inmediato que, si Dorothy Schons aspira a dar mejor respaldo a la tesis de Pedro Henríquez Ureña, la verdad es que no aporta elementos decisivos en su favor. Y algo parecido hay que decir, más allá de la simpatía que nos merecen, de las acotaciones (o notas breves) que encontramos en Alfonso Reyes, Arrom y Aubrun<sup>4</sup>.

Por mi parte, reitero que Pedro Henríquez Ureña enunció una tesis que, por su carácter, hubiera necesitado un desarrollo mucho más detallado y una más pertinente ejemplificación. Eso sí, conviene agregar que si Don Pedro daba importancia al tema (sobre todo en relación a sus ideas vincula-

---

2. Alguna vez le planteé (en sus últimos años, y época de mi mayor frecuentación a Don Pedro) la necesidad de ampliar sus estudios sobre el mexicanismo de Alarcón, pero no encontré en él una respuesta firme.

3. Cf. Antonio Alatorre, *Para la historia de un problema: la mexicanidad de Ruiz de Alarcón* (1956), ver la versión final en James A. Parr, *Critical Essays on the Life and Works of Juan Ruiz de Alarcón*, Madrid, 1972, págs. 11-43 y 263-276.

4. Cf. Alfonso Reyes (en Ruiz de Alarcón, *Teatro*, ed. de Madrid, 1948, págs. XXXIX-XLIII, id. *Ídrico*, México, 1969, págs. 225 y 263, etc.); José Juan Arrom, *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas*, Bogotá, 1963, págs. 54-60; Charles V. Aubrun, *La comedia española (1600-1680)*, trad. de J. Lago Alonso, Madrid, 1968, págs. 135.



das al "americanismo literario") no por ello pensaba que la personalidad de Alarcón se agotaba con la sola defensa de su raíz mexicana<sup>5</sup>.

### *El andalucismo del español americano*

A este problema dedicó también Pedro Henríquez Ureña varios estudios. Fundamentalmente, con el afán de reaccionar contra la idea corriente de que el español de América aparecía en sus comienzos fuertemente influido de andalucismo. De manera especial, se manifestó en una polémica (no muy detonante) mantenida con el filólogo Max Leopoldo Wagner.

En realidad la tesis tradicional ("identificación vulgar, popular", según el dominicano) afirmaba, por lo menos desde el siglo XVIII, que el andalucismo era evidente en el español de América y que esa influencia se debía al predominio de andaluces en la época de la Conquista y la Colonización<sup>6</sup>. Pedro Henríquez Ureña recuerda el nombre de Antonio de Alcedo como

---

5. Me parece oportuno detenerme en el minucioso estudio de Antonio Alatorre, citado precedentemente.

Son elementos positivos del artículo el deseo de recoger todos (o casi todos) los testimonios vinculados al problema. Algunos se le escapan, si bien reconocemos que el material es abundante. En esta dirección, debemos también considerar el respeto con que trata a PHU, a pesar de no coincidir con su tesis.

Valoramos igualmente como positivas sus objeciones a ciertos enfoques sobre Alarcón, enfoques apoyados sólo en muy débiles conjeturas. Claro que la tesis de PHU, aun con sus defectos, es otra cosa. Y Alatorre piensa lo mismo.

El crítico mexicano repara, como tantos otros, en la insuficiencia del estudio de Don Pedro. Por supuesto, hay distintas maneras de subrayar esta insuficiencia. Además, si bien es asunto harto complejo el plantear de "rasgos nacionales" (y esto como paso previo), no me parece que sea gratuito. Una cosa es reconocer dificultades, y otra, distinta, negarle posibilidad individualizadora. Sobre todo, en la forma no exclusiva en que lo pretendía PHU (y conste que subrayo, de nuevo, limitaciones en el ahondamiento de su tesis).

Menos convincente me parece Alatorre al considerar "brillantes", como oposición, razonamientos de Casalduero (destinados, es adivinable, a negar el posible "mecanismo") y que, en parte, le sirven de apoyo. También, al dictaminar que se trata de un "falso problema" y al declarar clausurada la polémica.

Resumiendo: considero útil el artículo de Alatorre por el replanteo detallado del problema y por aciertos parciales de su crítica. No lo podemos condenar (es obvio) porque tome partido, y aunque su estudio se titule *Para la historia de un problema...* En cambio, me parece cuestionable su pretensión de cerrar, olímpicamente, la disputa.

En fin, creo más justo, una vez más, declarar insuficiente la tesis de PHU (por falta de desarrollo, por cuestionables fundamentos, etc.). Pero, de ninguna manera, considerarlo abolido y bajar la cortina definitivamente sobre el debate. Esto es lo que opino en este momento de la disputa, y con tanta acumulada bibliografía sobre el tema.

6. En forma paralela, no resulta exagerado admitir también, como tradición popular, la existencia de un "andalucismo" de raza, vinculado a los hispanoamericanos en general. Deducimos esto, valgan los ejemplos, de párrafos de Sarmiento y Groussac. Dice Sarmiento: "En la campaña de Buenos Aires se reconoce todavía el soldado andaluz..." (*Facundo*, cap. 1). Y por su parte Groussac atribuye las "inexactitudes" de Sarmiento y de Vicente F. López a "un achaque de la raza". Agrega: "El andaluz, como el provenzal —y en grado menor— es inercial, desinteresado y casi inconscientemente, por simple arrebufo artístico o, como se diría en frenología, "instructividad imaginativa" (*El viaje intelectual*, 2ª serie. Buenos Aires, 1920, pág. 8).

un jalón importante de esta idea<sup>7</sup>. En fin, respaldos esenciales eran considerados el *yeísmo* y el *seseo*, como notas distintivas del español de América.

A comienzos del siglo, Rufino J. Cuervo puso algunos reparos a esta idea. (Por lo menos, así lo entendió Pedro Henríquez Ureña). Sin embargo, filólogos como Menéndez Pidal, Tomás Navarro, Lenz, Bourciez, aceptaban la tesis tradicional<sup>8</sup>.

Dentro de tal situación, y al publicar en 1921 sus *Observaciones sobre el español de América*. I (en la RFE), mostró Pedro Henríquez Ureña su discrepancia, discrepancia que poco después, al publicar M. L. Wagner su estudio sobre *El español de América y el latín vulgar*, tuvo ocasión de exponer en forma especial. Asistimos así al cambio de publicaciones: *El supuesto andalucismo en América* (1925) de PHU; *El supuesto andalucismo de América* (1927) de Wagner; y *Observaciones sobre el español en América*, II (1930) y *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América* (1932) de PHU.

Como el propio Don Pedro reconoce, hay algunas coincidencias entre los dos, si bien el eje principal muestra aún la divergencia. Wagner, en lugar de *andalucismo*, prefiere hablar de *surespañolismo*, y hace entrar en la sustentación de su tesis a andaluces y extremeños como base de la primitiva población hispanoamericana. Además, ve el *surespañolismo* no en toda América sino en determinadas regiones: Las Antillas, México Oriental, Venezuela, Colombia, Argentina y Chile. Es decir, particularmente en las tierras bajas.

---

7. Antonio de Alcedo, *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*, V. Madrid, 1789. El testimonio había sido indicado ya por Max Leopoldo Wagner. Igualmente, recordaba Wagner el juicio ratificador de Salvá en 1645 (Ver M. L. Wagner, *El español de América y el latín vulgar*, trad. de Carlos M. Grünberg, en Instituto de Filología, *Cuadernos*, Buenos Aires, 1924. I. No. 1, pág. 91-92). Y ya que menciona este estudio de Max L. Wagner, corresponde citar también algunos de sus párrafos definidores:

"Se ha creído en América que la base del español a ella trasplantado era el idioma de Andalucía y de Extremadura...

Hasta el siglo XVIII, sólo Cádiz y Sevilla ejercieron el monopolio comercial del mercado de las Indias Occidentales" (Id., págs. 52 y 53).

"Ha habido en América colonizaciones de carácter muy regional, prescindiendo de la inmigración primitiva surespañola y de la posterior formada de gentes de toda España..." (Id., pág. 79).

8. Rufino J. Cuervo, *El castellano en América* (en el *Bulletin Hispanique*, de Bordeaux, 1901, III). Ver ahora los reparos de Guillermo L. Guitarte, *Sobre el andalucismo en América*, nd. de Bogotá, 1960, págs. 1-61. Es cierto que Cuervo escribió que "Toda la península dio su contingente a la población de América", pero, no se ocupó con especial hondura del problema. Más bien, diversos indicios muestran que Cuervo aceptaba a veces la tesis corriente del andalucismo. Lo que ocurrió fue que PHU dio a la cita fragmentaria de Cuervo mucho de su propia convicción (y eso es lo que subraya con claridad Guitarte).

Ver, en la dirección señalada (es decir, la andalucista), Ramón Menéndez Pidal, *Manual de gramática histórica española*, 8ª ed., Madrid, 1919; Américo Castro, *El habla andaluza* (en *Lengua, enseñanza y literatura*, Madrid, 1924, pág. 84); Tomás Navarro, *Pronunciación española* (3ª ed., Madrid, 1926), con alternancias; Rodolfo Lenz, *Ensayos filológicos americanos* (en *Anales de la Universidad de Chile*, LXXXVII, Santiago de Chile, 1964, págs. 126-126), con alternancias.

Por su parte, Pedro Henríquez Ureña acepta que en las tierras bajas de América hay semejanzas con el andaluz, si bien tales semejanzas —dice— no permiten sostener la identificación lingüística, que muchos aceptan, entre Andalucía y la América española. Y en lo que se refiere al aceptado predominio de andaluces en la conquista y colonización del Nuevo Mundo, Henríquez Ureña muestra también su divergencia. Se apoya, particularmente, en listas de nombres de pasajeros, pertenecientes todos a los siglos XV y XVI. Pasajeros cuyo origen está probado, o que puede defenderse con verosimilitud. Reune así la nómina de 4.209 pasajeros españoles y portugueses que pasan a América, y cuya procedencia resulta conocida. De ellos, señala, casi el 44% corresponde al norte de la península, y casi el 43% al sur; los demás a tierras intermedias y laterales.

En fin, hace hincapié Pedro Henríquez Ureña en la no necesaria identificación entre América y Andalucía esta blecida sobre la base del *yeísmo* y del *seseo*. Sobre el *yeísmo*, como no exclusivamente andaluz, ni como rasgo general en Hispanoamérica. Y sobre el *seseo*, como rasgo igualmente parcial. Para sentar por último su tesis de que en los comienzos del español de América se reflejan aspectos de diferentes regiones de España, y no de una o dos regiones en particular. Las semejanzas fonéticas entre el español de las Antillas, por ejemplo, y el andaluz obedecen —señala— a fenómenos paralelos y no a una relación de causa y efecto<sup>9</sup>.

Hasta el final de su vida reiteró PHU su tesis, con leves variantes. Y llegó a contar con la adhesión de destacados filólogos: en primer lugar, claro, con la de Amado Alonso (con alternancias)<sup>10</sup>; y otros, como Alwin Kuhn, Bertil Malberg, Serafim da Silva Neto<sup>11</sup>.

9

"La pronunciación, de base española general, ha adquirido caracteres que en parte se asemejan a los del habla andaluza, como sucede en todas las Antillas". (Pedro Henríquez Ureña, *El español en Santo Domingo*, Buenos Aires, 1940. Ver págs. 164-167).

10. Conozco diversos juicios de Amado Alonso. Destaco, por su lugar, éste:

"Yo tengo en cuenta, sobre todo, el andalucismo del español de América se debe mantener, dejando de lado los argumentos impresionistas, con el análisis integral del sistema lingüístico (o, si se quiere reducir, del fonético) del español americano y del andaluz.

Este análisis yo lo he hecho con todos los elementos a mi alcance (nunca completos, sobre todo por la gran variedad regional, tanto del andaluz como de los hispanoamericanos), y resulta que la única región donde existe alguna correspondencia plural es la de las Antillas y tierras costeras del Caribe.

Sólo el Caribe coincide con Andalucía en algo más que el *seseo* y el *yeísmo*. La base del español americano no es el andaluz del siglo XVI en lo que tenía de disidente del castellano" (A. Alonso, *La base lingüística del español americano*, en *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos*, Madrid, 1953, págs. 15-16).

Conviene agregar que, en una nota, Amado Alonso anuncia aportes de su colaborador Peter Boyd-Bowman sobre estadísticas de conquistadores y colonizadores. Finalmente, señala que PHU alentaba, en sus últimos años, la revisión de su tesis, si bien no nos da mayores detalles. (Id., págs. 48-49).

11. Ver Guillermo L. Guitart, obra citada, págs. 19-20. Ver, también, la buena síntesis que del problema nos da Juan M. Lope Blanch en su libro sobre *El español de América*, Madrid, 1963, págs. 39-50. Presumiblemente, Lope Blanch apunta que, al publicar M. L. Wagner, en 1949, su libro

En los últimos cuarenta años, diferentes investigaciones han reaccionado contra la tesis del filólogo dominicano. Desde diversos ángulos y con diversidad de razones. Mencionaré particularmente los nombres de Peter Boyd-Bowman, Guillermo L. Guitarte, José Pedro Rona y Rafael Lapesa. (En todos los casos, con el respeto que merece la obra de PHU).

Como sabemos, Henríquez Ureña se había apoyado en antiguas listas de pasajeros a Indias para mostrar que en la conquista y colonización estuvieron españoles de diversas regiones de la península. Pues bien, Boyd-Bowman, apoyándose en listas mucho más nutridas que las del dominicano, reveló, a través de ellas, que entre 1493 y 1508, el 60% de los pasajeros a América eran andaluces. Y que el predominio andaluz se mantenía, poco después, en las mujeres españolas que pasaban el mar<sup>12</sup>. El aporte de Boyd-Bowman es significativo: no olvidemos que PHU hacía de las estadísticas (aun con las limitaciones apuntadas) un elemento innovador de su trabajo de investigación.

Por su parte, Guillermo L. Guitarte consideró que el problema del andalucismo de América era un pseudo problema. De manera especial, procura mostrar Guitarte que el respaldo que Don Pedro cree encontrar en Cuervo es más aparente que real. Y, en fin, que la verdadera explicación del "antandalucismo" que defiende Henríquez Ureña se comprende (aunque no se justifique) ligándolo, como ocurre también con el problema del mexicanismo de Alarcón, a la búsqueda de la "expresión americana", idea que tanto peso tiene en el pensamiento del maestro dominicano. Es importante reparar en este enlace, ya que Guitarte, aún rechazando la tesis de PHU, procura situarla en el marco coherente de una teoría general, y como elemento de una totalidad continental, diferenciadora y personalizadora<sup>13</sup>.

Sin ánimo de agotar el tema, diré, por último, que Rafael Lapesa, con el apoyo y aquilatamiento de la bibliografía acumulada, destaca en los comienzos del español de América, la significación del período antillano, con "un primer estrato de sociedad colonial andaluzada, que hubo de ser importantísimo para el ulterior desarrollo lingüístico de Hispanoamérica. Añádase que Sevilla y Cádiz monopolizaron durante los siglos XVI y XVII el comercio y relaciones con Indias"<sup>14</sup>. Como complemento, Lapesa no deja de

---

*Lingua e dialecti dell' America Spagnola*, se inclinaba ya hacia la tesis de PHU. En efecto, esta aseveración es fácil de comprobar (ver M.J. Wagner, obra citada, pág. 81).

12. Ver Peter Boyd-Bowman, *Regional Origins of the Earliest Colonists of America* (en PMLA, LXXI, Baltimore, 1958, págs. 1152-1172).

13. Guillermo L. Guitarte, *Cuervo, Henríquez Ureña y la polémica sobre el andalucismo de América* (en la revista *Vox Romanica*, XVII, 1958, págs. 363-416; reimpresión, con el título *Sobre el andalucismo en América*, en la revista *Thesaurus*, de Bogotá, 1959, XIV. Utilizo la separata de esta última: Bogotá, 1960, págs. 1-64).

14. Cf., Rafael Lapesa, *Historia de la lengua española*, ed. de Madrid, 1959, pág. 350; Id., *El andaluz y el español de América* (en PFLC, II, Madrid, 1964, págs. 173-182); José Pedro Rona, *Aspectos metodológicos de la dialectología hispanoamericana*, Madrid, 1958, pág. 32; Ramón Menéndez Pidal, *Sevilla frente a Madrid* (en *Estructuralismo e historia. Homenaje a André Martinet*, III, Madrid, 1962, págs. 99-165); De las Lincoln Canfield, *La Pronunciación del español*

reparar en el relieve que para la explicación del español de América tiene el español de las Islas Canarias, jalón y avanzada<sup>14</sup>.

### Conclusión

Repito que tanto en un caso como en otro (mexicanismo de Alarcón, antiandalucismo del español de América) Pedro Henríquez Ureña hizo de sus tesis, banderas que defendió hasta el final de su vida. Además, como es fácil mostrar (y se ha mostrado), las dos se encuentran íntimamente ligadas a su pensamiento esencial. Agreguemos, finalmente, que si hay alguna desigualdad en la atención que merecieron del autor, ello se debe —sospechamos— a la materia particular de cada tema, y no a desinterés u olvido de Don Pedro.

Ni el más entusiasta discípulo de PHU defendería hoy, con el mismo ardor del maestro, sus mismas conclusiones. Una vez más es justo reparar en el peso que suelen tener épocas y nuevos métodos. En fin, en la acumulación bibliográfica que, como corresponde, revela debilidades no vistas en los comienzos, o, simplemente, que, con datos inéditos, amplía con nuevas luces lo que parecía ya agotado.

Mucho de esto es lo que ha sucedido con los planteos de PHU acerca del mexicanismo de Alarcón y acerca del antiandalucismo del español de América. Sobre estos problemas nos dio, en su momento, tesis novedosas, tesis que hoy, sin embargo, resultan insuficientes o no corresponden a sus desvelos. Hecha esta declaración, cabe la pregunta: ¿las páginas que PHU dedicó al tema aparecen en nuestros días olvidables o totalmente superadas? Sin la pretensión de sentar una defensa de tipo sentimental, creo yo que se puede tentar alguna justificación. No es sólo el homenaje al autor, sino también el homenaje a una idea (o ideas) que el autor convirtió en puntos altos de su pensamiento.

En el caso del mexicanismo de Alarcón, repito —una vez más— que Don Pedro enunció, más que desarrolló a fondo, su tesis. Pero también sigo pensando que no se trata de un problema terminado o de un seudo problema

---

en América (ver *Orígenes del español americano*, Bogotá, 1962, págs. 65-74); Tomás Navarro, prólogo a la obra de D.L. Canfield, págs. 7-18.

15. En los últimos años han aparecido una serie de estudios vinculados al español de las Islas Canarias y, no menos, al atractivo tema de la repercusión de los canarismos en América (en ocasiones, como vehículo de andalucismos). Claro que la importancia de las Islas Canarias, en este sentido, es sobre todo perceptible en el siglo XVIII. Ver, al respecto, J. Pérez Vidal, *Aportación de Canarias a la población de América* (en *Anuario de Estudios Canarios*, I, 1955, págs. 91-197); Diego Catalán, *Genesis del español atlántico. Ondas varias a través del Océano* (en el *Seminario de Filología Románica*, Rio de Janeiro, 1959, págs. 231-242); Manuel Alvar, *El español hablado en Tenerife*, Madrid, 1969; Manuel Álvarez Nazario, *La herencia lingüística de Canarias en Puerto Rico*, San Juan de Puerto Rico, 1972; Manuel Alvar, prólogo al libro de M. Álvarez Nazario; Nicolás del Castillo Mathieu, reseña del libro de M. Álvarez Nazario, con especial referencia a los canarismos en Colombia (en *Thesaurus*, Bogotá, 1976, XXXI, págs. 573-577).

Cabe agregar que no se ha hecho aún un estudio detallado sobre los canarismos en el Rio de la Plata. El trabajo promete visible gratificación.

(como pretende Alatorre). Eso sí, es hora de superar el simple comentario o acotación, detenidos en la palabra de PHU. Tampoco creo que esté totalmente agotado este filón de los "nacionalismos" literarios, aun con las dificultades que envuelve la caracterización del México colonial.

Volviendo a PHU, y a propósito de "nacionalismos" más o menos fundados, es oportuno recordar las líneas generales que vertebran la obra total del maestro dominicano. Y no sólo eso: me parece importante destacar la posible relación que en el planteo inicial de 1913 tuvieron las ideas americanistas de su admirado Rodó. Voy aún más lejos, al afirmar que el conocimiento del ensayista uruguayo ilumina más de una raíz importante de las ideas continentales de Don Pedro.

En el caso del problema "andalucismo-antiandalucismo" hemos avanzado lo suficiente como para mirar en la lejanía los estudios de PHU, pero también sería injusto borrar del todo las palabras de elogio que, en su momento, le dirigía Amado Alonso.

Ya está dilucidado el curioso caso de espejismo que Rufino J. Cuervo significó para Henríquez Ureña. Con todo, conviene reparar en que él, Don Pedro, abrió nuevos caminos, aparte de conceder al problema la complejidad que realmente tiene. Posiblemente, su mayor error, como reacción contra el andalucismo aceptado tradicionalmente, fue el pretender encerrar el problema en la dicotomía "andalucismo-antiandalucismo", y, de esta manera, limitar a su vez el campo.

En otro nivel, es también pertinente establecer el adecuado enlace entre la teoría particular y el pensamiento general que vertebra la teoría de la "expresión americana". Si el maestro dominicano hizo del continente (esto es tan ostensible) su tema por excelencia, si a esa meta ofreció sus mejores afanes y recogió de ella logros visibles, no creo que haya desdoro en señalar también que, en ocasiones, su entusiasmo "americanista" se extremó peligrosamente, y que es posible que le haya hecho ver lo que el continente no tenía. Curioso: en recordados párrafos de sus *Seis ensayos...*, al referirse a las rémoras que debilitaban obras críticas dedicadas a América, no sospechó —imaginamos— que podían rozarle sus propias censuras. Eso sí, muy tangencialmente...

En conclusión, es de rigor cerrar este capítulo reiterando que si aquí, en problemas como el del mexicanismo de Alarcón y el del andalucismo del español de América no está lo más perdurable y feliz de su obra, no por eso tales ofrendas constituyen hoy un material gratuito. Recordemos que, sin ir muy lejos, las estadísticas de Boyd-Bowman siguieron básicamente (eso, sí, para corregirlo) el camino trazado por PHU. Y en lo que se toca al igualmente debatido tema del dramaturgo mexicano, me parece que aguarda aún, por su parte, un enfoque más minucioso y sutil que los tentados. No se trata, concluyo, de defender causas muertas, sino de partir de cero defender lo rescatable (que algo hay) y acudir a nuevas explicaciones en este útil problema de los perfiles raciales...

## HENRIQUEZ UREÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS

El peso considerable que dentro de la obra total de Pedro Henríquez Ureña tienen sus escritos sobre Hispanoamérica lo obligó a pensar, también, en la posibilidad de estudios confrontadores entre las vastas unidades que conforman la "Cuatro Américas". De manera especial, la América Hispánica (nombre por él defendido en sus últimos años) como confluencia, más cercana, de las Américas españolas y portuguesa. Y en menor grado pero no con menor significación, la obligada referencia a los Estados Unidos<sup>1</sup>. En este último caso, es conveniente decir que, si bien no dedicó al tema una producción nutrida, Don Pedro alcanzó a dejar numerosas acotaciones circunstanciales, escritas en las etapas pasadas en el país del norte. A ellas, y con letras de mayor relieve, hay que agregar, por lo menos, dos estudios de cierta importancia y de distinto contenido. Me refiero, por un lado, al artículo dedicado al *Ariel* de Rodó, y, por otro, al que escribió posteriormente sobre un lapso de la literatura norteamericana (*Veinte años de literatura en los Estados Unidos*).

Destaco, en principio, como algo evidente la importancia de estos dos estudios, que ofrecen asimismo la particularidad de corresponder a momentos no cercanos en la vida de Pedro Henríquez Ureña, ya que uno es de 1904 y otro de 1927. No cercanos, aunque —como vemos— tampoco muy alejados. Y los dos responden a incitaciones diferentes, si bien ligadas, en lo fundamental, al amplio tema que desde hace muchos años configuran los Estados Unidos. Son, en fin, dos estudios orientadores y rotundos, que no pueden eludirse si se pretende ahundar en nuestro autor<sup>2</sup>.

---

1. Sobre este tema es justo dudar el valor del libro de Alfredo A. Raggianno, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos* (México, 1961).

2. Raggianno destaca también, al final de su ensayo introductorio, los artículos sobre el *Ariel* de Rodó y sobre *Veinte años de literatura en los Estados Unidos*. (Ver obra citada, págs. I, XXXVII-XCIII).

Hecha esta necesaria aclaración, cabe considerar que la relación *Pedro Henríquez Ureña/ Estados Unidos* debe completarse, tal como anticipé, con todo aquello que, dentro de su obra, se liga al país del norte. Incluidos claro, los dos artículos citados. Considerando, pues, en conjunto, los escritos de Pedro Henríquez Ureña, vemos que el material que aquí nos interesa puede dividirse en dos grupos principales: a) el que enfoca o toca la vinculación (encuentros y desencuentros) entre los Estados Unidos y los países del sur; y b) el que, fuera ya de este tópico, se ocupa directamente de los Estados Unidos (sobre todo, de su literatura).

#### a) *Relaciones (encuentros y desencuentros)*

En el primer grupo, conviene destacar algunas páginas de Don Pedro. Páginas que nos dan, en mucho, sus ideas principales sobre el tema y que es raro ver reiteradas en otros lugares. Por eso, me parece adecuado reparar en artículos como el titulado *La cultura y los peligros de la especialidad*, y, por descontado, en el temprano artículo sobre *Rodó*. En lugar aparte, los testimonios escritos por Don Pedro durante su etapa de Minnesota, en los que comenta la situación de Santo Domingo, su patria, las relaciones entre los Estados Unidos y Santo Domingo, la doctrina Monroe, etc. Veamos algunos párrafos reveladores:

"No es de ahora la admiración de los pueblos hispanoamericanos ante el desarrollo de la instrucción pública en los Estados Unidos. Sarmiento, tal vez antes que nadie. Hostos después —entre otros— hallaron en el pueblo norteamericano parte de las inspiraciones que los guiaron en sus campañas pedagógicas...

Hoy, en los comienzos del nuevo siglo, iguales lecciones nos dan los Estados Unidos. Pero ya no tienen ellas la importancia de otro tiempo: porque, en mayor o menor grado, todas las naciones han adoptado el principio de la educación democrática... "(*La cultura y los peligros de la especialidad*)"

"Es generalmente conocida la especial situación, de vigilancia y dominio norteamericanos, a que están sometidas las aduanas de Santo Domingo desde el tratado o "Convención" de 1907. Roosevelt se enorgullecía de esta obra de su gobierno. Los políticos republicanos la citaban como ejemplo del bienhechor influjo de los Estados Unidos en el Mar Caribe, y le atribuían misteriosas virtudes pacificadoras. De 1912 para acá, sin embargo, hubo que atenuar el elogio de esas virtudes..." (E.P. Garduño, *Hacienda y Diplomacia*)"

---

3. Ver, *La Unión Hispanoamericana*, de Madrid, 11 de febrero de 1920, págs. 28-30; *La Reforma Social*, de Nueva York, marzo de 1920; y *Nosotros*, XI, 11, No. 160 de Buenos Aires, setiembre, 1922, págs. 47-54.

4. Ver *Heraldo de Cuba*, de La Habana, 28 de noviembre, de 1914. (Cit. por A.A. Roggiaro, págs. 3-4).



**"El Mar Caribe es el punto principal de aplicación de la Doctrina Monroe. La Doctrina, tal como se concibe hoy, se aplica realmente hasta la línea ecuatorial; al sur apenas tiene aplicación..."** (Puntos de una conferencia dada ante el Club de Relaciones Internacionales de la Universidad de Minnesota)<sup>5</sup>

Indudablemente, el estudio más importante que Pedro Henríquez Ureña dedicó al problema de las relaciones entre el norte y el sur del continente corresponde al artículo originado en el *Ariel* de Rodó. Aun coincidiendo con diversas apreciaciones del admirado autor uruguayo, Don Pedro corrige o muestra discrepancias ocasionales. Mejor dicho, ve aspectos negativos y positivos en la influencia norteamericana. Aspectos que aparecen como dos fuerzas contrapuestas e igualmente vigorosas. Entre los aspectos negativos, señala el orgullo anglosajón (base de la tendencia imperialista), la moralidad puritana y los prejuicios de raza y secta, por un lado; por otro, el espíritu aventurero, "origen del comercialismo inescrupuloso y del sensacionismo invasor y vulgarizador". Entre los aspectos positivos, destaca la corriente sólida, que muchos sustentan, de ideales de perfeccionamiento humano, centrado en el bien *moral* y con meta en la dignificación de la vida colectiva. Ve como sostenedores de esta corriente a políticos, periodistas y, sobre todo, escritores (como Howells y Edith Wharton), artistas (como Whistler y Sargent) y científicos (como Giddings y Ward).

Los nombres propios que da Henríquez Ureña procuran contraponerse al vacío que encuentra Rodó. No cabe duda de que el dominicano conocía mejor que el autor uruguayo el movimiento artístico del país del norte. Pero esto no invalida, por supuesto, el libro de Rodó, defensa escrita en el sur del continente y, por eso mismo, con injusticias que provienen de actitudes radicales. Su justificación estaba en su carácter y símbolo, más que en una total fundamentación<sup>6</sup>. Y, sin tanta ambición, también se justificaba el breve ensayo de Henríquez Ureña, que puede leerse como válido complemento (y, en parte, como rectificación)<sup>7</sup>.

Con posterioridad, Henríquez Ureña tuvo ocasión de reiterar, fuera ya de alusiones a Rodó, algunos de estos juicios. Fundamentalmente, al ocuparse de la política de los Estados Unidos en el Caribe y, sobre todo, en su patria, Santo Domingo. También, aunque en menor proporción, cuando defendió

5. Publicado en *El Herald de la Raza*, I, No. 9, de México, 15 de marzo, de 1922. (Cit. por A.A. Roggiano pág. 200).

6. Cf. con páginas anteriores de Lugones, publicadas en la *Revue Sud-Américaine*, de París. (Ver E. Canlla, *La revista de Lugones*, Bogotá, 1974, separata de *Thesaurus*, XXIX, 1974).

7. Algo semejante podemos decir de conocidas poetas de París que aparecieron en sus famosos *Cantos de vida y esperanza* (Madrid, 1903).

7. El artículo de Pedro Henríquez Ureña se titula "Ariel". *La obra de José Enrique Rodó*. Está fechado el 31 de diciembre de 1904 y se publicó en la revista *Cuba literaria*, de Santiago de Cuba, el 12 de enero de 1905. Mayor difusión alcanzó al incluirlo el autor en sus *Ensayos críticos* (La Habana, 1906).

aspectos de la enseñanza en los países del sur, contraponiéndolos a los que había observado en el norte, y las ventajas no las ve precisamente en los Estados Unidos. Pueden servir de ejemplo los artículos titulados *La cultura y los peligros de la especialidad* (ya mencionado) y *Las Universidades como instituciones de derecho público*<sup>8</sup>.

#### b) Los Estados Unidos y su literatura

En este segundo grupo, destacó una vez más, que si bien no nos dejó obras extensas ni nutridas, nos dejó, en cambio, un artículo tan bien armado como el que escribió para un número especial de la revista *Nosotros* y que tituló *Veinte años de literatura en los Estados Unidos* (1907-1927).

Debe considerarse a este artículo, por más de un motivo, un ensayo ejemplar. Sobre todo, si atendemos a la época en que apareció y a lo que de la literatura de los Estados Unidos se difundía en el mundo hispánico. De manera especial, también, por el conocimiento de primera mano que revela, el rigor del método y la serenidad de los juicios. Verdad que cuesta encontrar antes de este ensayo un estudio sobre la literatura del país del norte escrito con tanta sabiduría y medida.

En lo fundamental, señala la transformación de la literatura norteamericana entre 1910 y 1915, al mismo tiempo que subraya la significación de determinados autores, en el ensayo (H.L. Mencken, W. Frank); en la novela, con distinción entre los novelistas intuitivos (como S. Anderson y John Dos Passos) y los imaginativos (como Theodore Dreiser); en el teatro (con autores como E.O'Neill); en la lírica, con diversas tendencias y regiones poéticas (y destacando autores como Robert Frost, Edgar Lee Masters, Vachel Lindsay y Carl Sandburg)...<sup>9</sup>

El ensayo de Pedro Henríquez Ureña es también ejemplar por otro motivo. Él se había referido (y su razón tenía) a la influencia persistente de los Estados Unidos en los países del Caribe. Más hacia el sur, si bien esa influencia era de sobra conocida, no despertaba, explicablemente, tanto recelo. Eso sí, aún seguían repitiéndose en el Sur párrafos de Rodó. Y, como ocurre a menudo, se negaba en bulto o se despreciaba lo que realmente no se conocía. Por eso, el comprensivo ensayo de Henríquez Ureña ofrecía más de

8. Ver A. A. Ruggiano, obra citada, págs. 190-196 y 171-175.

9. Pedro Henríquez Ureña, *Veinte años de literatura en los Estados Unidos* en la revista *Nosotros*, año XXI, tomo I-VII, Buenos Aires, 1927, págs. 354-371; reproducido en *Putria*, de Santo Domingo, 26. V; 2, 16, 23 y 30, VI; y 7, VII, 1928, y en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1928, con el título general de *Panorama de la ntra América*.

Henríquez Ureña destacaba como característica importante de aquella literatura, hacia 1920, la discusión de la realidad nacional. Y los aspectos que señala coinciden en buena medida con los que el propio Don Pedro había señalado en 1904:

"Se discute todo con tremenda energía en revistas y libros: desde la religión y la ética de los puritanos abuelos hasta el gusto artístico del moderno "comerciante fatigado", desde el imperialismo que saquea y ofende a la América Latina hasta la tiranía mercantil que desmoraliza las Universidades..."

un descubrimiento. Subrayaba nombres importantes, o que lo fueron después, y que, tal como el crítico anticipaba al comienzo de ese ensayo, permitían hablar de una nueva y fundamental época en la literatura de los Estados Unidos.

No fue esta la única vez en que Don Pedro se refirió, de manera particular, a las letras (o a la cumbre) del país del Norte, sin embargo, en ninguna otra ocasión produjo, sobre el mismo tema, una obra tan plena y "descubridora". Hasta podemos considerar, con valor de realce, el hecho de que otros críticos hispanicos siguieron de inmediato su ejemplo.

A manera de conclusión, quiero reiterar, una vez más, que este sector de su obra no aparece ni muy nutrido ni muy ambicioso. Con todo, es justo reconocer que completa, de manera cabal, su "visión" de América. Pedro Henríquez Ureña se coloca, claro, en una de las "Américas", pero su visión pretende ser totalizada, integral. Dentro de lo arduo de la empresa (es tarea difícil el intento de ahondar en tanta diversidad de regiones y lenguas) es justo decir que los Estados Unidos aparecen en sus escritos con imparcial presencia<sup>10</sup>. También, que en esa presencia no se superponen motivos o resentimientos patrióticos. En fin, que este sector, aunque de desarrollo limitado, contribuye a apoyar mejor su concepción del americanismo. Reiteramos: el tema fundamental en la obra de Pedro Henríquez Ureña<sup>11</sup>.

---

10. Podrá argüirse que en el cuadro falta el Canadá (o que apenas asoma). Como su transcendencia literaria no puede compararse a la de los Estados Unidos, su omisión resulta aquí menos grave. En fin, hubiera sido labor casi sobrehumana el pretender abarcar, dentro de cierto nivel, todo el continente...

11. Aunque como simple referencia, agreguemos, para completar el cuadro, las *Memorias* (de las que conozco las partes publicadas en el libro de A. A. Rogniano). Por último, las frecuentes menciones a los Estados Unidos en sus obras dedicadas a las letras de la América Hispánica. De manera especial su libro sobre las *Literary Currents*... La abundancia puede explicarse por el hecho de que su redacción corresponde, como es bien sabido, a las conferencias de Harvard. Es decir, teniendo en cuenta a sus alumnos norteamericanos.

## LA ELABORACION DE LAS GRANDES SINTESIS

### *La elaboración de las grandes síntesis*

Sonia Henríquez Ureña de Hlito escribió en unas páginas evocativas, que se refieren a la etapa final de su padre en la Argentina, los siguientes párrafos:

"Vivió feliz en este país, al que quiso tanto... Desgraciadamente, su tarea diaria fue abrumadora, y le quedaba muy poco tiempo para su labor personal. Su obra hubiera sido mucho mayor de haber podido despreocuparse, en cierta medida, de los problemas diarios. La prueba es el fruto que dejó su viaje a los Estados Unidos, cuando fue invitado por la Universidad de Harvard, en 1940-41, para ocupar la Cátedra Elliot Norton. Esos nueve meses, libres de preocupaciones, dieron como resultado su libro *Las corrientes literarias en la América Hispánica...*"<sup>1</sup>

En general, la primera parte del comentario me parece exacta. Don Pedro hubiera podido dejar una obra más nutrida si no hubiera tenido que atender a múltiples actividades, centradas sobre todo en dos líneas que dan noción

---

1. Ver Sonia Henríquez Ureña de Hlito, *Henríquez Ureña, mi padre* (en *Revista de la Universidad de La Plata*, La Plata, setiembre-diciembre, 1960, reproducido en ECA, *Pedro Henríquez Ureña*, Buenos Aires, 1967, pág. 198). Cf. también con el párrafo de una carta de Pedro Henríquez Ureña, de 1944:

"Estoy tan ocupado en mil cosas, que no he podido darle los toques finales a una colección de ensayos sobre cosas de la América colonial (todo viejo y ya publicado en periódicos) que quiero dar en Lonada..." (Carta a Emilio Rodríguez Demorizi, fechada en Buenos Aires, el 25 de noviembre de 1944. USD, *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*, Santo Domingo, 1947, pág. 58).

de buena parte de su vida: las tareas docentes y las tareas editoriales. Las tareas docentes, repartidas entre La Plata y Buenos Aires; las editoriales, especialmente en la Editorial Losada.

Quiero, sin embargo, referirme mejor al final del párrafo, donde establece la diferencia con el viaje a Harvard en el año académico 1940-1941, nueve meses que le permiten, dice, la elaboración de una obra orgánica del calibre de *Las corrientes literarias en la América Hispánica*.

A propósito de esto, la elemental pregunta que cabe es la siguiente: ¿Puede decirse, en rigor, que una obra como *Las corrientes literarias* se elaboró en nueve meses? Aun admitiendo que quiera referirse a la "redacción", estoy en condiciones de afirmar que ya antes tenía la idea de una obra semejante y que la invitación de Harvard fue, sí, el compromiso final. Aún más, deseo subrayar, como cosa muy evidente, que ese libro es obra que condensa muchos años sobre el tema. O, si preferimos, que es obra que comienza, en realidad, muchos años antes, ya perfilado el motivo fundamental de sus escritos, en relación al continente<sup>2</sup>.

De esta manera, *Las corrientes literarias...* es el final de un largo proceso que alcanza su meta —adivinamos— en el momento oportuno. Es decir, cuando casi una vida dedicada al tema lo obligan a concretar finalmente esta obra de síntesis y larga sedimentación<sup>3</sup>.

Confirmación rotunda a lo que decimos es el hecho de que, en forma casi paralela a *Las corrientes literarias...*, en parte como consecuencia, en parte como obligado complemento, Pedro Henríquez Ureña elabora su *Historia de la cultura en la América Hispánica*, obra que, como sabemos, se publicó como obra póstuma en 1947.

---

2. Según Emilio Rodríguez Demorizi, el P. Alfonso Recudero, en un artículo de 1931, *Acercas de Pedro Henríquez Ureña* (en *Ateneo*, Santiago de Chile, 1931) se refiere a un "proyecto de Pedro Henríquez Ureña de escribir una *Historia de la literatura hispanoamericana*". (Ver E. Rodríguez Demorizi, *Bibliografía de Pedro Henríquez Ureña en Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*, ed. citada, pág. 82).

Rafael Alberto Arrieta ha recordado que Don Pedro le propuso la preparación conjunta de una *Antología de la poesía hispanoamericana*, antología que comenzaron a trabajar sobre un plan de Pedro Henríquez Ureña. Agregaba que, con motivo del viaje a Santo Domingo, en 1931, la obra quedó interrumpida para siempre. Pero, no menos, Arrieta recuerda igualmente, como trabajo que Don Pedro inició mucho antes del viaje a Massachusetts, una historia de la literatura hispanoamericana ("...su siempre añorada historia de la literatura hispanoamericana...").

Lo que resulta evidente es que esa "historia" la estaba elaborando lentamente en monografías y notas, y a lo largo de muchos años. Reparando en sus conferencias en la cátedra Charles E. Norton, es fácil mostrar que muchos de sus párrafos nacieron en sus cursos argentinos: los del Instituto del Profesorado Secundario de Buenos Aires y los de las Universidades de La Plata y Buenos Aires. Admitimos, sí, que esas conferencias lo urgieron a darle forma final de libro, aun con algunas limitaciones determinadas por el público al cual se dirigía (si bien, lo de "limitaciones" no debe entenderse aquí en un sentido muy riguroso).

3. El proceso es semejante al de multitud de obras.

Sin ánimo comparativo, por su supuesto, cabe aquí la mención de algunos ejemplos célebres. Freud escribió en pocos días su *Elogio de la locura*. Ahora bien, ¿podemos decir, realmente, que la obra fue escrita en pocos días, y no en muchos años? Esto último es lo que se revela en la obra, más allá de la redacción material del libro y de su aparente brevedad. En otra dirección, comedias de Lope de Vega (aceptamos declaraciones del autor) escritas en un día...

Precisamente, esta última obra, sin relación inmediata a cursos (si bien cerca, en diversos aspectos, a *Las corrientes literarias...*), muestra que correspondía, de manera semejante, al final de un proceso de decantación. Itinerario comenzado medio siglo atrás<sup>4</sup>, enriquecido con múltiples experiencias vividas, notable número de lecturas y muchas horas dedicadas a pensar en "su" continente.

Sospecho que la muerte impidió que Don Pedro diera un último toque a su *Historia de la cultura*, aunque esto no significa afirmar que la obra haya llegado hasta nosotros incompleta. Por el contrario, es obra maciza y, claro, plenamente justificada, donde se extrema, si cabe, el gran poder de síntesis y sedimentación que tanto caracteriza a diversos estudios suyos. En fin, lo que quiero puntualizar en definitiva es que estas dos importantes obras que se titulan *Literary currents in Hispanic America* e *Historia de la cultura en la América Hispánica* son obras "escritas" en pocos meses, pero "elaboradas" en muchos años<sup>5</sup>.

Aunque sea fácil la relación, un anticipo básico de estos trabajos está en un importante libro de 1928: sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. En relación a sus proyecciones conviene que nos detengamos en las principales ideas que allí defendió Pedro Henríquez Ureña. De manera especial, los ensayos iniciales del libro (*El descontento y la promesa, Caminos de nuestra historia literaria*) proponen su "fórmula" de americanismo. Como corresponde, Pedro Henríquez Ureña pasa antes revista a otras tesis defendidas (la paisajista, la indigenista, la criollista, la hispanista). En rigor, lo que pretende es, por descontado, superarlas. Pero no pretendo aquí repetir los párrafos que he dedicado a los *Seis ensayos...*, y si insistir en el carácter de centro irradiador que atribuyo a este libro capital de su bibliografía<sup>6</sup>.

Volviendo ahora a *Las corrientes literarias...*, el propio Don Pedro nos dice en su prólogo que las conferencias de Harvard se anunciaron con el

---

4. Véase un temprano testimonio, de 1904:

"...junto es interrogar, con el ilustre cubano Sanguily: ¿Cuáles son los ideales cuya conservación debemos principalmente atender? Somos españoles, pero antes americanos, y junto con la herencia insustituible de la tradición gloriosa hemos de mantener la idea fundamental, no heredada, de nuestra constitución, la que alienta aún en nuestras más decedidas repúblicas: la concepción moderna de la democracia, base de las evoluciones del futuro."

Las cualidades inherentes a nuestro genio personal —no menos reales porque aún no se hayan fijado en un todo homogéneo— no desaparecerán con la juiciosa y menudada adaptación de nuestras sociedades a la forma del progreso, hoy momentáneamente teutónica" (Pedro Henríquez Ureña, *Ariel*, en *Ensayos críticos*, ed. citada).

5. Con respecto a su último libro, dice su hermano Max:

"Estaba escribiendo una nueva obra: *Historia de la cultura en la América Hispánica*, que terminó tres días antes de que lo sorprendiera la muerte". (Max Henríquez Ureña, *Hermano y maestro*, Santo Domingo, 1960, pág. 1.).

Sólo cabría agregar que esta *Historia*, terminada en sus líneas fundamentales, hubiera podido tener mayor desarrollo en algunos puntos en caso de una mayor vida de Don Pedro (Y no me refiero, claro, a las páginas finales...).

6. Cf. Pedro Henríquez Ureña, *Orientaciones (El descontento y la promesa y Caminos de nuestra historia literaria...)* en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, ed. citada, págs. 11-51.

título de "En busca de nuestra expresión", claro enlace con la obra de 1928<sup>7</sup>. Los años que median entre esta fecha y 1940, son, claro, de continuo enriquecimiento, y hasta podemos sospechar que ya en 1928, si no antes, alentaba en él la idea de libros como *Las corrientes literarias* y la *Historia de la cultura*, libros que llegaron, finalmente, en momentos de plenitud. La diferencia mayor se marca entre los ensayos (teoría, bosquejo, "ensayo" propiamente dicho) y las obras orgánicas, modulares, que, al cabo de los años, aparecen como concreción de aquellas reflexiones publicadas en la década del 20.

### *Historia de la cultura en la América Hispánica*

En primer lugar, creo que resultará de utilidad comenzar con un breve análisis de los contenidos del título. Y no resulta descaminado detenernos inicialmente en el nombre geográfico.

Aunque sea ya redundante, conviene hacer hincapié en lo que significa el nombre de América en la vida y obra de Pedro Henríquez Ureña. Como a muchos otros, también a él le preocupó el problema de los nombres del continente. Continente y regiones. Por supuesto, no como un simple catálogo externo, sino en relación a significados, afinidades y diferencias. Y con variedad de perspectivas.

Recorriendo sus obras a partir de un comienzo perceptible, se nota como el ahondamiento le va señalando las preferencias en la particular nomenclatura.

Sin ánimo de agotar los nombres que Pedro Henríquez Ureña usa, es fácil señalar títulos orientadores, tanto en relación a una totalidad, como en relación a las partes. Y, sobre todo, en relación a la "América" en la que Don Pedro se coloca. Registro fechas, nombres y obras: 1908, *América Latina* (traducción de un estudio de Francisco García Calderón); 1913, "Nuestra América" (en un estudio sobre Rodó repite la frase acuñada por Martí); 1915, *Estados Unidos* (en el artículo *España y los Estados Unidos*); *Estados Unidos y América Latina* en el artículo *El castigo de la intolerancia*; *América Española* (en el estudio *La filosofía de la América Española*); 1921, *América Española* (en el artículo *En defensa de la R.F.E.*); 1930, *América Latina* (en un artículo de la revista *Monterrey*, de Alfonso Reyes); 1935, "Latinoamericana" (a propósito de una colección de la Biblioteca de la Universidad de La Plata); 1935, *Nuevo Mundo* (en un artículo de *La Nación*, 8 de diciembre); 1941, "Las Américas" (en un artículo de *Sur*); 1945, *Hispanic America*, o *América Hispánica* (en sus *Literary Currents...*)

A partir de un momento dado muestra especial preferencia por el nombre "América Española" o "La América Española"; sobre todo, después de 1915 y hasta el final de su vida. Raras veces utilizó el adjetivo "americano" como

---

7. Esto determinó también, en un primer momento, un equívoco. Ver *Notas norteamericanas* (en *La Nación*, de Buenos Aires, 12 de agosto de 1946) donde se dice, erróneamente, que la obra *Literary currents...* es la versión inglesa de los *Seis ensayos...*

equivalente a estadounidense, si bien, cosa curiosa, vemos eso en páginas de sus *Memorias*<sup>6</sup>. Por último, ya hacia el final de su vida, el deseo de imponer el nombre de "América Hispánica", por sobre el más corriente de "América Latina"<sup>7</sup>.

Pasemos ahora al concepto de *historia*. Buena parte de la obra de Pedro Henríquez Ureña es obra histórica, aunque no siempre figurara esa aclaración en los títulos. La historia solía dividirse entre el estudio orgánico, centrado en una época, en una disciplina, un género, un tema y, por otra parte, la indagación sobre un autor, una obra. Pero, a su vez, este aparente predominio no cortaba posibilidades al enfoque del presente. Resalta tal perspectiva, por ejemplo, en los artículos que escribió entre los años 1914-1916, sobre el candente problema de la intervención de Estados Unidos en Santo Domingo. En fin, un sector especial, bien nítido, que enlaza el pasado con el presente. O, mejor, que explica o encuentra precedentes del momento actual en el pasado.

Detengámonos en este último grupo ya que nos da, en mucho, la concepción de la historia en Pedro Henríquez Ureña. El pasado como raíz del presente. Conocer nuestra historia es conocernos, para mantener paradigmas y tradiciones valaderas y, en otra línea, desechar lo vulnerable. En relación a su labor de estudioso, aspiró a fijar noticias sin ideas a priori ni prejuicios. Aceptó estudios e interpretaciones anteriores fundadas, y aspiró a avances en terrenos donde, en realidad, había (y hay) mucho por hacer.

En los aportes de Pedro Henríquez Ureña se nota un juego bastante flexible entre la monografía erudita y la obra general, de información y divulgación. Mejor dicho, la segunda es, gran parte, consecuencia de la primera: reunión homogénea de datos fundamentales y, en especial, de sus propias investigaciones. A veces, con eliminación de detalles y fuentes bibliográficas respaldadoras, aunque no cuesta mucho descubrirlas como soportes de las noticias.

Como Pedro Henríquez Ureña partía de una formación humanística y de una información de tipo universal bastante amplia, su visión de América es serena, equilibrada. Nada más alejado de Don Pedro que esas obras "nacionales", apologéticas, donde el valor fundamental está determinado por la relación entre el lugar o el país y el autor. Esto no significa, en contraposición, un cuadro pesimista. Si Pedro Henríquez Ureña alentó desde sus primeros estudios la idea de no exagerar valores americanos, también

---

6 Citado por Alfredo A. Ruggiano, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, págs. XII y XXVIII.

7.

"Mi primera intención fue limitarme en estas conferencias a la literatura de la América hispánica (nombre que me parece más satisfactorio que el de "América Latina")..." (Pedro Henríquez Ureña, *Introducción a Los corrientes literarias en la América Hispánica*, traducción de Joaquín Díaz-Canedo, México, 1949, pág. 7).



alentó el deseo de mostrar al mundo rasgos positivos del continente<sup>10</sup>. En especial, de la América Hispánica, en cuya órbita, por supuesto, se coloca. De ahí, estudios como *La América Española y su originalidad*, Barroco de América y tantos otros; de ahí, libros como las *Corrientes literarias...* y la *Historia de la cultura en la América Hispánica*.

Como ocurre a menudo cuando nos enfrentamos con la obra de Pedro Henríquez Ureña, sus principales contribuciones al mejor conocimiento del continente no se apoyan en doctrinas o métodos espectaculares; en este sentido, no creó ningún tratado llamativo. A lo más, podemos destacar por las dimensiones del problema y lo controvertido del tema, su tesis del mexicanismo de Alarcón y su rechazo del andalucismo original en el español de América. En fin, por el carácter y proyecciones, subrayo la significación de su teoría del americanismo literario enunciada en sus *Seis ensayos* y de la cual ya me he ocupado.

Después de lo dicho, reitero que su mayor y continuado esfuerzo está, no en teorías deslumbrantes, sino en ahondamientos y precisiones, en noticias e incitaciones que nos dejó en los múltiples temas estudiados. Su esfuerzo se centró —lo hemos visto— en la lengua y las letras, pero, en consonancia con un ideal integrador de valores culturales, sus aportes superan holgadamente esas disciplinas. Historia, sociología, música, artes plásticas, historia de la ciencia, son también disciplinas que, en el ámbito americano, mucho deben a su labor. Pasemos ahora a la noción de cultura. Lo mismo que hemos dicho al hacer consideraciones generales sobre Pedro Henríquez Ureña y la historia se puede repetir al examinar su concepto de cultura. De nuevo, notamos aquí que sus ideas al respecto no persiguen tanto un método o planteo llamativo como un buceo en profundidad y una indagación individualizadora.

Precisamente, de sus diversos estudios deducimos que su concepción no se diferencia mayormente de sistematizaciones conocidas y frecuentemente aplicadas. A veces, nos habla de cultura, a veces de civilización<sup>11</sup>, y los

---

10. Paralelamente, igual intento lo vemos en relación a España. Lo muestran diversas obras suyas y, de manera especial, su estudio *España en la cultura moderna* (publicado primero en *La Nación* de Buenos Aires, el 10 de noviembre de 1935, y reproducido posteriormente en el libro *Plenitud de España*, 1ª ed., Buenos Aires, 1940). El estudio inicia el volumen como básica introducción. (Ver, más adelante, nota)

11. [Civilización]

"Ninguna nación tiene derecho a pretender civilizar a otra ¿Estamos seguros de que hay grados de civilización? ¿O son tipos, clases de civilización? Hay quienes dicen que es una fortuna que no se haya pretendido civilizar al indio de los Estados Unidos: así ha conservado su civilización propia, por ejemplo, su arte, que según un notable crítico, es el mejor arte que se produce en el país, mejor que el de Whistler, Homer y todos los pintores famosos (el crítico es Patch) ¿Pero están civilizados todos los Estados de la Unión? Si se pretende civilizar a Haití ¿por qué no civilizar al Estado de Georgia? ¿Y quién decide cuál país es civilizado y cuál no? Sólo la fuerza lo decide hasta ahora. .

El ideal de la civilización no es la unificación completa de todos los humbres y todos los países, sino la consideración de todas las diferencias dentro de una armonía". (Pedro Henríquez Ureña, *Puntos de la conferencia...* publicado en *El heraldo de la raza*, de México, t. No. 8, 15 de mayo de 1922)

casilleros engloban, sin muchas variantes, nombres y contenidos previsibles: estructura política y jurídica, sociedad, religión, instrucción pública, filosofía (y concepción del mundo y de la vida), lengua, literatura, artes plásticas, música, ciencias puras y ciencias de descripción o aplicadas, artes industriales, agricultura, ganadería, pesca, comercio.

Como ya hemos apuntado, hubo dos regiones a las cuales dedicó Pedro Henríquez Ureña la mayor parte de sus enfoques "culturales". Dos regiones o sectores vistos a veces separadamente y, con más frecuencia, en explicable relación: España e Hispanoamérica (con mayor extensión, América Hispánica). Y así, tanto a España como a la América Hispánica ofreció Don Pedro sendos estudios, de desigual contenido temporal, pero de estructura y sentido semejantes. Son los titulados *España en la cultura moderna* y, claro, *Historia de la cultura en la América Hispánica*.

Efectivamente, si reparamos en los aspectos examinados en su artículo, vemos que no hay diferencias mayores con el libro. Por supuesto, las diferencias aparecen en el hecho de que en su estudio dedicado a España, el crítico se ocupa, en rigor, de una época, Renacimiento (proyectada en buena parte hacia el futuro), y en su *Historia*, como obra de mayor amplitud, una serie general de épocas, desde los tiempos prehispánicos hasta el siglo XX<sup>12</sup>.

Deteniéndonos, ahora, en la *Historia de la cultura en la América Hispánica* observamos la adecuada presencia del mundo indígena. Para los conocedores de la obra de Pedro Henríquez Ureña esto no es ningún secreto. Quizás alguno pueda tacharlo (se lo ha tachado) de que no concede muchos párrafos a ese mundo. En realidad, lo que él pretendió no fue una desbordada apología indigenista ni, menos, un juicio rígido que concede todo a una parte en desmedro de otra u otras posibles (aquí, fundamentalmente, la tradición hispánica).

No, lo que Don Pedro pretendió, y logró en apreciable medida, fue darnos un equilibrado cuadro (con equilibrio no falsamente buscado) donde el indígena tiene su presencia y justificación. Con razones y fundamentos serios, y no con toques plañideros<sup>13</sup>.

#### [Cultura = civilización]

"Entre los pueblos que hablan alcanzado culturas medianas, sin llegar a constituir civilizaciones con grandes ciudades y estructuras políticas complejas, se cuentan los taínos, los araucanos..."

"Difícil es decidir cuántas civilizaciones hubo en México y de cuándo datan..."

"La civilización azteca heredó de las anteriores de México la arquitectura, con la característica pirámide..." (Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México, 1947, págs. 13, 15 y 21).

12. Sobre *España en la cultura moderna* digamos que con este título se publicó en el volumen *Plenitud de España* (1ª ed., Buenos Aires, 1940) Apareció por primera vez en *La Nación* de Buenos Aires (10 de noviembre de 1935) en el título de *España y el Renacimiento*.

Distingue allí entre ciencias de aplicación y descripción (geografía, mineralogía, zoología y botánica) y ciencias puras (matemáticas, álgebra, cosmografía, biología, física); filosofía, teología; música, estética; derecho; lenguas clásicas, lingüística; teoría literaria, literatura; artes plásticas, música y danza.

13. Escribió Pedro Henríquez Ureña en 1922:

De la misma manera, la historia de los tiempos coloniales procura, sin reticencias ni exageraciones, mostrar una particular organización a través de sus rasgos distintivos. Pedro Henríquez Ureña aspira, sobre todo, a subrayar raíces válidas; en especial, las que contribuyen, con sus más y sus menos, a perfilar el futuro de nuestros pueblos. Como es sabido, se da en Don Pedro el "amor" a España (como se dio también en Alfonso Reyes). Pero ese amor está lejos de las versiones idílicas de ciertos hispanistas, para quienes todo lo que se vincula a España merece elogios. No hace falta detenernos mucho para explicar que nuestro hombre no procede de ese modo.

De la misma manera, la visión de nuestro siglo XIX, que corresponde ya a la historia de la América Hispánica libre (con las pocas excepciones conocidas) tiene como meta poner claridad a una trayectoria trabajosa y a menudo confusa. Y de nuevo, su espíritu sereno logra una armónica síntesis al subrayar los elementos positivos en una época donde abundan los pasos en falso y la incertidumbre. Una vez más, no resulta difícil mostrar que Pedro Henríquez Ureña está lejos tanto de los que ven todo con un exagerado optimismo (sin fuerza respaldadora) como los negadores sistemáticos. Esto se debe a que pretendió menos imponer una idea, que deducir caracteres a través de un estudio desapasionado, coherente, lúcido de datos.

---

[FEU] "Después de 1865, terminada la Guerra Civil, el Oeste fue poblándose y extendiendo los indios del Nordeste. Hubo una excepción, sin embargo: no se trabajó seriamente por adaptar al indio a la civilización anglosajona, y acaso haya sido ventajosa la desidia: el indio no ha aprendido a fabricar máquinas, pero ha conservado su cultura autóctona y tradicional, sobre todo su música y sus artes plásticas, hondamente interesantes" (PHU, *La cultura y los peligros de la especialidad*, en la revista *Nosotros*, de Buenos Aires, 1922, XLII, No. 160, pág. 48).

Ver, también, PHU, *Puntos de la conferencia...*, publicados en *El heraldo de la raza*, de México, 1. No. 8, 16 de mayo de 1922.

## IDEAS E IDEALES

### CONCLUSION

#### *Ideas e ideales*

El, que tanto se ocupó del pasado, tiene también derecho —y, creo, con más fundamentos que otros— a ocuparse del futuro. Por supuesto, futuro donde dirigir sus propias convicciones e ideales. Ideales en parte expresados directamente ("En busca de nuestra expresión...") y, en parte, mostrados a través de una cantidad extraordinaria de estudios dedicados al tema de América.

Profecías y vaticinios están al alcance de todos. Reconozcamos, sin embargo, que conocimientos y sólida fundamentación permiten frutos más maduros. Así, Pedro Henríquez Ureña nos da su visión de futuro con el sostén vigoroso de toda una obra dedicada a este capital problema.

¿Cuáles son, pues, sus ideales? La respuesta puede construirse teniendo en cuenta, especialmente, las líneas sobre las cuales trazó su periodización de la cultura en la América Hispánica y, en forma paralela, con los rasgos que señaló como positivos, aunque ¡ay! no siempre duraderos o permanentes. Se podrá argüir que estas consideraciones escapan ya a la historia; que son deseos, aspiraciones... De acuerdo. Con todo, sin sobrepasar tal carácter, resulta justificado atender a las aspiraciones e ideales de los hombres que tienen derecho a que se los oiga.

En lo político, el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña se asienta en raíces liberales, con aportes posteriores. Defiende la democracia y las liber-

tades<sup>1</sup>. Pide respeto para los pueblos pequeños<sup>2</sup>. Señala su repudio a los totalitarismos y su rechazo del imperialismo<sup>3</sup>. Defiende la paz justa<sup>4</sup>.

En lo social, aboga por la necesidad de reformas sociales y la rehabilitación de los oprimidos<sup>5</sup>. Postula un mejor reparto de la tierra y la explotación de los recursos naturales.

En la instrucción pública aconseja la expansión del alfabetismo<sup>6</sup> y la enseñanza técnica. En niveles superiores, el desarrollo de la universidad y de centros de investigación.

#### 1. [Democracia]

"...la concepción moderna de la democracia, base de las evoluciones del futuro..." (PHU, *Ariel, en Ensayos críticos*, La Habana, 1905).

Al distinguir tempranamente entre dos "Américas" — la *América buena* y la *América mala* — ve en la primera el respaldo a la cultura, la estabilidad, el desarrollo. En la segunda, el atraso y la flaqueza. Políticamente, identifica la primera con la democracia; la segunda, con las tiranías (ignorantes o "ilustradas") o la anarquía. (Ver PHU, *Caminos de nuestra historia literaria*, en *Sus ensayos en busca de nuestra expresión*, ed. citada, págs. 48-51).

#### 2.

"En medio del más extraño silencio de la prensa universal, se ha llevado a cabo, durante los últimos meses, la intervención de los Estados Unidos en la República Dominicana. La invasión raya punto menos que en conquista..." ("E. P. Garduño", *El despojo de los pueblos débiles*, en la *Revista Universal*, de México, octubre de 1916, y *El Tiempo*, de Santo Domingo, 16 de noviembre de 1918. Reproducido por Alfredo A. Roggianno, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, ed. citada, pág. 176).

#### 3. [Literatura y sociedad]

"...Y la Inglaterra del siglo XIX, con su imperialismo, de insensibilidad felina para el dolor cuando quien lo sufre es otro pueblo, con su industria, que pagaba salarios de hambre y sólo a golpes se dejaba arrancar los mendrugos que devolvieran al trabajador su salud y su fuerza de hombre.

Pero Inglaterra tuvo vida espiritual intensa, donde se incubaba la generosidad redentora; tuvo vida social discreta, propicia a la meditación y a la creación..." (PHU, *Veinte años de literatura en los Estados Unidos* [1927], en *Seis ensayos...*, ed. citada, pág. 176).

#### 4. [La Paz]

"La historia... Sí, la historia nos dice cómo el pueblo más maravilloso fundó su Liga de Paz, su Corte de Arbitraje (la Anfictionía de Delos). Y la guerra todo lo deshizo, y Grecia desapareció... Sólo el espíritu crítico nos enseña a ser cosmopolitas, a comprender que nuestros vecinos, nuestros enemigos, poseen virtudes y pueden tener razón... Goethe, incapaz de odio para Francia; Renán, incapaz de odio para Alemania; he ahí ejemplos que debiéramos imitar". ("E. P. Garduño", *La Unión de la Paz*, publicado en el *Heraldo de Cuba*, 14 de enero de 1915, y *El Progreso* de Santo Domingo, 7 de marzo de 1915, aquí con la firma de Pedro Henríquez Ureña. Reproducido por Alfredo A. Roggianno, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, ed. citada, pág. 41).

El párrafo está inspirado en la obra *Intenciones*, de Oscar Wilde.

5. Escribió PHU, refiriéndose a sus días de empleado en la Nicholls Tubing Company, de Nueva York (1902-1903):

"Vi entonces de cerca la explotación del obrero: la mayoría de los allí empleados eran mujeres y niños; los pocos hombres que habían eran italianos, que acudían a mí para hacerse entender; y el promedio de salarios era cuatro dólares por semana. Aquellos fueron días amargos..." (PHU, *Memorias*. Citado por A. A. Roggianno, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, ed. citada, pág. XXV).

6. Sobre el veto del Presidente Wilson a la ley que prohibía la entrada de inmigrantes que no sabían leer.

En las artes y las letras, el reconocimiento de nuestras limitaciones, para tentar, sobre ellas, signos de progreso. Al mismo tiempo, salvaguardia de los valores auténticos que hemos producido, valores que originan ejemplos a seguir. Una expresión "americana" como resultado armónico de lo propio y lo adaptado<sup>7</sup>. Importancia de lo culto sin desmedro de lo popular (pero, eso sí, reacción contra lo populachero). Confluencia de lo tradicional y lo moderno.

En las ciencias, en general, cultivo preferente de aquéllas que contribuyan a una "mayoría de edad" de los pueblos de la América Hispánica. Fundamentalmente, pues, ciencias aplicadas...

Si bien estos ideales resaltan, se hacen más nítidos, en sus últimos años (y, de manera especial, a partir de sus *Seis ensayos*...) verdad es también que pueden rastrearas desde sus primeras obras, aunque allí faltara, es explicable, la amplia mirada que caracteriza sus grandes síntesis. En otra perspectiva, podemos decir que tales principios nacieron en él tempranamente y se fueron afirmando con el tiempo. Como su obra toda, fue su contacto con pueblos y lugares distintos, su ahondamiento en libros y testimonios ajenos, y una permanente reflexión, los elementos que afirmaron de manera sólida su pensamiento americanista.

Volviendo hacia el pasado esos ideales, es decir, aplicando ahora tales principios a sus consideraciones históricas, vemos que —como no podía ser menos— también están presentes en sus periodizaciones. Indirectamente muchas veces, la descripción de realidades cronológicas los descubren, con mayor o menor claridad. Como si con frecuencia nos dijera: esto fue (sin denuestos gratuitos ni arrogancia), pero ¿por qué no pudo ser de otro modo? Y, sobre todo ¿por qué no pudimos ser mejores?

---

"Hoy se pretende cerrar la puerta a los iletrados. La capacidad de la lectura no es garantía, sino indicio, de cierto nivel posible de aptitud; y no es garantía de moralidad. Pero la condición de iletrado hace del hombre, en nuestros días, un desheredado, víctima segura de los abusos ajenos, presa posible de la miseria y quizás de las malas costumbres..."

Pero Wilson apela al sentido humanitario que inspiraba las antiguas leyes de inmigración, y pide que los Estados Unidos den letrados al inmigrante iletrado, en vez de cerrarle las puertas. No sé si, a la postre, triunfará su opinión. Merece triunfar". ("E. P. Garduño", con fecha 30 de enero de 1915. Del archivo de PHU. "Parece que no llegó a publicarse", dice una nota manuscrita del autor. Ver A.A. Roggiano, *Pedro Henriquez Ureña en los Estados Unidos*, ed. citada, pág. 58).

#### 7. [Comunicación y aislamiento]

"Todo aislamiento es ilusorio. La historia de la organización espiritual de nuestra América, después de la emancipación política, nos dirá que nuestros primeros orientadores fueron, en momento efectivo, europeizantes: Andrés Bello, que desde Londres lanzó la declaración de nuestra independencia literaria, fue motejado de europeizante por los proscritos argentinos veinte años después, cuando organizaba la cultura chilena; y los más violentos censores de Bello, de regreso a su patria, habrían de emprender a su turno tareas de europeización, para que ahora se lo afeen los devotos del criollismo puro". (PHU, *Las fórmulas del americanismo*, en *Seis ensayos*... ed. citada, págs. 28-29).

Hace unos años, al defender un crítico la caracterización de un "humanismo hispanoamericano" tomaba como ejemplos respaldadores a Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Y se apoyaban en ellos sin desmerecer la significación de otros nombres de nuestro siglo que podían servir igualmente de paradigmas, pero haciendo hincapié en la notable fuerza y la prioridad de los dos hombres citados<sup>8</sup>.

Estos casilleros no pueden soslayar la aparente paradoja que se establece aquí entre un concepto más bien *universalista*, como es el del humanismo (incluido el que lleva el nombre de humanismo contemporáneo) y una partición o sectorización regional (o continental, o parcialmente continental). Verdad es que no podemos pretender hoy un contenido semejante al que tiene el humanismo renacentista, época en que —como sabemos— se conforma el concepto, aunque tal caracterización tampoco anule la posibilidad de humanismos anteriores<sup>9</sup>. Y no lo pretendemos porque la historia del humanismo muestra de sobra que, como otras fisonomías culturales, es imposible aferrarse a límites rígidos. Flexibilidad y amplitud son aquí signos de vida, sin degenerar por eso esencias permanentes.

Deteniéndonos ahora en Pedro Henríquez Ureña, lo defendemos como auténtico humanista (o, si preferimos, como "humanista hispanoamericano") por su riqueza y variedad de conocimientos, por el rigor de su formación intelectual, por su básico aprendizaje filológico. El perfil se completa con otra cara bien perceptible, es decir, la que hemos tenido ocasión de rastrear a lo largo de este estudio y que lleva el nombre propio de América. Con mayor precisión todavía, la presencia de "Nuestra América", ya sea en actitud sabiamente confrontadora de "Las Américas", ya sea en relación al mundo todo. El continente, en especial como entidad cultural, entendiendo lo cultural con dimensiones y entrecruzamientos válidos, donde, entre otras cosas, tienen cabida "los problemas sociales modernos"<sup>10</sup>.

El perfil de humanista que asociamos al nombre de Pedro Henríquez Ureña no se reduce, claro, a conocimientos y sabiduría. Sobre tal base, se completa con una calidad superior de hombre, aquella que asociamos al verdadero "Maestro". Sólo de esa manera puede aceptarse, como completo,

---

8. E. Carilla.

Cf. *Hacia un humanismo hispanoamericano*, ed. citada, págs. 1-15.

9. Ni aún el que el propio Pedro Henríquez Ureña proponía en 1914, si bien ya habla en su definición una apertura apreciable:

"Otfried Müller es el mejor ejemplo de los dones que ha de poseer el *humanista*: la acendrada erudición no se encoge en la nota recueta y el árido comentario, sino que, iluminada por sus mismos temas luminosos, se enriquece de ideas sintéticas y de opiniones críticas, y se vuelve útil y amable para todos expresándose en estilo elocuente". (PHU, *La cultura de las humanidades en la Revista Bimestre Cubano*, de La Habana, julio-agosto de 1914, IX, No. 4).

10. Cf. con palabras de Pedro Henríquez Ureña en Pen Club, *Europa-América Latina*, Buenos Aires, 1937, pág. 180.

el apelativo de humanista que sin duda merece. Conocimiento que se transmite y trasciende a través del ejemplo. Con frecuencia, a través del ejemplo más que a través del libro o de la palabra<sup>11</sup>.

Algunos críticos (por supuesto, críticos que no conocieron de cerca a Don Pedro) se han asombrado de la cantidad de discípulos que le nacieron al sabio dominicano. Así como otros llegaron a asombrarse de la cantidad de homenajes y estudios que surgieron después de su muerte.

La explicación, o respuesta, está en las virtudes que venimos señalando. Homenajes y estudios como herencia, o como muestra de aprendizaje de conocimientos y métodos, o, simplemente, como gratitud a la reconocida afabilidad del maestro, siempre dispuesto a un consejo, a una ayuda, a la lectura de incontables manuscritos, muchas veces en detrimento de sus propias labores. Repito, pues, que su calidad humana dejó huellas en todos los que se le acercaron y lo conocieron.

Naturalmente, debemos pensar también en aquéllos que no lo conocieron, y que, sin embargo, lo consideran como "Maestro". Allí están sus obras para asentar este más extendido magisterio, y donde todavía sorprende recoger tantas lecciones y noticias.

Conviene recordar, una vez más, las dos direcciones que impulsaron buena parte de sus escritos: por un lado, la labor erudita, culta, con aportes recordables; por otro, una sacrificada labor de divulgación que, subrayo, no todos los eruditos se muestran dispuestos a ofrecer. Sin buscar forzados paralelismos (que no lo son) recuerdo igualmente que Don Pedro, así como apreciaba como correspondía la manifestación culta, el refinamiento y la exquisitez en el arte, la complejidad artística, del mismo modo solía apreciar las manifestaciones populares, la sencillez y rusticidad como signos expresivos. Porque él comprendía, no cabe duda, que el viento del espíritu sopla en

---

11. Conviene, también aquí, distinguir sectores. Así, el editorial. Creo que en algunos homenajes dedicados a Pedro Henríquez Ureña no se ha comprendido (y valorado) la obra editorial de Don Pedro. Y no se la valora porque, al dolerse del tiempo que ocupó el hombre en esa actividad (sobre todo, en los últimos años de su vida), no reparan, en primer término, en la necesidad que hay (y había) entre nosotros de buenas ediciones de textos escolares, al alcance de los estudiosos en general, o como bien elemental de cultura. Y, en segundo lugar, porque se olvida, de ese modo, la significación que en PHU tiene el "Maestro". Es decir, el hombre que no sólo palpa vacíos, sino que arde presuroso a dar el imprescindible pasto intelectual.

Además, pueden igualmente marcarse aquí jalones que van desde el tributo aislado y temporario hasta la tarea sistemática del organizador y director de colecciones. Entre otros datos, sabemos que ya en 1930 Pedro Henríquez Ureña (conjuntamente con Alfonso Reyes) había pensado en editar una colección de "Clásicos de América" (con ese título). Alfonso Reyes se encargó de tratar con el director de la Compañía Ibero Americana de Publicaciones, Pedro Sanz, dicho proyecto. (Esto es lo que hoy conocemos a través del *Diario* de Alfonso Reyes, var ed. de México, 1969, pág. 327). Lo concreto es que el intento no prosperó y que, años después, PHU encontraría adecuada respuesta a sus planes en las editoriales Losada (de Buenos Aires) y Fondo de Cultura Económica (de México). Sin descuidar por eso sus colaboraciones editoriales a otros centros o núcleos (particulares y oficiales).



todas direcciones, y que todo es válido en la medida que revele una fisonomía, un sello personalizador noble<sup>12</sup>.

Tampoco está de más repetir que Pedro Henríquez Ureña no se distinguió por teorías o métodos llamativos, por enunciados espectaculares. Por el contrario, podemos afirmar que se movió corrientemente dentro de lo que llamamos "crítica filológica". De ella sacó posibilidades realmente fructíferas, tal como sus títulos mayores (y no son pocos) lo muestran<sup>13</sup>.

Sin la pretensión de un descubrimiento, señalo que son virtudes del auténtico crítico, y base firme de cualquier sistema o método, las tres condiciones que enumero como *conocimientos, intuición y sensibilidad*. Pedro Henríquez Ureña las poseyó, y a ellas agregó su reconocida serenidad, su equilibrio y su ansia permanente de justicia, tal como puede verse cuando enjuicia a autores y obras que no le atraían.

También Don Pedro, como no podía ser menos, se dio cuenta de que es ilusorio pretender decir últimas palabras en disciplinas como la crítica literaria o como la historia cultural. Lo que realmente debe preocuparnos, solía decir, es hacer aportes fundados, con el máximo rigor posible.

Por eso, con la perspectiva que hoy nos ofrece su obra, obra clausurada con su muerte hace ya cuarenta años, no cuesta mucho mostrar que, dentro de lo que escribió, hay páginas olvidables o superadas. Lo que debe preocuparnos no es tanto pensar en ellas como en lo mucho que aún resulta útil y puede servir como base o ampliación de nuevos estudios, de nuevas investigaciones. Y esto es lo que han comprendido multitud de discípulos y seguidores: partir de sus párrafos, pero sin encerrarse en ellos. La justificación está

---

## 12. Algunos juicios. Sobre la música culta:

"Como síntesis de las dos corrientes máximas en la música moderna, bien podrían encogerse la *Quinta Sinfonía* de Beethoven y la *Obertura* de los *Maestros cantores* de Wagner..." (*Beethoven y Wagner*, en *Las Nuevedades*, de Nueva York, 22 de octubre de 1915)

## Sobre la música popular:

"Abunda la confusión entre arte popular y arte vulgar. Para los más, existen sólo dos especies de arte: la especie popular y la especie culta. Pero de la una a la otra va una escala, y a la mitad de la ascensión encontramos la especie vulgar.

Mientras la música popular canta en formas claras, de dibujo conciso, de ritmos espontáneos, la música vulgar —capaz de aciertos indiscutibles— fácilmente cue en la redundancia..." (PHU, *Música popular de América*, en BCNLP, *Conferencias*, La Plata, 1930)

## Sobre arte popular, en general:

[Arte popular] "es una forma de cultura que expresa el sentido de la tierra... El arte popular no es sólo conservación: transforma cuanto adopta lo acerca a la tierra; además, crea. Como actividad espiritual genuina, es creación" (Id.)

13. Como es de sobra conocido (y como he señalado reiteradamente), Don Pedro fue uno de los miembros destacados del Instituto de Filología de Buenos Aires, en la época de su apogeo: "El Instituto de Amado Alonso" se lo llamó, aunque también pudo llamarse, sin injusticia, "El Instituto de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña". Es también de sobra conocida la amistad que ligó a los dos hombres, reflejada, entre otras cosas, en la elaboración conjunta de la *Gramática catalana*. En fin, las múltiples colaboraciones de PHU en la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, en los anejos, en la revista del Instituto, etc.

en nuevos terrenos y horizontes. ¡Y hay tanto que escudriñar en el vasto tema de América! Por todo lo expuesto, así como no cabe ninguna duda —creo— del peso que tiene lo continental en su obra, ni —insisto— del perfil de humanista que se ganó con creces, también, me parece, se destaca el carácter de “Maestro” que le reconocen, con renovado fervor, multitud de discípulos. Discípulos directos, discípulos a la distancia ¿qué más da? Lo que realmente vale es el fervor y la calidad de los tributos, y de esto, concluyo, tampoco tenemos ninguna duda.

---

Otra cosa muy sabida: Amado Alonso se unió, en la década del '30, al método estilístico, método que significó una importante innovación en la crítica literaria (innovación que debemos medir, claro, en relación al momento y sobre todo, en la relación al estado de la crítica hispánica de la época).

Aceptando algunas supuestas, es justo decir que Pedro Henríquez Ureña (como María Iturr y Raimundo Lida, y otros) se mantuvo, como digo, dentro de las líneas que identificamos como Crítica filológica. Sin cerrar, por eso, el aprovechamiento de otros métodos, y, en particular, de la estilística de Amado Alonso.

## APENDICES

## A) EL EPISTOLARIO

### I. PHU EN SU EPISTOLARIO

No podemos decir que el epistolario de Pedro Henríquez Ureña fuera materia desconocida antes de la publicación de las *Obras completas* de nuestro autor, meritoria tarea de Juan Jacobo de Lara y la Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña". No podemos decirlo, pero, al mismo tiempo, es justo agregar que, precisamente, esas *Obras completas*, conjuntamente con el importante *Epistolario íntimo* cambiado entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, publicado también por Juan Jacobo de Lara, han permitido un conocimiento más completo de un material realmente valioso.

Precisamente, estos dos estudios que dedico a las cartas de Pedro Henríquez Ureña (*PHU en su epistolario* y *Un epistolario de excepción*) registran, en buena medida, las dos perspectivas que señalo en el primer párrafo. De este modo, creo que puede comprenderse mejor la especial situación en que me coloco, así como el terreno ganado en el ahondamiento de una personalidad tan rica como la de Pedro Henríquez Ureña, visible también, como no podía ser menos, en este sector que lleva igualmente su nombre.

Como es de sobra conocido, una gran parte de la correspondencia de Pedro Henríquez Ureña, y, de manera especial, las cartas enviadas a él, se encuentran (se encontraban en el momento en que escribo yo estas páginas) en poder de su amigo Emilio Rodríguez Demorizi. En 1947, es decir, un año después de la muerte de Don Pedro, Rodríguez Demorizi se refería a esa

correspondencia y comenzaba la noticia con una calificación adivinable: "un tesoro".

Se trata de un voluminoso epistolario que se extiende desde 1898 hasta 1946. Como he dicho (y por otra parte es fácil comprender) predominan las cartas recibidas por Henríquez Ureña y no las cartas escritas por éste.

En la larga lista de corresponsales figuran nombres como los de Menéndez y Pelayo, Ramón Menéndez Pidal, Azorín, Tomás Navarro, Federico de Onís, Amado Alonso, Rafael Altamira, José Moreno Villa, Homero Seris, J. Fitz Maurice-Kelly, E. Martinenche, R. Foulché-Delbosc, A. Farinelli, C. Carroll Marden, B. R. Lang, Griswold Morley, J. L. M. Ford, Archer Huntington, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, E. González Martínez, Antonio Caso, X. de Villaurrutia, Diego Rivera, M. L. Guzmán, Ramona Ureña, Max Henríquez Ureña, A. Lugo, F. García Godoy, Flérida de Nolasco, Osvaldo Bazil, Tulio Cestero, Enrique José Varona, E. Piñeyro, J. M. Chacón y Calvo, M. Brull, Félix Lizaso, Nicolás Guillén, J. Marinello, Concha Meléndez, Joaquín García Monge, B. Santín Cano, G. Arciniegas, G. Zaldumbide, Gil Fortoul, Gabriela Mistral, A. Torres Ríosco, José Enrique Rodó, J. de Ibarbourou, Pedro Figari, V. Pérez-Petit, A. Palacios, José Ingenieros, R. Levene, E. Ravignani, F. Romero, R. A. Arrieta, E. Mallea, R. Lida, J. Noé...

Repito: cartas enviadas a Henríquez Ureña. Las cartas escritas por Henríquez Ureña que posee Rodríguez Demorizi no guardan proporción con aquellas (y eso que sólo menciono una parte). Sin embargo, ya esas cartas están indicando que, en la mayor parte de los casos, existió el intercambio de correspondencia. De tal manera, los nombres citados pueden servir de índice para reconstruir la lista de personas a las cuales Pedro Henríquez Ureña escribió.

Aquí, como quiero reducirme a lo concreto, diré que conozco o tengo referencias de cartas enviadas por Henríquez Ureña a Menéndez y Pelayo,<sup>2</sup> Ramón Menéndez Pidal, José Enrique Rodó,<sup>3</sup> Enrique José Varona, Tulio Cestero, Federico García Godoy, Emilio Rodríguez Demorizi, Alfonso

---

1. Cf. Emilio Rodríguez Demorizi, *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña* (en Universidad de Santo Domingo, *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*, Santo Domingo, 1947, pp. 48-50).

2. Ver Enrique Sánchez Reyes, *Menéndez y Pelayo y la hispanidad* (en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, Santander, 1951, XXVII, Nos. 1-4, pp. 149-151 y 152-155); Emilio Rodríguez Demorizi, *Archivo literario hispanoamericano* (en la *Revista Dominicana de Cultura*, Santo Domingo, 1955, No. 1, pp. 136-144).

3. Se conservan tres cartas enviadas por Rodó a Henríquez Ureña. Ver J. E. Rodó, *Epistolario*, ed. de H. D. Barbagelata. París, 1921; J. E. Rodó, *Obras completas*, ed. de Emir Rodríguez Monegal, Madrid, 1957, pp. 1360-1365.

Roberto Ibáñez ha publicado recientemente el borrador de la primera carta, que difiere levemente del original publicado por Barbagelata. (Ver *Correspondencia de José Enrique Rodó*, en *Fuentes*, de Montevideo, 1961, Año I, No. 1, pp. 81-82 y 131-132).

De estas cartas deducimos que la segunda y la tercera son respuestas a cartas anteriores de Pedro Henríquez Ureña.

En fin, también Rodríguez Demorizi publicó las tres cartas de Rodó (*Archivo literario*, en la *Revista Dominicana*, No. 1, pp. 130-135).

Reyes, R. Foulché-Delbosc,<sup>4</sup> José Ingenieros, Baldomero Sanín Cano, R.A. Arrieta, A. Villarreal, Enrique Anderson Imbert<sup>5</sup> y Max Hénríquez Ureña.<sup>6</sup>

Si bien las cartas escritas por Pedro Hénríquez Ureña, y las cartas enviadas a éste forman un todo macizo, debemos ocuparnos, por razones comprensibles, de las primeras.

Ante todo, conviene decir que las cartas a mi alcance son una parte de una producción mucho más rica. Con todo, lo conocido permite extraer algunas consecuencias.

Las cartas de Pedro Hénríquez Ureña son, sobre todo, las cartas de un estudioso. Como estudiosos —críticos, eruditos, ensayistas— son la mayoría de los correspondientes. Dentro de tal carácter, es fácil adivinar el contenido. Las cartas constituyen una prolongación de las disciplinas a que Pedro Hénríquez Ureña dedicó sus afanes. Son cartas en que se agradecen y se comentan libros, se inquieran datos o se responden preguntas, se esbozan planes y obras futuras... Son cartas, en fin, en que resalta a menudo el ideal americanista que lo singulariza.

No faltan alusiones a sucesos que escapan a tales caracteres, pero ellos aparecen como fondo circunstancial dentro del momento o la época en que la carta se escribe.

Como no podía ser de otra manera, brillan en las cartas sus virtudes inconfundibles: el equilibrio, la discreción, la libertad y penetración de juicio y, por descontado, su mucho saber.

Cronológicamente, y aunque no se nota una diferencia extraordinaria, cartas de diferentes épocas muestran especiales resonancias, sobre todo en relación a los correspondientes. Así, para ejemplificar, las cartas dirigidas en 1909 y 1911 a Menéndez y Pelayo. Testimonio del crítico que recién surge y que aspira a la palabra alentadora del crítico famoso. Pero bien pronto aparece ya la temprana maestría de Pedro Hénríquez Ureña, manifestada en agudas respuestas, en ideas que le preocupan y que procura extender hacia los demás. Ejemplo: la carta de Enrique José Varona, del 25 de agosto de 1917.

---

4. "Sostengo una correspondencia tan activa como amistosa con el señor Pedro Hénríquez Ureña..." (R. Foulché-Delbosc, carta a Alfonso Reyes, fechada el 5 de diciembre de 1916, en *Correspondencia, Abecedario*, México, 1956, XIX, p. 472).

5. Enrique Anderson Imbert publicó parte de una carta (escrita originalmente en inglés, de fecha 27 de marzo de 1943), donde Pedro Hénríquez Ureña traza nuevos juicios sobre las generaciones románticas y modernistas, juicios que posteriormente no incorporó a las obras que entonces estaba elaborando (*Literary Currents e Historia de la cultura en la América Hispánica*). Ver E. Anderson Imbert, *Un juicio póstumo de Pedro Hénríquez Ureña sobre las generaciones literarias (en Realidad)*, en Buenos Aires, 1948, IV, No. 12, p. 356).

6. De la correspondencia entre Max y su hermano Pedro se conocen un más de cincuenta cartas. (Ver F. Rodríguez Demorzi, *Archivo literario*, en la *Revista Dominicana*, 1, p. 113).

Para otras cartas de Pedro Hénríquez Ureña a diferentes correspondientes, ver Rodríguez Demorzi, *Archivo literario*, en la *Revista Dominicana*, 1, pp. 163-167, 160-166, 170-171; No. 2, pp. 273-303, 316-321; No. 3, 1956, pp. 126-127, 181-182. Aclaro que se trata de cartas reales o deducidas de las cartas de los correspondientes.

Avanzada su vida, aunque él no lo pretendiera, asistimos también a manifestaciones de su fe americanista, fe que encuentra cauce más adecuado —es natural— en los jóvenes que fueron sus discípulos o que buscaron su valiosa colaboración. Ejemplo: la carta al “amigo Villarreal” que acompaña la 1ª edición de *La utopía de América* (La Plata, 1925). Carta que agrega, a lo sabido, una especial emoción que no suele ser frecuente en la prosa serena, medida, de Pedro Henríquez Ureña. Sin que eso corte, por otra parte, el reflejo de su mucho saber.

La mejor manera de probar esto consiste en transcribir párrafos de cartas que muestren con claridad tales rasgos. En una carta a Menéndez y Pelayo (fecha da el 15 de febrero de 1911) le dice con palabras proféticas, posteriormente ratificadas con amplitud:

Dentro de pocas semanas enviará a Ud. un libro, *Cuestiones estéticas*, el escritor más joven y —a mi juicio— de más porvenir en México: Alfonso Reyes. En él se advierte, de manera evidentísima, la influencia de Ud...<sup>7</sup>

La carta a Enrique José Varona, fechada en Madrid, el 25 de agosto de 1917, es una hermosa lección sobre la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz. Aparecen ya aquí ideas que Pedro Henríquez Ureña desarrolló después con mayor extensión. Especialmente, la de que en Sor Juana predomina no ciertamente lo autobiográfico sino la maestría literaria: fórmulas e hipérboles que si ella insufló de poesía, rara vez responden, a pesar de estar en primera persona, a una experiencia vivida por ella.

En resumen, la gran poetisa mexicana, en esta poesía de ocasión, adoptaba fórmulas consagradas en la tópica de la poesía de las cortes, que España recibió de la Italia del Renacimiento, pero que tiene sus raíces en Provenza. Al noble, al poderoso, se le cantaba siempre en dítirambo, en el cual iban unidas las hipérboles sobre el mérito del elogiado y sobre el afecto del poeta...<sup>8</sup>

En carta a Menéndez Pidal, de 1932, Pedro Henríquez Ureña le propone la creación de la parte americana en la sección Historia del Arte del Centro de Estudios Históricos de Madrid. Henríquez Ureña piensa especialmente en su utilidad para el conocimiento del arte colonial americano:

Está por hacer la historia del arte colonial de la América Española, y, estimando que el organizarla interesa tanto a España como

---

7. Cf. Rodríguez Demorizi, *Archivo literario*, en la *Revista Dominicana de cultura*, No. 1, pp. 142-143.

8. Cf. Rodríguez Demorizi, id., No. 1, p. 156. La carta de Pedro Henríquez Ureña se publicó antes en la revista *La primada de América*, de Santo Domingo, 15 de diciembre de 1917, y en *Cuba contemporánea*, de La Habana, 1917, X, pp. 251-256.

a América me dirijo a Uda. para proponer que la sección de Historia del Arte en el Centro de Estudios Históricos emprenda la labor.

España está en mejores condiciones que ningún país de América para emprender esta labor de conjunto. Hay países, como México, donde el estudio del arte colonial (arquitectura, escultura, pintura, artes industriales) ha avanzado ya mucho y cuenta con gran número de publicaciones muy bien ilustradas...<sup>9</sup>

Quiero detenerme, mejor, en dos cartas de Pedro Henríquez Ureña, cartas que corresponden a momentos no muy cercanos entre sí, pero que tienen indudable valor para fijar la evolución de su pensamiento, ese pensamiento que nosotros conocemos especialmente después de 1924, y, con más precisión, a partir de los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Buenos Aires, 1928).

Por eso creo que tiene significación particular una carta de 1909, carta dirigida a Federico García Godoy. Allí encontramos una primera visión de conjunto de la literatura hispanoamericana. Vale decir, de un tema que iba a determinar, hasta el final de su vida, gran parte de los afanes de Henríquez Ureña.

Y no sólo primera visión de conjunto. Lo que llama la atención es el escorzo un tanto mezquino, que está lejos de anunciar maduras páginas posteriores. La breve caracterización contenida en la carta a Federico García Godoy es un primer bosquejo, producto de iniciales y muy incompletas lecturas, de obras críticas más que de abundantes textos literarios. Es algo así como un inaugural cuadro provisorio que, afortunadamente, el crítico alteró después, con mayores conocimientos y sedimentación.

Nuestra literatura hispanoamericana no es sino una derivación de la española, aunque en los últimos tiempos haya logrado refluir, influir sobre aquella con elementos nuevos, pero no precisamente americanos. Suele decirse que las nuevas condiciones de vida en América, llegarán a crear literaturas nacionales; pero aún en los Estados Unidos, donde existe ya un arte regional, los escritores de mejor doctrina (y entre ellos Howells el *Deán*, el ilustre jefe de aquella república literaria) afirman que "la literatura norteamericana no es sino una *condición* (una modalidad, diríamos nosotros) de la literatura inglesa." Entre nosotros, por lo demás, no se han hecho suficientes esfuerzos en el sentido de carácter regional definido a la vida intelectual; ni era posible. Sobre nosotros pesa —y no debemos quejarnos de ello— una tradición europea, y nuestros más vigorosos esfuerzos tienden y tenderán durante algún tiempo todavía a alcanzar el nivel del movimiento europeo, que constantemente

---

9. Cf. Rodríguez Demorizi, *id.*, No. 2, p. 320. La carta de Pedro Henríquez Ureña se publicó primero en *Clio*, de Santo Domingo, julio de 1933, pp. 100-101.



nos deja rezagados. Sólo cuando logremos dominar la técnica europea podremos explotar con éxito nuestros asuntos. Ya observó Rodenbach que los escritores de origen provinciano sólo saben sentir y describir la provincia después de haber vivido en la capital. Así, en nuestra América, sólo los que han comenzado por trasladarse intelectualmente a los centros de la tradición, los que han conocido a fondo una técnica europea, como conoció Bello el arte virgiliano, como conocen Ricardo Palma y D. Manuel de Jesús Galván la antigua prosa de Castilla, como conoció José Joaquín Pérez la lozana versificación del romanticismo español, como conoce Zorrilla de San Martín la espiritual expresión de la escuela heineana, han logrado darnos parciales trasuntos que poseemos de la vida o la tradición locales. El *indigenismo* de los años de 70 a 80 no fracasó precisamente por falta de técnica, pues a él se aplicaron casi siempre escritores de primera fila, sino por el escaso interés que despertó, porque la tradición indígena, con ser local, autóctona, no es nuestra verdadera tradición: aquí en México, por ejemplo, el pasado precolombiano, no obstante su singular riqueza, nunca ha interesado gran cosa sino a los historiadores y arqueólogos, y acaso la primera obra literaria que inspire, digna de tomarse en cuenta, será la prometida colección de *Poemas aztecas*, de José Juan Tablada, estudiante de arqueología en los últimos años. (Obra de la época anterior, podría señalarse la admirable *Rusticatio mexicana*, del Padre Landívar, guatemalteco del siglo XVIII; pero está escrita en latín). El criollismo de última hora sí lleva trazas de ir ganando terreno poco a poco, sobre todo en la Argentina; y tanto más, cuanto que no se trata de escuela artificial, sino de movimiento espontáneo, apoyado por el público...<sup>10</sup>

En fin, lo que quiero subrayar es que no reconocemos aún en esa carta al denodado buscador de "nuestra expresión", al que no vacilaba, en esa búsqueda, en ir mucho más atrás de los comienzos del siglo XIX... Lo que vemos, en cambio, es un pálido defensor de la teoría de los "reflejos". (De esos reflejos que no pueden negarse en las letras hispanoamericanas, aunque no con el valor absoluto que muchos críticos —y Henríquez Ureña aquí— le conceden).

La otra carta a que quiero referirme revela mayor madurez y tiene un carácter más "literario". Lo de literario va también por el hecho de que esa carta se publicó en la primera edición del folleto de Pedro Henríquez Ureña titulado *La utopía de América*.

10. Esta carta fue publicada por primera vez por el propio Henríquez Ureña en su libro *Horas de estudio* (París, 1910), con el título de *Literatura histórica* (ver, ahora, *Obra crítica*, México, 1960, pp. 135-138).

Cf. Rodríguez Demorizi, id., No. 2, pp. 273-275.

Carta sin desperdicio, es ya el testimonio maduro de su "pasión de América". Está, por lo tanto, en las antípodas de la carta de 1909 a que antes aludí. Y está —claro— en la línea firme que constituye entonces su profesión de fe continental.

No se trata de una introducción erudita. No hay nombres, datos ni fechas, como puede esperarse de Pedro Henriquez Ureña, sino atinadas reflexiones sobre la situación de "nuestra América". Reflexiones teñidas inicialmente de escepticismo, pero que después se levantan en las ansias de unión y en la defensa de un "nacionalismo espiritual", que él superponía al más estrecho "nacionalismo político". Algo más: aparece en esta carta una pasión acorde con los párrafos de *La utopía de América* y con páginas cercanas, pasión después remansada en la serena compulsa de sus vastas síntesis culturales.

Estamos en peligro de caer en escépticos al advertir que el mundo, no mejora con la rapidez que ansiábamos cuando teníamos veinte años. Yo sé que no será en mis días cuando nuestra América suba donde quiero. Pero no viene de ahí mi escepticismo; es que rodando, rodando, ya no sé a quien hablo; no sé si nadie quiere oír, ni donde habría que hablar...

Temo, sí, que todo se pierda en el desatado río de palabra que fluye sobre el ancho cauce de "nuestra América". Lo sentiría, porque miro en torno, y miro escaso empeño de dar sustancia y firmeza a los conceptos que corren de pluma en pluma. Aplaudo las voces entusiastas, *Uricas*, en su valor generoso de estímulo; pero quiero más: si estas palabras mías que ahora le entrego suenan vagas, será que padezco torpeza para dar en breve espacio la impresión de las cosas reales que me preocupan. A mí no me interesa la unión como fin en sí: creo en nuestra unión, y la deseo, contra todos los cortos de vista (la rencorosa y abigarrada Europa no se ruboriza al hablar de su federación futura, y nosotros, por miedo a parecer ingenuos, no sabemos romper la lugareña estrechez que se da aires de malicia desengañada!); pero nuestra unión, sea cualquiera la forma que asuma, será sólo medio y recurso para fines reales. Es fin, es propósito válido, la conservación de nuestro espíritu en sus propias virtudes, el "nacionalismo espiritual", contrario al político, que sólo se justifica temporalmente como defensa del otro, del esencial; y aún así me interesaría poco si hubiéramos de persistir en nuestros errores, en nuestra pereza intelectual y moral, bajo el pretexto de que *¡así somos!*" Aquí el peligro no es que a fuerza de imitar al extraño caigamos en el descastamiento: la ley de genio y figura se cumple en los pueblos como en los hombres, hasta bajo las desviaciones aparentes; el peligro es que no sepamos vencer la desidia para revelarnos en perfección. Y para mí el peor despeñadero está en el mal del sueño que aflige a nuestro sentido de justicia: el dolor humano golpea inútilmente a la puerta de

nuestra imaginación, y nuestra indiferencia discurre sonámbula entre la "guerra de todos contra todos" que es la sociedad de nuestro tiempo"...

### Conclusión

Creo conocer un buen número de cartas del rico epistolario de Pedro Henríquez Ureña. En el sector de las cartas escritas por Don Pedro, posiblemente lo que yo conozca sea insuficiente como para tentar un análisis detallado, con criterio severamente valorativo. Pero mi intención ha sido muy simple: mostrar, a través de unos pocos ejemplos, facetas de ese epistolario; mostrar cómo tampoco aquí se desdibujan los caracteres que hacen inconfundible la personalidad de Pedro Henríquez Ureña, cómo reaparecen sus virtudes, y, sobre todo, como, a lo largo de una trayectoria que las cartas ponen más en descubierto, se va configurando en él aquel "americanismo" (americanismo espiritual) que da sello remarcador a su pensamiento.

Por lo demás, y eso era de adivinar, el epistolario de Pedro Henríquez Ureña (si no todo, una buena parte de él) es el epistolario de un estudioso. O, mejor dicho, del crítico atento a las mil resonancias de las letras, a los problemas de la lengua, de la métrica, de la didáctica, de la literatura. Epistolario, en fin, que no puede olvidarse en el cuadro total de su obra, aunque —por razones comprensibles— sea ésta, parte muy poco conocida en relación a los estudios que cimentaron su prestigio.

---

11. Cf. Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*, La Plata, 1925, prólogo, y Rodríguez Demarezi, id., No. 3, pp. 181-182.

## II. UN EPISTOLARIO DE EXCEPCION

### *Introducción*

La muy reciente aparición del tomo tercero (y último) del *Epistolario íntimo* cambiado entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a lo largo de cuarenta años<sup>1</sup> nos pone frente a uno de los epistolarios más ricos ofrecidos por las letras hispanoamericanas. Aún más, me atrevo a decir que no hay entre nosotros, durante muchos años, un ejemplo igual. Y el entusiasmo me lleva igualmente a afirmar que era previsible tal jerarquía, si atendemos al valor de los correspondientes y al tiempo, medible también en cantidad, que abarcan las cartas.

Claro que, como corresponde, el respaldo por excelencia surge de la materia, abundante y variada, que llena esa correspondencia y que, desde ahora, aparece no sólo como testimonio insustituible para ahondar en la personalidad de los dos hombres, sino también para penetrar mejor en los ámbitos en que los dos actuaron.

A manera de corolario se da asimismo entre ellos el fenómeno explicable: el epistolario se atenúa en los años —no muchos— en que ambos coinciden en un país determinado (México, la Argentina). Y suele crecer cuando se encuentran lejos. Como, a su vez, tanto Pedro Henríquez Ureña como Alfonso Reyes repartieron sus vidas en distintos lugares, tales cambios dan con frecuencia nuevos matices a las impresiones que cambian.

Resulta igualmente adivinable que resalte en los párrafos el mundo de las letras, o, si preferimos, del libro. Y, dentro de ese mundo, las faenas en que los dos se destacaron: más centrada y "crudita" (filología, crítica, ensayo, lingüística...) en Pedro Henríquez Ureña; algo más amplia genéricamente (crítica, ensayo, drama, ficción, lírica...) en Alfonso Reyes. Pero de

---

1. Pedro Henríquez Ureña-Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo (1906-1944)*, 3 tomos, Santo Domingo, 1981-1983. El orden cronológico se distribuye así: I (1906-1914); II (1914-1916); III (1916-1944).

ninguna manera estas direcciones marcan diferencias muy apreciables. Y, por el contrario, lo que las acerca es, aparte de la firme amistad, el mucho saber y la altura intelectual de los dos hombres. Saber que, a su vez, no oculta el desborde imaginativo, ni rasgos de humor (sobre todo, en Alfonso Reyes). Reitero, como sello definidor, la entrañable amistad que los unió a lo largo de tantos años, rasgo que tendremos ocasión de ampliar en la parte central de este artículo.

Antes de detenerme en los aspectos centrales del *Epistolario íntimo* me parece justo decir algo acerca de las circunstancias que han determinado la publicación. Paralelamente, del papel que, en esta ofrenda, han desempeñado, por una parte, dos destacados estudiosos dominicanos (Emilio Rodríguez Demorizi y Juan Jacobo de Lara). Y, por otra, los herederos del escritor mexicano.

Como es bien sabido, Emilio Rodríguez Demorizi, compatriota y uno de los amigos dilectos de Don Pedro, heredó de éste su archivo. Mejor dicho, lo fue recibiendo directamente, antes de la muerte de su amigo<sup>2</sup>. En el nutrido epistolario se destacan claramente las cartas enviadas por Alfonso Reyes. Juan Jacobo de Lara nos dice que los descendientes de Alfonso Reyes cedieron las cartas enviadas por Pedro Henríquez Ureña. Y, como parte del convenio, se estableció la seguridad de que el epistolario se publicaría simultáneamente en Santo Domingo y en México<sup>3</sup>.

El hecho de que Lara hubiera publicado ya abundantes cartas de Henríquez Ureña a su amigo mexicano en las *Obras completas* de aquél no fue, de ninguna manera, un obstáculo insalvable para que ensayara esta nueva y más completa colección<sup>4</sup>.

Volviendo al *Epistolario*, y como ya se indica en los títulos, la serie se extiende desde 1906 hasta 1946, año de la muerte de Pedro Henríquez Ureña. Con más exactitud, habría que cambiar las fechas extremas en 1907 y 1944, puesto que estos son los años que corresponden a la primera y última carta de la colección. Esto, claro, no tiene mayor importancia.

Aunque no había entre los dos amigos una diferencia apreciable de edad (PHU, 1884; A. R., 1889), desde un principio y sobre todo en lo que podemos considerar una primera y extendida etapa, es Henríquez Ureña el que aparece como "maestro" y mentor. Asimismo, el propio Alfonso Reyes se encargó, en más de una ocasión, de señalar diferencias generacionales entre los dos. Por otra parte, el predominio de cartas de Alfonso Reyes en un

---

2. Yo tuve ocasión de mantener, por mediación de Pedro Henríquez Ureña, una breve pero útil correspondencia con Emilio Rodríguez Demorizi. Este me facilitó una serie de datos que yo le solicitaba, y, por mi parte, creo haber correspondido a algunas preguntas y encargos suyos. Todo esto ¡ay! hace ya muchos años...

3. Cf. Juan Jacobo de Lara. Prólogo a PHU—A. Reyes, *Epistolario íntimo*, I, pág. 10. Por motivos de edad, Juan Jacobo de Lara no conoció personalmente a Pedro Henríquez Ureña. Yo traté a Lara en Nueva York en el año 1959, cuando precisamente estaba preparando su tesis doctoral sobre Don Pedro. A la vista está que el fervor de Lara no terminó allí. Por el contrario, hizo del estudio de PHU el motivo fundamental de su obra.

4. Ver Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas*, 10 tomos. Santo Domingo, 1976-1980.

primer tramo ratifica, conjuntamente con el contenido, el papel de uno y otro. Pero tal predominio más tarde se equilibra.

Dos cartas de Alfonso Reyes, de septiembre de 1907, son las que abren el epistolario, y están fechadas en Chapala, Jalisco. Pedro Henríquez Ureña residía desde 1906 en México. Primero, en la ciudad de Veracruz (donde fundó, junto a Arturo de Carricarte, una "Asociación literaria interamericana" y la *Revista crítica*), y después en la ciudad de México, donde se unió a su hermano Max.

Para explicar el magisterio de Pedro Henríquez Ureña, conviene saber que, hacia 1906, tenía ya una producción literaria visible (y lo de "literaria" no borra otras direcciones). Esa producción había comenzado en Santo Domingo, alrededor de 1896, y debemos juzgarla de acuerdo a la precocidad de su autor. Pero aquí no pretendo valorar este momento inicial del dominicano, sino justificar la juvenil admiración de Alfonso Reyes.

A partir de 1908 la correspondencia tomó un ritmo más regular y, con frecuencia, nutrido. Se interrumpió entre 1910 y 1912, para ganar profusión en 1913 y 1914. Esto se explica por la distancia que los separaba y que obligaba al recurso de las cartas. De manera especial, los años 1914, 1915 y 1916 son notablemente fecundos.

A partir de aquí, y hasta 1932, se mantuvo el ritmo, que se quebró en el período 1933-1937<sup>6</sup>. Se reanudó en 1938, ya más débilmente, para terminar en 1944.

De sobra me doy cuenta de que este breve recuento muestra sólo un aspecto muy externo, fijado por las fechas. Mucha más importancia tiene la consideración del contenido de las cartas y lo que ellas descubren de la intimidad de los correspondientes, así como del acopio de datos sobre personas, obras y cosas... Y, una vez más, comprender que el eje que atraviesa el epistolario es, efectivamente, el de la literatura y los libros.

Como he dicho, es justo elogiar la tarea de esclarecimiento y dedicación de Juan Jacobo de Lara, que, es fácil descubrirlo, ha hecho del estudio de la obra y la personalidad de Pedro Henríquez Ureña un culto. A él le debemos múltiples pruebas de homenaje, y, en primer término, debo colocar la publicación de las *Obras completas* y el de este rico y particular *Epistolario*, con el auspicio de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña de Santo Domingo.

Ahora bien, después del elogio que merece el amigo Juan Jacobo de Lara, creo que conviene puntualizar algunos desniveles en la publicación del *Epistolario*. En primer lugar, aunque éste sea reparo de poca monta, no veo mayor ventaja en llamarlo "epistolario íntimo", por el mucho material que escapa a este adjetivo. En fin, me parece que el simple nombre "epistolario" refleja mejor, en su vaguedad, el contenido. Pero esto —repito— no tiene mayor importancia. En cambio, sí lo tiene lo que se vincula a la edición: quiero decir, al cuidado de la edición.

6 Según Lara, las cartas de esos años "se han extraviado". (Ver *Epistolario íntimo*, III, pág. 9).

Por lo pronto, hay diferencias apreciables entre los tomos I y II, por un lado, y el tomo III, por otro.

En un principio, Lara reproduce las anotaciones de Max Henríquez Ureña a las cartas de Alfonso Reyes<sup>6</sup>. Al avanzar el epistolario, las notas corresponden ya a Pedro, así como las acotaciones a sus propias cartas<sup>7</sup>. Y, aunque no lo declare él, interpreto que son de Lara las notas del tomo segundo. Por supuesto, casi siempre es fácil delindar las notas que pertenecen a Pedro Henríquez Ureña de las que pertenecen —sospecho— a Lara. Por otra parte, no es modalidad de Alfonso Reyes el incorporar notas a sus cartas.

Tanto o más grave es la impresionante cantidad de erratas que aparecen en el tomo tercero, y que —repito— no aparecen o aparecen menos, mucho menos, en los dos anteriores. Con frecuencia, nombres propios y títulos de obras se presentan desfigurados, con situaciones que a veces llegan a lo grotesco. Y, claro, lo llamativo aquí es que no figuran notas a pie de página del editor, cosa que hubiera permitido diversas correcciones inmediatas. De lo que estamos seguro es de que esas erratas (y errores) no figuran en los manuscritos originales. He aquí, entre muchos ejemplos, el párrafo de una carta de PHU, fechada en Buenos Aires el 13 de junio de 1930, carta en la que da cuenta a su amigo del banquete ofrecido a Jules Supervielle:

"Wally Zenner... declamó la *Fundación mitológica de Buenos Aires*, de Borges, el poema de Nora Borges, de Bernárdez, y una oda de Marichal. Nora, contrariando su papel habitual, se le veía en la cara. Yo estaba —y por eso me hulé bien— entre ella y la señora de González Garaño. No estuvo Adelina, temerosa de recuerdos; pero sí María Rosa, y Nora Lange, y Elena Cid. Después fuimos al teatro a ver *Sunchales*, de Vacarezza, con Tita Marelló..."

Insistiendo sobre estas deficiencias, no resulta difícil al lector (pensemos en un "lector" del nivel que estas obras requieren), no resulta difícil —señalo— corregir nombres propios y títulos de obras famosas o muy conocidas. La dificultad crece cuando nombres y obras corresponden a un nivel menos espectacular, o tienen vigencia local. Por otro lado, debemos tener presente que el tomo tercero abarca, en su mayor parte, la etapa argentina de Pedro Henríquez Ureña. Si bien nosotros podemos remediar, por razones obvias, todas o casi todas las fallas (hay algunas de difícil solución), no creo

6. Cf. *Epistolario íntimo*, I, pág. 131.

7. Ver *Epistolario íntimo*, II, pág. 185.

8. Cf. *Epistolario íntimo*, III, pág. 401. Y un breve muestrario, que toca a menudo lo pintoresco: "El teatro rioplatense (Sánchez, E. Herrero, Laferrere)" por "el teatro rioplatense" (pág. 401); nombres de poetas argentinos en Venezuela: Manuel Arciniegua Segura, *Sr. Catita*; *Focunco* (pág. 411); Mansilla, *Ranguelos*, Laubarría (pág. 412); "Imbellini", por Imbelloni (pág. 465); "Ferrús" por Purús, "Berganin" por Bergamín (pág. 466); "*El Cocobanto de Herrlin*" por *El cocobacilo de Herrlin* (pág. 292); "Sánchez Roulet" por Sánchez Roulet (pág. 375); "Díaz Difoo" por Díaz Dufco (pág. 262); "Pettoriti" por Pettoruti; "Córdova Iturburi" por Córdova Iturburu (pág. 394).

que ocurra lo mismo con lectores que pertenecen a otros ámbitos americanos. Y pienso, de manera especial y también por razones comprensibles, en los lectores dominicanos y mexicanos, en primer término.

Estos defectos, con ser apreciables, no anulan el valor esencial que ostenta la publicación de este rico epistolario. Nos duele, admitimos, que la edición en sí, sus méritos externos, no estén a la altura de lo que Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes merecen. Pero esto no borra —insisto— los reales méritos del *Epistolario Intimo*. En fin, es de esperar que en una nueva edición de la obra se corrijan las erratas (y errores) que se encuentran en ésta. El diligente Juan Jacobo de Lara sé que lamenta esta contingencia, y, en definitiva, él está en condiciones (solo o con múltiples ayudas) de darnos una edición mejor...

### *El "Epistolario"*

Vayamos ahora a lo fundamental, es decir, al contenido de esta extraordinaria colección de cartas, que reconozco con pocos equivalentes en las letras hispanoamericanas.

Hoy (puede leerse "a partir del Romanticismo") los epistolarios revisten, como otras formas confesionales, significación notoria, y, paralelamente a manifestaciones genéricas más tradicionales alcanzan, en ciertos casos, dimensión de auténticos documentos literarios.

Por otra parte, si sospechamos que en muchos autores antiguos (leamos: "con anterioridad al Romanticismo") la carta de un escritor famoso, valga el caso, agotaba su ciclo en el goce de la escritura y el afán de la comunicación inmediata, cabe aceptar que la carta del escritor moderno (pensemos, de nuevo, en el escritor famoso, o que escribe la carta cuando ya ha adquirido fama) presupone casi siempre la posibilidad de la publicación. Difícilmente, en su tiempo; normalmente, como obra póstuma. Necesidad y, también, resguardo...

En concreto, el epistolario cambiado entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes da la sensación de atender a varios de estos rasgos. Por lo pronto, tiene apreciable calidad y se difunde como colección después de la muerte de ambos, y con cierta perspectiva temporal.

Son de sobra conocidas las direcciones que los dos hombres siguieron, con afinidades genéricas pero también con diferencias. Así, si aceptamos para algún momento de Pedro Henríquez Ureña la condición del lírico y del autor de ficciones, mucho más las identificamos con Alfonso Reyes.

¿Se reflejan estas líneas en el epistolario? Yo creo que sí, y no pienso que sea un espejismo lo que me hace ver las identificaciones que señalo.

Consecuencia en buena medida de lo que digo (con agregados que atribuyo a temperamento, lecturas, formación, etc., más que a motivos de edad), y sin establecer una separación tajante entre uno y otro, Pedro Henríquez Ureña es el que asume, notoriamente, el papel de maestro o consejero de Alfonso Reyes, el corresponsal que responde consultas y marca caminos.



(Esto se da sobre todo en una extendida primera época, y sin cerrar la posibilidad de una situación inversa, aunque mucho menos perceptible). En fin, Pedro Henríquez Ureña trasunta un estilo hecho de rigor conceptual, de sobriedad discursiva. En otro nivel, impresiona la excepcional abundancia de noticias, especialmente literarias, que encontramos en párrafos de sus cartas.

Como digo, resulta exagerado establecer límites tajantes entre uno y otro, dentro de las características señaladas. Lo que sí cabe agregar es que corre más por cuenta de Alfonso Reyes el toque de humor, la acotación ingeniosa, la cita lírica, la intercalación descriptiva... En fin, la nota "elegante" que le permite el nivel social de las embajadas. ¡Ah! y una mayor debilidad por los "chismes" (eso sí, que Alfonso Reyes sabe adornar adecuadamente).

Por encima de las diferencias que podemos establecer entre los dos, es mucho más lo que los une que lo que los separa. No olvidemos, por último, que se trata de un epistolario que dura cuarenta años, extendido lapso que desordena caracterizaciones muy nítidas.

### *Coordenadas*

Por descontado, es la propia materia la que determina las vías a seguir, sin olvidar la condición genérica de ese material. Así, pues, en la necesidad de establecer los temas predominantes (temas predominantes y valores estéticos) dentro del epistolario intercambio entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, diré que, según mi parecer, estos son los aspectos vertebradores:

- 1) Datos biográficos más directos; noticias familiares; cargos, viajes, lugares...
- 2) La obra propia. La lengua y la literatura. El libro. La elaboración de las obras y la difusión.
- 3) El entorno cultural. Informaciones determinadas por el ámbito en que residen. Juicios de valor.
- 4) Etopéya. El epistolario como reflejo personal de los dos hombres. La historia íntima de una larga y fecunda amistad.
- 5) La correspondencia cambiada entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes como trasunto de valores expresivos. Las cartas en conexión con las obras más declaradamente artísticas, o científicas, o didácticas, publicadas por ambos.

### *Biografía externa*

Como línea visible, asistimos, a través de las cartas, a una buena parte de las vidas de los dos hombres. Debemos tener presente que el epistolario se extiende desde 1906 (1907) hasta 1944, en relación a las siguientes fechas límites de uno y otro: PHU (1884-1946); A. Reyes (1889-1959). No hay,

evidentemente, una diferencia apreciable de edad. Con todo, y con alguna sorpresa de nuestra parte, PHU se separaba, de manera más apreciable, de su amigo. Así, establecía entre los dos, en una carta de 1921, una diferencia generacional que superaba los escasos años que medían, efectivamente, entre 1884 y 1889:

¡Otra vez, incansable peregrino!... (Cita que tú no recordarás, porque si bien la diferencia entre nuestras edades no es tan grande como parecía hace quince años, tu educación y la mía están separadas por el espacio de una generación: la tuya, 1900; la mía, 1880)<sup>9</sup>...

El epistolario comienza, para los dos, en plena época de juventud, y se clausura casi con la muerte de PHU. Como ya he dicho, son cuarenta años, dentro de dos vidas plenas y con una serie de etapas bien definidas. Se conocieron en México, en la primera residencia de Henríquez Ureña en este país. Allí se cimentó la amistad, al mismo tiempo que el dominicano impresionaba, más allá de sus pocos años, como uno de los más activos miembros de la renovación cultural mexicana de principios del siglo. Después, hay sobre todo otra época importante en que los dos viven cercanamente: son algunos años, a poco de instalarse PHU en la Argentina. En lo demás, los cargos docentes de Henríquez Ureña, por un lado, las misiones diplomáticas de Alfonso Reyes, por otro, marcan también las separaciones, junto con los ecos que la diversidad determina en el contenido de las cartas.

Las noticias y comentarios vinculados a las ocupaciones "oficiales" no constituyen motivos absorbentes en la correspondencia. De manera explicable, quizás como derivación de la propia jerarquía social, los que tienen que ver con el "Embajador" Alfonso Reyes tienen algo más de peso.

Paralelamente, los registros personales. Si tomamos la vida de Henríquez Ureña, surgen los episodios vitales: el casamiento con Isabel Lombardo Toledano, los nacimientos de las hijas (Natalia [Natacha], en México; Sonia, en la Argentina), el crecimiento y las enfermedades de las niñas...

En fin, los comentarios a los lugares en que residen y a los acontecimientos locales trascendentes. Todo esto, dentro de un ritmo normal, aunque los interlocutores se llamen, como aquí, PHU y A. Reyes. Los viajes, y otras actividades (en el caso de Pedro Henríquez Ureña, valga el ejemplo, su continuada labor editorial, sobre todo en la Argentina: Sur, Espasa-Calpe, Losada) son también datos que las cartas atestiguan con alguna amplitud. Y con esto nos acercamos ya a la literatura y a lo mucho que ella representa en sus vidas.

Si tuviera que subrayar el rasgo por excelencia de este singular epistolario, sin olvidar la multitud de facetas que lo caracteriza, yo diría que es el sentimiento de la amistad. En consonancia con los temperamentos, el que

---

9. Pedro Henríquez Ureña, carta a A. Reyes, fechada en Minneapolis, el 19 de junio de 1921. (*Epistolario íntimo*, III, pág. 195) Se trata, claro, de una "separación" subjetiva y ocasional.

más lo destaca o declara es Alfonso Reyes. En realidad, no hace falta que lo declare, puesto que palabras y tono lo trasuntan con bastante nitidez.

### *Manifestaciones literarias propias*

Anudando con una afirmación anterior, creo que, comparativamente, el tema que predomina en las cartas es el que se liga al mundo de los libros. O, si preferimos, el de la literatura. Con ramificaciones que, especialmente en el caso de PHU, abarcan raíces filosóficas y resonancias artísticas variadas.

Con respecto a las obras propias, abundan las noticias que dan cuenta de la elaboración, primero, y de la publicación, después. En el primer caso, cada autor suele anticipar algo del proceso, y, en ocasiones, la carta es también testimonio del pedido de un dato, o de un consejo acerca de la obra en preparación. Así como, más adelante, lo será de la aparición del libro (o del artículo) y aún de su difusión. De nuevo, se trata de un itinerario normal, sin que esto equivalga a decir que corresponde a un proceso mecánico, o, simplemente, repetido.

Entre muchos ejemplos, valga este párrafo de una carta de Alfonso Reyes, escrita en 1914:

"Ciertas todas tus críticas, exactísimas. Ciertó también que el error me viene de escribir de prisa. ¡Antes he escrito! Lo hice por tarea, de carrera, sin preocuparme mucho, porque tenía muchos cuidados materiales que me solicitaban<sup>10</sup>..."

Y una carta de Pedro Henríquez Ureña, de 1922, ratifica, en cierto modo, las dos grandes etapas que pueden señalarse dentro de su obra escrita. Quiero decir, dos etapas de tiempo casi equivalente, aunque desigual en logros. Pues bien, en esa carta de 1922, escrita desde México, PHU, con algún desaliento, dice que "no ha hecho nada". Copio:

"No he hecho nada. Voy al fin a publicar libros, de crítica y de pedagogía. La gente insiste demasiado en que yo "no he hecho nada"<sup>11</sup>..."

Conociendo, como conocemos, sus escritos, la confesión resulta exagerada. Por lo pronto, había publicado ya varios libros (entre ellos, el más importante y reciente, sobre *La versificación irregular en la poesía castellana*), numerosos artículos y, en otro nivel, había pronunciado muchas conferencias. El texto —creo— puede entenderse mejor si pensamos no

10. Alfonso Reyes, carta a PHU, fechada en París, el 7 de marzo de 1914. Ver *Epistolario íntimo*, I, págs. 210-211.

11. Pedro Henríquez Ureña, carta a A. Reyes, fechada en México, el 27 de abril de 1922. (Ver *Epistolario íntimo*, III, pág. 216).

tanto en lo que PHU había hecho, sino en lo que pensaba hacer. Y, en otra perspectiva (no olvidemos el sentido confrontador que tiene el epistolario) en lo mucho que ya había publicado Alfonso Reyes.

Dejando de lado abundantes datos ilustrativos que se vinculan a las obras de PHU, y declarados por éste, la situación de Alfonso Reyes es, desde un comienzo, diferente. Mejor dicho: si bien a partir de un momento dado el ritmo de producción de los dos hombres es más o menos equivalente en número, la diferencia se da en el hecho de que, con cargos diplomáticos o no, la labor escrita del mexicano aparece como más regular. Con otras palabras: la producción de Alfonso Reyes fue no sólo más variada, genéricamente hablando, sino que mantuvo un mismo ritmo desde su iniciación, mientras que la de PHU se acelera particularmente después de 1920.

### *El entorno literario-cultural*

Si las noticias que se vinculan a la obra propia tienen a menudo valor especial, no menos deben apreciarse, en este epistolario, los juicios o noticias que nos transmiten sobre los demás.

Lo corriente es que autores y obras correspondan al lugar donde residen. Que sean, por ejemplo, autores que tanto PHU como A. Reyes conocen, o que acaban de serles presentados. Caben también impresiones sobre autores de otras latitudes, como caben las noticias o el comentario sobre el autor "clásico"... Todo es posible, sabiendo como sabemos cuanto importa el "libro" en el mundo de estos dos hombres. Sólo es necesario tener presente que estamos frente a una colección de cartas, con toda la libertad pero también con todas las limitaciones que ofrecen, y a las cuales no podemos reclamar la minucia ni la extensión de un ensayo o de un artículo.

Comparativamente, quizás sean más ilustrativos y variados los juicios críticos de Pedro Henríquez Ureña sobre las letras contemporáneas en diversos países de América. Pero, una vez más, resulta difícil establecer divisiones rotundas entre los dos correspondientes.

Yo creo que, atendiendo al nutrido material del *Epistolario*, es igualmente difícil la selección de trozos representativos. Sin embargo, obligado a dar ejemplos, me decido por sendos testimonios que identifico como "Alfonso Reyes y España" (especialmente, con autores vinculados al Centro de Estudios Históricos de Madrid), y Pedro Henríquez Ureña y la Argentina. Eso sí, las versiones son heterogéneas, ya que Alfonso Reyes, en sus cartas a PHU, se ocupa menos de darnos una visión de la literatura española de aquellos años de la década del veinte, que de darnos, sobre todo, semblanzas de sus compañeros del Centro de Estudios Históricos (Américo Castro, Onís, Solalinde, etc.). Lugar aparte merece, por la intervención que a él le tocó, lo relacionado con el Centenario gongorino, de 1927.

En parte, por explicable razones de cercanía (aunque no por este único motivo) nos atraen más las noticias y juicios que PHU nos transmite acerca de la literatura argentina de la misma época. Con la presencia novedosa de la literatura "joven", pero sin restringirse a ella, PHU juzga desde fuera, si

bien ya había comenzado su trato con varios de esos autores. No oculta su simpatía por algunos de ellos, al mismo tiempo que reconoce valores en escritores argentinos de generaciones anteriores. En este sentido, me parece importante una carta de PHU fechada en Miramar, en enero de 1927, carta que, por diversos aspectos, considero antológica<sup>12</sup>. Se trata de un breve esquema que incluye representantes de cuatro generaciones de escritores que escriben en la década del veinte, y que, desde nuestra perspectiva, resulta certero y clarificador.

En otro nivel, hay que destacar las coincidencias. De manera especial cuando mencionan o enjuician nombres consagrados o famosos de la cultura española. Así, los dos coinciden en el rechazo de Rafael Altamira y de Ortega y Gasset (no le perdonan —dicen— su petulancia), y en la aceptación, con reparos, de Juan Ramón Jiménez y de Federico de Onís. En fin, para hacer algo más completo el mapa, diré que, en relación a la literatura argentina, coinciden igualmente en el rechazo de autores como Ricardo Rojas, Manuel Gálvez y Hugo Wast... Por descontado, no es asunto de tomar los juicios (a menudo, adjetivos o enunciaciones circunstanciales) como dictámenes inapelables. Lo que aquí pretendo, como se habrá adivinado, es establecer una síntesis descriptiva, acorde a los límites propios de un epistolario.

### *Etopeya*

En realidad, el breve análisis del epistolario como reflejo de la biografía externa de los dos hombres nos sirve, en mucho, de puerta de entrada para el ahondamiento de los rasgos anímicos de los interlocutores, o, si preferimos, para deducir de los párrafos indicios de lo que podríamos llamar "biografía interna" de ellos.

Si medimos el material por el número de párrafos, no encontramos mayor diferencia entre PHU y A. Reyes: tanta abundancia ofrece uno como otro. Pero, no sin cierta paradoja, ese aparente equilibrio muestra también la mayor contención y a veces la parquedad de PHU, frente a la mayor locuacidad o el desborde imaginativo que caracteriza a Alfonso Reyes.

Es cierto —y ya lo he dicho en otras ocasiones— que, sin negar la altura más o menos equivalente (y aun la mayor fama de Alfonso Reyes) el epistolario revela el nivel distinto en que uno y otro se colocan. Sobre todo, insisto, en una extendida primera etapa. Pedro Henríquez Ureña es el consejero, el que responde las preguntas y soluciona los problemas que Alfonso Reyes le plantea.

A propósito de la mayor fantasía y locuacidad de Alfonso Reyes, éste llega también a ciertas exageraciones o defectos que, en ocasiones merecen el reproche, casi siempre amable, de Henríquez Ureña. Un ejemplo:

---

<sup>12</sup> Ver *Epistolario Intimo*, III, págs. 315-337

"No me disgusta el fantaseo; me agrada, pero si me disgusta tu eterna queja contra las gentes ¿Por qué no les ves más que defectos? Es el espantoso vicio mexicano...

Recuerdo a mis amigos, a menos que hayan hecho algo imperdonable, por sus cosas buenas y no por las malas<sup>13</sup>..."

En general, Alfonso Reyes cumple cabalmente con el papel de discípulo respetuoso, cuando actúan, en realidad, como discípulo. Muy raramente, aparece en él el rechazo o el descontento.

No olvidemos, por último, que las cartas (y más si se trata de un epistolario con la extensión temporal, abundancia y riqueza como el que estudiamos) revelan, en consonancia con el sentimiento de la amistad que identificó a los dos hombres, las virtudes inherentes a ese sentimiento: sinceridad, entrega, gratitud, ayuda, etc. De más está decir que de todo esto hay sobrados testimonios en los párrafos del nutrido epistolario.

### *Realces expresivos*

Sería exagerado afirmar que la colección de cartas cambiadas entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a lo largo de tantos años es, toda ella, una colección de piezas antológicas. Pero, si no es así, conviene de inmediato señalar que es uno de los mejores testimonios de este tipo que ofrece el mundo hispánico en lo que va de siglo (bastante avanzado, por otra parte). Y, en fin, que más allá de los rasgos importantes ya vistos, agrega asimismo, como nota subrayadora, abundancia de virtudes expresivas.

De manera llamativa, y no se trata aquí de un torneo de cumplidos o elogios recíprocos, cada uno de ellos elogia, en determinados momentos, las cartas del otro. Así, Alfonso Reyes le dice a su amigo, a fines de 1918, que espera publicar una edición de las cartas de PHU:

"Estoy por publicar tus cartas en edición crítica, en cuanto la paz mejore los precios del papel<sup>14</sup>..."

Y aunque Alfonso Reyes no lo especifique, no cabe ninguna duda de que la intención significa un claro sentido de homenaje.

Por su parte, Pedro Henríquez Ureña subraya, en 1927, los signos de aprobación que, en la Argentina, están mereciendo las cartas enviadas por Alfonso Reyes a diversos corresponsales. La noticia aparece en una misiva de PHU a Daniel Cosío Villegas, fechada en la ciudad de La Plata:

---

13. Pedro Henríquez Ureña, carta a A. Reyes, fechada en Minneapolis, el 10 de enero de 1917. (Ver *Epistolario íntimo*, III, págs. 89-90).

14. Alfonso Reyes, carta a PHU, fechada en Madrid el 17 de noviembre de 1918. (Ver *Epistolario íntimo*, III, pág. 125).

"Conténtate —le dice— con que las cartas hablen de lo que a uno se le ocurre en ese momento. Por eso las cartas de Alfonso son estupendas y gozan de fama en la Argentina<sup>15</sup>..."

Concretándome a los rasgos "literarios" que las cartas revelan, diré que asistimos, en determinados momentos, a una especie de justa en que tanto uno como otro compiten en efusiones líricas. Sobre todo, cuando las circunstancias permiten tales efusiones. Sin embargo, reitero que tal dirección es más afín, o se destaca más, en las cartas de Alfonso Reyes. En consonancia, también, con los perfiles individualizadores del epistolario.

En síntesis, y superando detalles diversificadores, cabría adjudicar a Pedro Henríquez Ureña, junto a la riqueza conceptual y a la lengua sentenciosa, mayor concisión y rigor; a Alfonso Reyes, mayor riqueza lírica y humor. Pero sin que tales diferencias sean extremadas. Son muchos los ejemplos que pueden señalarse: valgan estos dos por motivos de economía. De Pedro Henríquez Ureña, y en carta antológica de 1927:

"Es verdad que a mí me turba un poco lo críptico: ¿por qué será? Es una peculiaridad que nunca he visto explicada: hay espíritus con delirio de claridad y espíritus con delirio críptico. Los que momentáneamente pasamos del ágora al claustro, somos echados al fin de nuevo al ágora ¿No es ése el caso de Paul Valéry? Tú debes de haberte dado cuenta de que yo he sido arrastrado al claustro por tu ejemplo; creo que lo he hecho mal; hay que ser "to the manner born", como tú<sup>16</sup>..."

Y este es el comienzo de una deliciosa carta, igualmente antológica, de Alfonso Reyes, fechada en 1930, con motivo de su nueva embajada, ahora en el Brasil:

"No sólo de Pan de Azúcar vive el hombre, y no esperéis de mí seguramente, que consagre mi primera carta a describiros lo que conocéis mejor que yo. Esto es, ciertamente, un paraiso terrenal, con todas sus ventajas e inconvenientes. El contraste con la urbanísima Buenos Aires es tan vivo, que comprendo que se desconcierte cualquiera que no sea tan europeo como nosotros..."

Me encontré con un caserón absurdo y dantesco, que me hace suspirar por el palacio de la calle Arroyo. En esta vida, como merece haber dicho Schopenhauer (Pangloss al revés), no todo puede ser mejor, pero todo puede siempre ser peor... El sitio todo, entre ciuda-

---

15. Pedro Henríquez Ureña, carta a Daniel Cosío Villegas, fechada en La Plata, el 20 de febrero de 1927. (Ver PHU, *Obras completas*, VI, ed. de Santo Domingo, 1979, pág. 394).

16. Pedro Henríquez Ureña, carta a A. Reyes, fechada en Miramar, enero de 1927. (Ver *Epistolario íntimo*, III, pág. 335).

dano y campestre, comprueba aquella visión de Claudel: ciudad que no ha expulsado al campo. Por la noche, nos despiertan entre los tranvías y los gallos... Pero pasemos al piso alto<sup>17</sup>...".<sup>1</sup>

### Conclusión

Hay un lugar común que suele repetirse con alguna frecuencia, y es el que se refiere a la pobreza de la literatura epistolar hispánica. No pretendo revertir drásticamente la aseveración, ni, mucho menos, desmerecer la reconocida importancia que, en este sector, ofrecen determinadas literaturas. En todo caso, sostengo que, por diferentes motivos, no atrae mucho entre nosotros la publicación de este tipo de testimonios. O, simplemente, que no hemos logrado vencer los escrúpulos que impiden la difusión de tales materiales, cosa que no suele ocurrir en otros ámbitos, de sobra conocidos. Claro que, de manera paralela, definiendo una vez más que el epistolario comentado —y no es el único— desmiente la inexistencia o pobreza de la literatura epistolar en lengua española.

Como he dicho en la primera parte de este estudio, la riqueza de la serie de cartas intercambiadas entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes no se corresponde con una edición acorde con su importancia. Sin embargo, me apresuro a señalar que esa limitación no constituye un desmedro notorio. Nos queda, en definitiva, el hecho plausible de una primera y no fácil publicación, y el tener a nuestro alcance un material imprescindible para el ahondamiento de dos personalidades de los quilates de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Finalmente, y como signo elemental de justicia, quiero insistir en la idea de que la posibilidad de mejorar algún día la presente edición de ninguna manera quita méritos a la labor de Juan Jacobo de Lara, incansable campeón por el buen nombre de Pedro Henríquez Ureña.

---

17. Alfonso Reyes, carta a PHU, fechada en Río de Janeiro, el 8 de abril de 1930. (Ver *Epistolario Intimo*, págs. 378-380).



## B) PEDAGOGIA Y LITERATURA (UNA COLECCION DE JOSE MARTI)

Es posible que el ingente trabajo editorial que realizó Pedro Henríquez Ureña en los últimos años de su vida no le haya permitido un nivel parejo en todas sus ediciones. Es posible. Pero también debemos reconocer que cuando su tarea se centraba en autores americanos, el nivel crecía. Como es fácil notar en la selección de José Martí que publicó la Editorial Losada en 1939.

Por descontado, para valorar su tarea debemos colocarnos en la actitud de críticos comprensivos del carácter de esos libros y de la intención que guiaba a PHU a prepararlos. Sospecho que no siempre se ha captado la gran utilidad que estas ediciones tienen. Y, como ejemplo, me parece adecuado reparar precisamente en esta selección de la prosa martiana.

José Martí, *Nuestra América*. Introducción de Pedro Henríquez Ureña. (Reedición. Editorial Losada, Buenos Aires, 1980).

---

De sobra sabemos que la significación patriótica de un autor (hispanoamericano o de otras latitudes) no siempre refleja una obra "escrita" de paralela permanencia. Afortunadamente, no es ése el caso del presente volumen, que, estoy seguro, constituye para los lectores que ya lo conocen un renovado goce. Y, para los nuevos lectores, la posibilidad de un singular descubrimiento.

Quizás la última afirmación parezca exagerada, y hasta puede determinar una afirmación con acentos de sorna: ¿Quién no conoce obras de José Martí? Respondo —y opino con conocimiento de causa—: muchos... En

parte como consecuencia del carácter periodístico que tuvo originariamente la mayoría de sus escritos. Y digo esto, también, sin olvidar que Martí suele ser autor de lectura obligatoria en ciertos ciclos de enseñanza.

En fin, me parece feliz la idea de la Editorial Losada de Buenos Aires de reeditar el volumen que Pedro Henríquez Ureña preparó en 1939 para una de las colecciones, la de los "Grandes Escritores de América", entre las varias que dirigió en esa Editorial. (Colección que, es bueno decirlo, fue el anticipo del más ambicioso plan que preparó para el Fondo de Cultura Económica, de México).

Aunque hoy nos parezca extraño, Henríquez Ureña preparó este libro reuniendo diversos ensayos y críticas de las entonces muy dispersas páginas en prosa de nuestro autor. En nuestros días, con varias ediciones de obras más o menos "completas" del escritor cubano, la tarea resulta mucho más descansada. En concreto, y a continuación de la breve y certera nota preliminar, Henríquez Ureña encabezó los materiales de José Martí con un ensayo de nombre y contenido revelador, y de allí sacó el título general del volumen. A ese ensayo agregó trabajos de diferente conformación y carácter (discursos, semblanzas, reseñas de libros, crónicas), si bien con la transparente unidad que les confiere el estilo de Martí.

No olvidemos el contenido temático que anuncia el título: *Nuestra América*, denominación subjetiva que, según nos recuerda Henríquez Ureña en otro lugar, Martí acuñó y otros, posteriormente, repitieron. El nombre presenta, y con frecuencia contrapone, los dos amplios ámbitos: "Nuestra América" (particularmente, Hispanoamérica) en relación a "La otra América" (la América de habla inglesa). Las dos, bien conocidas por el patriota cubano, aunque no sea muy asidua la confrontación en las páginas del presente volumen.

Desfilan por el libro variedad de tiempos y lugares; manifestaciones literarias de la América Prehispánica, héroes militares y escritores del siglo XIX, los diversos sectores geográficos de la América española... Por supuesto, no es casual que Henríquez Ureña haya atendido especialmente —y en primer término dentro de la recopilación— a escritos de Martí vinculados a la República Argentina. Como es de conocimiento general, Martí nunca estuvo en nuestro país, si bien es justo recordar que fue Cónsul de la Argentina en Nueva York durante un breve período (1890-1891)<sup>1</sup>. Y que, entre su nutrida labor periodística, ocupa sitio destacado la serie de colaboraciones que publicó el diario *La Nación*, de Buenos Aires<sup>2</sup>.

Ahora bien, como las crónicas y reseñas que vemos en la presente recopilación fueron escritas por Martí en la década del 80 y los primeros años del 90, descubrimos en las páginas "argentinas" de Martí una visión bastante coherente de lo que fue nuestra Generación del 80. Claro que no estamos

1. Cf., Estanislao S. Zeballos, noticia (en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, de Buenos Aires, 1901, IX, pág. 82).

2. Cf., Frida Weber (de Kurlat), *Martí en "La Nación" de Buenos Aires* (en la *Revista Cubana*, de La Habana, 1937, XI).

frente a una obra sistemática, o elaborada como un tratado, sino frente a breves ensayos y semblanzas; determinados, sobre todo, por libros y noticias que le llegan. Pero esto no es obstáculo para que, a través de su lúcido pensamiento y su brillante prosa, tengamos un cuadro animado de aquel momento argentino. Como ejemplo, vale su comentario al Mensaje Presidencial de Roca, del año 1883. En otro plano, la reseña escrita por José Martí con motivo de la aparición del libro de Alfredo Ebelot, *La Pampa*, es excelente testimonio de la atracción que ejercía en el cubano. La reseña no sólo da una idea general del contenido del libro, sino que agrega —algunos desencuentros aparte— muy vivos comentarios de Martí sobre la realidad finisecular del campo argentino. Así, no resulta exagerado decir que la obra de Ebelot, simpática en sí misma, “mejora” a través de la versión que transmiten los párrafos que comentamos.

Si por un lado, tales páginas pueden halagar nuestra condición de argentinos, sería injusticia no recordar muchas otras que el volumen trae: el discurso sobre Bolívar; las semblanzas de Páez, de Cecilio Acosta, de Rafael Pombo; la nota crítica sobre un poema de Pérez Bonalde; la breve noticia sobre *México en 1882*... En fin, habría que citar, prácticamente, todos los títulos.

Resalta y da lustre al libro la rica prosa martiana, ya lejos de la típica prosa romántica. Y resalta, tanto en el trabajado andar de sus corrientes colaboraciones periodísticas como en la un poco más empinada voz de sus discursos. Aunque sea fácil encontrar ejemplos, he aquí dos testimonios. El primero corresponde a su semblanza del rioplatense *Juan Carlos Gómez*:

“Hay seres humanos en quienes el derecho encarna y llega a ser sencillo e invencible, como una condición física. La virtud es en ellos naturaleza, y puestos frente al sol, ni se deslumbrarían, ni se desvanecerían, por haber sido soles ellos mismos, y calentado y fortalecido con su amor a la tierra... Aman por cuantos no aman; sufren por cuantos se olvidan de sufrir. La humanidad no se redime sino por determinada cantidad de sufrimiento, y cuando unos la esquivan, es preciso que otros la acumulen, para que así se salven todos. De estos hombres fue ese magno del Plata, que acaba de caer, no en la tumba, sino en la apoteosis...”

El segundo, a su discurso *A Bolívar*:

“Como los montes, era él ancho en la base, con las raíces en el mundo, y en la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria...”

Ahora que —como dije— la Editorial Losada tuvo la feliz idea de reeditar esta importante selección de José Martí debida a la diligencia de ese otro gran americano que se llamó Pedro Henríquez Ureña, me parece oportuno

recordar que en 1939 (es decir, el mismo año en que Don Pedro publicó su volumen), la Editorial Estrada publicó igualmente otra notable selección de Martí. Me refiero a las *Páginas selectas* (prosa y verso) del autor cubano, edición a cargo de Raimundo Lida, que lleva, además, un sustancioso prólogo<sup>3</sup>.

Como vemos, son sólo estos dos únicos títulos (y no cuesta encontrar otros volúmenes y estudios)<sup>4</sup>, el aporte argentino al mejor conocimiento de Martí que ofrece tributos dignos de señalarse, aunque tanto Henríquez Ureña como Raimundo Lida no hayan tenido como meta niveles muy ambiciosos. Pero bien sabemos que la calidad del crítico tiene también ocasión de manifestarse en el volumen de intención didáctica, o en la obra de difusión cultural.

En el caso particular de Pedro Henríquez Ureña, no como reparo (y, más bien, como apetencia personal), pienso que hubiera sido útil precisar el origen bibliográfico de cada trabajo incluido, junto al lugar y fecha de elaboración (que sí se dan). Y, como el tiempo no corre en vano, agregar algunas notas explicativas a las pocas que la edición incluye. Pero, aclaro, esto no deja de ser una minucia...

Bienvenida, pues, esta reedición que liga dos nombres tan caros a la mejor tradición americana, como son los de José Martí y Pedro Henríquez Ureña. Y que no casualmente se da en un volumen titulado *Nuestra América*. Título que refuerza, si cabe, la afinidad ideal entre Martí y Henríquez Ureña.

---

3. En bueno tener presente que Raimundo Lida, a la inversa de lo que ocurrió con PHU, no tuvo especial inclinación por este tipo de tarea. Sin duda, fue la riqueza de Martí lo que lo decidió a hacer su edición. Y el resultado, como es fácilmente adivinable, fue también óptimo.

4. No pretendo agotar las referencias bibliográficas. Sólo agrego el *Homenaje a Martí* publicado por la revista *Humanitas* de Tucumán en el año 1953. Es decir, con motivo del Centenario de su nacimiento.

## C) LAS "OBRAS COMPLETAS" DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Las "Obras completas" de Pedro Henríquez Ureña (aun con la libertad que cabe siempre a un título como éste) pudieron haberse publicado en la Argentina. Hubiera sido una excelente ocasión para que nuestro país testimoniara lo mucho que le debe, al mismo tiempo que ratificación de lo que la bibliografía del maestro muestra. Es decir, el caudal de una obra realizada en su mayor parte entre nosotros, y en su época de plenitud.

Ahora bien, si esta aspiración aparece justificada, también se justifica que las *Obras completas* de Pedro Henríquez Ureña (una edición de sus obras completas) aparezca en República Dominicana, su patria. Se podrá argüir que en el caso de nuestro hombre (como en el caso de Rubén Darío y tantos otros) no resulta tan sencillo adscribir la "nacionalidad" del autor a su lugar de origen. Con todo, no podemos menos que reconocer los derechos especiales de Santo Domingo (o, mejor, la República Dominicana) para reclamar prioridades y pertenencias.

Hay numerosas razones que sostienen esos derechos. Y, sobre todo, el reconocimiento del propio Pedro Henríquez Ureña, que, si vivió gran parte de su vida fuera de la patria, estuvo siempre dentro de ella en sus afectos y en su recuerdo continuado. (Creo que, en buena medida, pueden aplicarse a PHU las tocantes palabras que Alberdi escribió en su obra *Palabras de un ausente*, aún admitiendo que no aspiro a la equivalencia de la situación). Sirvan, por un lado, las obras fundamentales que, desde la Argentina, dedicó a Santo Domingo, su nostalgia de la Isla, los intentos, ligados más bien a solicitudes, para volver a su país (cuajados, finalmente, en los años 1933-1934)... En fin, los muchos amigos que siempre tuvo allí. Precisamente, esto nos lleva a darle el significado que realmente tiene al hecho de que

Pedro Henríquez Ureña entregara a Emilio Rodríguez Demorizi el archivo de su valioso epistolario.

Por su parte, Santo Domingo no sólo ha rescatado hace poco los restos de su hijo, sino que lo ha convertido, como corresponde, en su paradigma cultural. Así entendemos, entre otras cosas, el nombre de "Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña" dado a su principal centro de enseñanza.

Muchos otros homenajes pueden indicarse, homenajes en los cuales compiten destacados compatriotas del maestro. Precisamente, es justo mencionar aquí, en primera fila, a Juan Jacobo de Lara, que, desde hace años, ha hecho de Pedro Henríquez Ureña el tema fundamental de su vida. A él le dedicó su tesis doctoral, sobre él publica un "Boletín" de estudios y, creo no equivocarme al afirmar que su dedicación culmina con la reciente serie de las *Obras completas* de Pedro Henríquez Ureña, en diez tomos, así como en la edición del muy importante *Epistolario íntimo* cambiado entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, en tres tomos.

### *Las "Obras completas"*

Las *Obras completas* de Pedro Henríquez Ureña, publicadas por la Universidad Nacional PHU de Santo Domingo, al cuidado de Juan Jacobo de Lara, en diez tomos (Santo Domingo, 1976-1980) constituye hasta hoy la única edición que aparece con dicho título. Un esquema general de la obra, con los datos principales, nos descubre asimismo el siguiente contenido seleccionado:

- Tomo I (1899-1909) (Ed. de Santo Domingo, 1976). Incluye, entre otras obras, *Poemas*, *El nacimiento de Dionisos*, epistolario a Max Henríquez Ureña.
- Tomo II (1909-1914) (Ed. de Santo Domingo, 1977). Incluye, entre otras obras *Cuestiones métricas*, *El verso endecasílabo*, *Tablas cronológicas de la literatura española*, *Don Juan Ruiz de Alarcón*, epistolario.
- Tomo III (1914-1920) (Ed. de Santo Domingo, 1977). Incluye *El nacimiento de Dionisos* (sic), *Antología de la versificación rítmica*.
- Tomo IV (1920) (Ed. de Santo Domingo, 1978). Incluye, entre otras obras, *La versificación irregular en la poesía castellana*.
- Tomo V (1921-1925) (Ed. Santo Domingo, 1978). Incluye, entre otras obras, las *Observaciones sobre el español en América*, *Los cuentos de la Nana Lupe*, *La Utopía de América*, epistolario (a J. García Monge, a Alfonso Reyes).
- Tomo VI (1926-1934) (Ed. Santo Domingo, 1979). Incluye, entre otras obras, *Estudios y figuras*, *Apuntaciones sobre la novela en América*, *Observaciones sobre el español en América* (II y III), *Varia*, epistolario.
- Tomo VII (1935-1937) (Ed. Santo Domingo, 1979). Incluye, entre otras obras, *La América española y su originalidad*, *La cultura y*

*las letras coloniales en Santo Domingo*, epistolario (a Emilio Rodríguez Demorizi).

—Tomo VIII (1938-1940) (Ed. Santo Domingo, 1979). Incluye, entre otras obras, *Ello*, *Barroco de América*, epistolario (a Alfonso Reyes, a Emilio Rodríguez Demorizi).

—Tomo IX (1940-1944) (Ed. Santo Domingo, 1980). Incluye, entre otras obras, *El español en Santo Domingo*, *Literatura de América Central*, epistolario (a Flérida de Nolasco, a Emilio Rodríguez Demorizi, a Alfonso Reyes).

—Tomo X (1945-1946...) (Ed. Santo Domingo, 1980). Incluye, entre otras obras, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, *la Historia de la cultura en la América Hispánica*, epistolario (a Emilio Rodríguez Demorizi, a Pericles Franco Ornes).

En el primer tomo de las *Obras*, Juan Jacobo de Lara nos anticipa la disposición que tendrán los materiales reunidos: el orden cronológico (ya anticipado en los subtítulos de los tomos), con preferencia —dice— al orden en que aparecieron primitivamente. Con otras palabras: atendiendo a la publicación anticipada en revistas (cuando se da esa situación, y es corriente), antes que a la reunión de muchos de esos artículos en los libros.

Una particularidad digna de señalarse es la que se vincula al "Epistolario". Apoyándose en el rico archivo donado por Pedro Henríquez Ureña a su amigo Emilio Rodríguez Demorizi<sup>1</sup>, Lara dispone también, al final de cada tomo, una serie de cartas, en explicable paralelismo cronológico.

Cada tomo es precedido por un *Prólogo*, en el que Lara describe brevemente el material que incluye a continuación. Y cada obra publicada lleva en nota a pie de página la indicación bibliográfica correspondiente<sup>2</sup>.

Debemos agradecer a Juan Jacobo de Lara (conjuntamente con la Universidad Nacional de Santo Domingo) el esfuerzo realizado. Por primera vez, a casi cuarenta años de la muerte de Don Pedro, contamos ahora con una recopilación bastante "completa" de sus obras. (Ya conocemos el valor convencional que suele tener este título general).

En fin, para medir el mérito de estas "obras completas" hay que tener en cuenta la dispersión de los materiales en los distintos lugares en que nuestro autor vivió, así como lo extendido de su trayectoria. También, las dificultades que derivan de su carácter erudito o ensayístico, y el no fácil acceso a muchas de las publicaciones periódicas donde PHU publicó abundantes artículos no reunidos después en libros. Y no entro a considerar aquí problemas particulares que acompañan a algunas de las obras.

1. Hace muchos años, Emilio Rodríguez Demorizi me dio informes sobre este material. Curiosamente, fue Don Pedro el que me puso en contacto epistolar con su viejo amigo...

2. Por una parte, incompleto, y, por otra, quizás innecesario, el registro de las ediciones posteriores a la muerte de PHU. Pienso, sobre todo, en las ediciones que no significan variantes o enriquecimientos, sobre la base de textos dejados por el propio autor (correcciones, agregados, etc.), y que sólo se restringen a repetir una edición anterior.

Reconociendo, en primer término, todos estos méritos, no creo que sea desmedro apuntar ciertas limitaciones que se observan en estas *Obras completas*. Así, noto la ausencia de determinados artículos que me parecen importantes. Por otra parte, advierto que Juan Jacobo de Lara no siempre ha tenido acceso a diversos textos originales de PHU, y se ha remitido a recopilaciones posteriores, no siempre recomendables. Sospecho que Lara ha podido manejar mejor los materiales (importantes para una primera y extendida etapa) publicados en las regiones de las Antillas, México, los Estados Unidos, etc. Y, no tan fácilmente, los materiales que ubicamos en la segunda y extendida etapa que señalé. Es decir, la etapa de Buenos Aires que, como sabemos, nos da la plenitud del maestro. Con todo, debo declarar que no establezco aquí una separación de etapas absolutas. Y que, por el contrario, es justo decir que Lara ha utilizado un caudal de materiales impresionante, y que con su reproducción ha rendido un alto homenaje al escritor dominicano.

Hay finalmente un aspecto que me interesa puntualizar, y no como rasgo positivo. Tiene que ver con la inserción de algunos estudios de PHU que, sobre todo a través de la edición de Emma Susana Speratti Piñero, se han publicado "actualizados" después de la muerte de Don Pedro. Hace tiempo se señaló lo peligroso del procedimiento<sup>3</sup>. De ahí nuestra sorpresa al notar que Lara copia dichos textos, que, aunque pocos, desmerecen el rigor del crítico. (Y esta es también una prueba —nueva prueba, como dije— de que Lara ha recurrido en ocasiones a textos dudosos, y no a los textos auténticos de PHU).

### *Hacia unas nuevas "Obras completas" de PHU*

Después de lo dicho, y más allá de los reparos, no fundamentales, que he hecho a la edición de Juan Jacobo de Lara, creo que parece redundante insistir en los especiales méritos de su tarea.

Hecha esta salvedad —pero sobre la base de lo mucho que representa precisamente esta edición— me parece que puede entenderse mejor mi deseo de aspirar a unas nuevas "Obras completas" del maestro dominicano. Edición que no sólo corrija las limitaciones que señalé, sino que, al mismo tiempo, ofrezca una estructura diferente. Opino que ésta es también una manera de variar disposiciones, y no insistir machaconamente con un mismo esquema.

Al respecto, y sin considerar que se trata de un modelo ineludible, entiendo que en el seno de Pedro Henríquez Ureña podría hacerse un intento semejante al de la última y reciente edición caraqueña de las *Obras completas* de Andrés Bello, aún no terminada pero a punto de terminar<sup>4</sup>. Con

3. Cf., *Obra crítica de Pedro Henríquez Ureña* en la *Revista Interamericana de Bibliografía*, Washington, 1963, XIII, no. 1, págs. 60-71).

4. Ver Andrés Bello, *Obras completas* (tomo I, Caracas, 1962). Lleva publicado ya más de veinte tomos, a cargo ahora de "La Casa de Bello".



acopio notable de materiales, con distribución de los tomos por materias, y como labor de diversos especialistas, afines a las disciplinas o temas incluidos.

De este modo se evitarán —creo— las anomalías o defectos que vemos en distintas ediciones (selecciones) que se han publicado después de la muerte de Pedro Henríquez Ureña. Como, por ejemplo, el de elegir a Borges como autor del prólogo que lleva la *Obra crítica* editada en México, en 1960<sup>5</sup>. O, sin salir de esta misma edición, el intento de "poner al día", con el agregado de unas notas, estudios del maestro dominicano, con notas que, por lo común, revelan más audacia que cabal conocimiento.

En razón de las disciplinas que cultivó con preferencia Pedro Henríquez Ureña es indudable que algo ha envejecido, o ha sido superado o corregido. Nuestro hombre no es ni puede ser excepción a una especie de "ley" adscrita a tratados y ensayos. Pero esto, de más está decirlo, no constituye un desmedro para una obra nutrida que se mantiene en gran parte vigorosa. Mejor aún: que sirve a menudo como punto de partida a los nuevos investigadores. Por eso —insisto— yo creo que en lugar de agregar tímidas notas referidas a trabajos posteriores, lo más indicado es elaborar nuevos estudios con las correcciones pertinentes. Esto es lo que el respeto a su obra merece, y lo que PHU hubiera aprobado...

Hay otro sector en el que quiero detenerme, dentro o fuera del título de *Obras completas*. Me refiero a los trabajos de "divulgación" y material didáctico, importante grupo de obras a las cuales no siempre se le ha prestado la atención debida. Reconozco, sí, los altibajos, así como la necesidad, hoy, de establecer una compulsa rigurosa, con un sentido de selección que no siempre se ha seguido. Pienso, como ejemplo, en los tomos publicados en los últimos años por la Editorial Losada, de Buenos Aires<sup>6</sup>. (Editorial —sabemos— a la que PHU perteneció desde sus orígenes y a la cual dedicó una intensa actividad en este rubro).

Vuelvo a retomar el hilo principal de estos párrafos. Es decir, a la posibilidad de unas nuevas *Obras completas*, con las características señaladas, donde se armonicen, en lo que cabe, disciplinas, formas genéricas y temas, por un lado, y orden cronológico, por otro. Es sobre esta base que propongo la división siguiente (demás está decir que los números indican partes y no tomos):

5. Me refiero, por supuesto, a la edición de la *Obra crítica* de PHU publicada por el Fondo de Cultura Económica de México, edición cuidada por Emma Susana Speratti Piñera (México, 1960). De más está decir que el juicio que me merece este libro, no tiene que ver con el aprecio que siento por la cuidadosa y, menor aún, con la admiración que, en tantos aspectos, me merece Borges. En todo caso, deseo hacer aquí hincapié en la necesidad de ahondar en el estudio de las relaciones entre PHU y J.L. Borges, estudio que aún no se ha hecho, y sobre el cual existe una documentación abundante y sugestiva.

6. Para no extenderme demasiado sobre este punto, y a manera de ejemplo, basta comparar la edición (selección) de los escritos de José Martí (*Nuestra América*, ver ed. de Buenos Aires, 1980) con los pocos lucidos tomos de Quevedo (*El Buzón y Los Sueños*). Con algún misterio con respecto al origen de esta edición de *Los Sueños*...

## 1) *Obra lírica, obras dramáticas, cuentos*

Se trata, casi siempre, de obras juveniles. El valor es desigual, pero no puede omitirse. Su lírica muestra asunto y acento modernista, en consonancia con la época en que nació. No impresiona por su altura y el propio autor no sintió mayor estimación por ella, ni insistió en el género.

Mayor ambición muestra su obra dramática *El nacimiento de Dionisos*, "ensayo de tragedia antigua", publicada en 1916. Eso sí, tampoco aparece como obra recordable. Por su parte, los cuentos (casi todos, cuentos infantiles) publicados primero sin firma en *El Mundo*, de México (septiembre-noviembre de 1923), y reunidos después de su muerte con el título de *Los cuentos de la Nana Lupe*, en 1966, tienen algún mérito<sup>7</sup>. Responden a un impulso que poco después se cortó. Sin duda, como se cortó tempranamente su obra lírica y su vocación teatral. En síntesis, una introducción no muy brillante, pero es, de todos modos, el obligado punto de partida de su obra.

## 2) *Estudios filosóficos, estéticos y sociológicos*

Estas disciplinas aparecen con fuerza en sus primeros ensayos. Sin que el estudio signifique necesariamente adhesión a las ideas que expone, desarrolla temas como el positivismo (de manera especial, la repercusión del positivismo en México, y, sobre todo, en Antonio Caso), Nietzsche, el pragmatismo, la filosofía de Henri Bergson.

De la misma manera, sus ensayos sociológicos ofrecen, por un lado, referencias a la teoría, y, por otro, sus repercusiones americanas. Como ocurre cuando subraya los méritos de sendos tratados debidos a las plumas de Eugenio María de Hostos y Enrique Lluria.

Sin pretender que las páginas filosóficas, de estética pura y sociológicas ocupan el lugar importante que concedemos a los temas literarios en general, admitimos su presencia visible dentro del cuerpo de sus primeros ensayos. Ensayos que posteriormente toman direcciones más definidas en relación a las líneas absorbentes que marcan literatura y lingüística (y aun otras manifestaciones "culturales"). Esto no significa, por supuesto, un silencio total: lo atestigua, entre otros, el estudio que dedica a un libro de Aníbal Sánchez Reulet.

Entre los diversos comentarios que este sector determina, reparo, por ejemplo, en el hecho de que PHU fue de los primeros, si no el primero, que, en el mundo hispánico destacó las excelencias del norteamericano-hispano Santayana<sup>8</sup>. Y, en fin, que sin necesidad de establecer divisiones muy tajantes, filosofía, estética y sociología quedaron en él como respaldo firme de los panoramas culturales, obras orgánicas y ensayos que fue elaborando hasta el final de su vida.

7. Ver Pedro Henríquez Ureña, *Los cuentos de la Nana Lupe* (ed. de la UNAM, México, 1966).

8. Y por proximidad y reflejos, podemos pensar que Raimundo Lida recibió incitaciones de PHU para el valioso libro (y otros estudios) que dedicó especialmente a las ideas estéticas de Jorge Santayana.

### 3) *Obras didácticas, antologías, prólogos*

Entre este grupo hay que distinguir las obras escritas en colaboración (con Amado Alonso, Narciso Binayán, Jorge Luis Borges, Jorge Bogliano, etc.) y las obras que preparó solo. (Un ejemplo, juvenil y típico: sus *Tablas cronológicas de la literatura española*, 1ª ed., México, 1913; 2ª, Boston-N. York, 1920; sobre el modelo de las tablas del manual de Gustave Lanson). En otra perspectiva, las diversas antologías y los prólogos (más las notas y demás materiales) que acompañan sus ediciones. Pienso, de manera especial, en la serie que dirigió hacia el final de su vida, y que no alcanzó a terminar, de las "Cien obras maestras de la literatura y del pensamiento universal".

Aunque este sector (como otros) muestra tramos que han envejecido, es justo agregar de inmediato que tal signo no es general. Así, hay prólogos (para referirme a la parte más visible) que pueden leerse hoy con la misma utilidad que tuvieron cuando se publicaron. Y esta sensación es la que experimentamos ante algunas reediciones de los últimos años. (Insisto: algunas, no todas).

Al margen de la mayor o menor vitalidad de este grupo, me parece justo encomiar el espíritu que movió a PHU, casi desde sus primeras obras, para ofrendar a niveles populares la riqueza del acervo literario universal (y, dentro de él, con su inclinación hacia lo americano). Este esfuerzo debe apreciarse, de manera especial en nuestro país, donde el terreno suele escindirse tajantemente entre el erudito de obra ambiciosa, por un lado, y, por otro, la labor del divulgador más o menos preparado para su menester.

Comparativamente, y en relación a estas dos secciones nítidas, la tarea de PHU aparece aquí como el intento meritorio de llevar aportes de sus investigaciones y estudios de mayor nivel a un público no especializado, ávido de iniciaciones. Admito que hay ocasiones en que no se da esta relación (quiero decir que PHU no cumple con la doble cara que señalo). Así y todo, subrayo el valor ejemplar que tiene una gran parte de las obras que incluyo en este grupo, así como la noble intención que lo mueve.

### 4) *Ensayos y artículos de crítica literaria*

Esta parte constituye el núcleo más difundido y, al mismo tiempo, el punto básico en lo que toca al prestigio literario de nuestro hombre. Se trata de una producción muy nutrida, publicada primero en revistas y periódicos y con posterioridad reunida —casi siempre— en libros. Mejor dicho: determinados conjuntos de artículos alcanzaron la forma del libro. Con esto quiero señalar, en fin, que un apreciable caudal de ensayos debemos recogerlos aún en las publicaciones periódicas. Y, por descontado, muchos de ellos no son inferiores a los que, por diferentes motivos, leemos en sus libros.

Repito que se trata del principal apoyo del prestigio de Pedro Henríquez Ureña. Un ejemplo típico que sostiene lo que digo lo constituye su obra *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Buenos Aires, 1928), sin ninguna

duda la obra más famosa que lleva su nombre. Este libro comprende en realidad nueve ensayos, pero el título se aclara cuando conocemos que los "seis ensayos" son no sólo los primeros sino aquellos en que el maestro dominicano asienta su teoría de "americanismo literario".

En otra perspectiva —y siguiendo las divisiones más corrientes en las revistas filológicas— sería igualmente exacto afirmar que este sector de la bibliografía de PHU abarca artículos, notas y reseñas. Con el agregado de que la simple distinción externa de "notas y reseñas" se ve muchas veces sobrepasada por el valor que impone su contenido.

### 5) Estudios sobre métrica

Desde temprano mostró PHU particular inclinación por el estudio de la métrica española. En atención a las dimensiones y ambición de la obra, suele destacarse, como punto culminante, su trabajo sobre *La versificación irregular en la poesía castellana* (cito por el título de la 1ª ed., Madrid, 1920). Este tema fue primero su tesis de doctorado en la Universidad de Minnesota, y, años después, mejorada, uno de los primeros volúmenes publicados por el Centro de Estudios Históricos de la Universidad de Madrid. La obra lleva un prólogo de Menéndez Pidal. Hacia el final de su vida preparaba PHU una nueva edición, con nuevo título y agregados, que salió finalmente después de su muerte.

Aceptando el lugar de privilegio que ocupa este libro en su bibliografía, no podemos olvidar otros estudios suyos sobre métrica. Como la *Antología de la versificación rítmica* (San José de Costa Rica, 1918), más modesta; como los varios trabajos dedicados al verso endecasílabo, al eneasílabo, etc. En lugar aparte hay que colocar sus comentarios vinculados a los intentos de adaptar la versificación clásica a la versificación moderna, así como sus cotejos entre el verso español y el verso de otras lenguas.

Pedro Henríquez Ureña encaró sus estudios sobre versificación procurando superar el criterio descriptivo o estadístico que caracterizaba a muchos trabajos de su tiempo. Recordemos, entre otras cosas, que Tomás Navarro no había publicado aún su *Métrica española* (Syracuse, 1956), y aun la subtitulada "Reseña histórica y descriptiva"... Por eso el nombre de PHU figura con cierta frecuencia en las bibliografías sobre métrica escritas en nuestro siglo. Con la ventaja que también supone el registro de los reiterados enlaces entre la métrica peninsular y la métrica hispanoamericana.

### 6) Estudios lingüísticos

Sin discusión, otra de las partes fundamentales en la bibliografía de PHU. Como ya indiqué, no se trata de una manifestación juvenil, y explicar el por qué no resulta difícil. Su presencia se advierte, con claridad, a partir del momento, en cierto modo como escindidor, que marca el año 1920. O, si preferimos, en la segunda y final etapa que representa, de manera casi total, el magisterio rioplatense o argentino de Pedro Henríquez Ureña.

Como ocurre con las otras disciplinas que asociamos en su nombre —aquí con el refuerzo de su trascendencia— una variada gama de tributos lo identifica: libros, artículos, notas, reseñas... El primer título de relieve que aparece en su bibliografía especial es el que, simbólicamente, señala la dirección de esos trabajos. Me refiero a la primera parte de las *Observaciones sobre el español en América* (publicada en la *Revista de Filología Española*, de Madrid, en 1921). En efecto, el español de América fue el tema esencial de sus estudios, si bien y con mayor precisión, habría que decir que los trabajos más ambiciosos de PHU son los que se centran, explicablemente, en el español de Santo Domingo y en el español de México (predominio que no borra el reconocimiento de sus vastos conocimientos generales).

A su vez, este predominio no oculta otros temas. Como los estudios particulares acerca de la historia de diversos indigenismos (como parte de un plan más vasto). O como el problema, que tanto lo preocupó, de los orígenes del español americano. Problema, por otra parte, con mucho de polémico, a partir, precisamente, de la negativa de PHU de aceptar la tesis del andalucismo.

### 7) Historias y obras "orgánicas"

Con este título abarco, sobre todo, una breve serie de libros que no nacieron como reunión de artículos o ensayos individuales que, en un momento dado y por motivos varios, toma la forma del libro.

Una obra como *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* es, en realidad, ilustración o complemento a su estudio sobre *La lengua en Santo Domingo*. Sería, así, elemento de enlace con los estudios lingüísticos o, en todo caso, de situación intermedia.

Con mayor propiedad, el caillero que propongo incluye, en especial, dos de las obras más difundidas de PHU. Y, no casualmente, dos obras que pertenecen a los últimos años del maestro dominicano. De más está decir que esas dos obras son las tituladas *Literary Currents in Hispanic American* (1ª ed., Cambridge, Mass., 1945; poco después traducida como *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, (1ª ed., México, 1949) y la *Historia de la cultura en la América Hispánica* (obra póstuma, México, 1947).

### 8) Estudios sobre música, artes plásticas. Miscelánea

Llama la atención las tempranas aficiones de PHU por la ópera y la música clásica. Tan temprana, que la recordamos casi en sus años de adolescencia, en Nueva York. Por eso, no nos asombra que este tema aparezca en sus primeros artículos y en sus primeros libros.

Después, se repliega y hasta da la sensación de borrarse, frente al predominio cada vez más creciente de los estudios literarios y lingüísticos. Sin embargo, y aún aceptando la falta de continuidad de esta disciplina entre las obras de PHU, es justo destacar, en un momento avanzado, un trabajo de

la importancia como el que escribió sobre la *Música popular de América* (La Plata, 1930).

Si no a la altura de la música, no pasa inadvertida, dentro de la variedad de conocimientos de PHU, su dominio de las artes plásticas. Se refleja en multitud de lecturas que, a su vez, le permiten abundancia de relaciones. Particularmente en sus trabajos de crítica literaria. En lugar aparte, algunos ceñidos cuadros de épocas culturales. Y, en esta dirección, el más directo y amplio resumen que responde al título de *Historia de la cultura en la América Hispánica*, ya visto en el sitio que le corresponde.

### 9) Epistolario

La base principal del rico epistolario de PHU es la colección que éste entregó a su amigo y compatriota Emilio Rodríguez Demorizi, colección que ha permitido el conocimiento de un material realmente valioso.

En consonancia con el saber y las disciplinas cultivadas por PHU la mayor parte de los correspondientes guardan afinidad con sus mismas inclinaciones. Sus cartas sirven muchas veces como anticipo o complemento de sus estudios. Lo que conviene subrayar, en este especial sector, es el mérito notable que concedemos a ese epistolario, con pocos equivalentes en las letras hispanoamericanas de nuestro siglo.

Además, una inteligente colaboración (y la labor de Juan Jacobo de Lara) ha permitido hace poco reunir el epistolario cambiado entre Pedro Henriquez Ureña y Alfonso Reyes. Ya de por sí, esto constituye un capítulo especial, puesto que aparte de confirmar una amistad de cuarenta años, reviste la categoría de excepcional.

Fuera de este testimonio, a cierta distancia de él, pueden mencionarse las cartas de PHU a diversos correspondientes: a su hermano Max, a Emilio Rodríguez Demorizi, a Félix Lizaso, a J. García Monge, a Rafael Alberto Arrieta, y tantos otros. En lugar restringido, pero no menos importante, registramos sus cartas a Menéndez y Pelayo, José Enrique Rodó, Menéndez Pidal...

En fin, no cabe duda de que el epistolario de Pedro Henriquez Ureña guarda no sólo estrecha relación con su obra impresa más conocida, sino que también ratifica las especiales virtudes (morales, intelectuales, etc.) de su autor.

### Conclusión

A manera de párrafos finales, me complace reiterar que, de ninguna manera, el proyecto que ofrezco aquí pretende desmerecer el esfuerzo que representa la reciente edición de las *Obras completas* publicadas por la Universidad Nacional Pedro Henriquez Ureña, de Santo Domingo, cuidada por Juan Jacobo de Lara. Precisamente, lo que yo pretendo es aceptarla como una de las bases, y, sobre ella y otros materiales, ensayar una diferente estructura, con la posibilidad, también, de mayores ahondamientos. Asimismo, si aspiro, por ejemplo, a un trabajo en equipo, no por eso descarto

un autor individual (eso sí, no fácil de lograr) que se acerque a los conocimientos que singularizan el mucho saber de PHU.

Mientras tanto —repito—, sin olvidarme de algunas meritorias antologías y ediciones parciales de PHU que se publicaron después de su muerte (y es un lapso apreciable...) concedemos a las *Obras completas* dominicanas el primer lugar en la serie de tributos que nuestro autor ha merecido.

## INDICE

|               |    |
|---------------|----|
| Prólogo ..... | 12 |
|---------------|----|

### I

|                                                 |    |
|-------------------------------------------------|----|
| Las siete etapas de Pedro Henriquez Ureña ..... | 15 |
| Acotaciones biográficas.                        |    |
| Una premonición .....                           | 29 |

### II

|                                              |     |
|----------------------------------------------|-----|
| América: tema fundamental .....              | 33  |
| La crítica literaria en PHU .....            | 41  |
| “En busca de nuestra expresión” .....        | 55  |
| Los estudios lingüísticos .....              | 61  |
| Dos tesis polémicas .....                    | 79  |
| Henríquez Ureña y los Estados Unidos .....   | 87  |
| La elaboración de las grandes síntesis ..... | 93  |
| Ideas e ideales                              |     |
| Conclusión .....                             | 101 |

## APENDICES

|                                       |     |
|---------------------------------------|-----|
| A) El epistolario                     |     |
| PHU en su epistolario .....           | 111 |
| Un epistolario de excepción .....     | 119 |
| B) Pedagogía y literatura             |     |
| (Una edición de José Martí) .....     | 123 |
| C) Las “Obras completas” de PHU ..... | 127 |



# **PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, SIGNO DE AMERICA (Grabados)**

**PHU, adolescente**

**PHU en 1915**

**(Foto *La Gaceta*, Tucumán)**

**(Foto *La Nación*, B. Aires)**

**Max Henríquez Ureña  
1885-1968**

**Alfonso Reyes, el gran amigo.**

**PHU en la fundación de la revista *Sur*. En casa de Victoria Ocampo, junto a la anfitriona, Francisco Romero, Guillermo de Torre, Eduardo Mallea, Borges, Oliverio Girondo, Gómez de la Serna... (A esta fotografía se refiere V. Ocampo en su *Diálogo con Borges*, Buenos Aires, 1969).**

**Para el estudio de las relaciones entre PHU y Borges: "...el irónico y benévolo PHU..."  
(Victoria Ocampo, *Diálogo con Borges*, B. Aires, 1969).**

**Pedro Henríquez Ureña en Mar del Plata  
(Fotografía tomada por Silvana Ocampo)**

**Para las relaciones entre PHU y Borges  
Una antología escolar con "misterio"...**

**Las conferencias de Harvard y la preparación de las *Literary Currents*... Estas dos páginas corresponden al final del capítulo V. Es decir, a la semblanza de Sarmiento.**

**La segunda edición en lengua inglesa.**

**Este libro se terminó de imprimir  
el día 18 de agosto de 1988  
en los Talleres Gráficos de  
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.  
Calle A esq. Central  
Zona Industrial de Herrera  
Santo Domingo, República Dominicana**